



# UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

---

---

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

LICENCIATURA EN LENGUA Y LITERATURAS HISPÁNICAS

**Literatura I y las corrientes literarias  
en el Colegio de Bachilleres**

**Informe académico que para obtener el título de  
Licenciado en Lengua y Literaturas  
Hispanicas**

presenta

**Gerardo Oros Pichardo**

**Asesora: Dra. Adriana Azucena Rodríguez Torres**



Facultad de Filosofía  
y Letras

:

MEXICO, D. F.  
2009



Universidad Nacional  
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

**Biblioteca Central**



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

## **AGRADECIMIENTOS**

A Dios.

Dedico este trabajo con mucho cariño y respeto, a mi amiga, mi compañera de esfuerzos: mi Esposa Nereyda Nedy, cimiento de mi hogar y guía constante de mis actos.

A mis amados hijos: Tonatiuh, Vladimir y José Cruz que son y serán toda la razón de mi vida.

A mis Padres, agradeciendo su apoyo incondicional durante mi vida de estudiante, con mucho respeto y amor.

A Tonatiuh Martínez por ser un amigo incondicional y justo.

A Belem Corona por brindarme su apoyo en los momentos difíciles como docente.

A Carlos González por su generosa musicalidad y amistad en mi persona.

A Gloria Mejía por sus consejos y actitudes siempre positivas.

A mi Maestro José Antonio Muciño de quien heredé su optimismo para ser docente.

A mi Maestro Ricardo Martínez Luna por enseñarme la importancia de la literatura en mi vida.

A mi Maestro Eduardo Casar por mostrarle a mi oído el camino de la poesía.

Al Colegio de Bachilleres por todas las facilidades otorgadas para la realización de este trabajo. Mi agradecimiento eterno.

Y especialmente a mi Maestra Azucena Rodríguez por las acertadas observaciones y su paciencia para guiarme en mi proyecto, gracias.

**LITERATURA I Y LAS CORRIENTES LITERARIAS EN EL COLEGIO  
DE BACHILLERES**

**ÍNDICE**

INTRODUCCIÓN.....	6
CAPÍTULO I. Breve historia del Colegio de Bachilleres y el contexto del plantel 06 Vicente Guerrero.....	9
A. Fundación del Colegio de Bachilleres.....	9
B. Contexto del plantel 06 Vicente Guerrero.....	10
1. Ubicación.....	10
2. Población estudiantil.....	11
3. Lugar de procedencia.....	13
4. Turno vespertino...14	
CAPÍTULO II. Literatura I del programa actual del Colegio de Bachilleres.....	15
A. Programa de estudios correspondiente a la primera unidad dividida en trece sesiones.....	17
1. Actividades de enseñanza-aprendizaje.....	17
2. Valores personales.....	18
3. Recomendaciones didácticas.....	18
B. Planeación de la sesiones.....	20
1. Justificación.....	21
C. Cierre de la primera unidad y apertura del trabajo: Literatura I y las corrientes literarias.....	41
CAPÍTULO III. Corrientes Literarias: un objetivo necesario.....	42

A. Justificación.....	42
B. Planeación de las sesiones.....	43
CAPÍTULO IV. Soporte académico.....	58
A. Pedagogía: Estructuralismo.....	58
B. Experiencia docente .....	60
C. Estrategias de enseñanza.....	61
1. Actividades preparatorias.....	61
2. Ejercicios en el aula.....	61
3. Tareas en casa.....	61
4. Asesorías extra-clase.....	62
CONCLUSIONES.....	63
BIBLIOGRAFÍA.....	66
ANEXOS.....	I
I. Prólogo .....	II
II. Antología.....	III

## **CAPÍTULO I. Breve historia del Colegio de Bachilleres y el contexto del plantel 06 Vicente Guerrero**

### **A. Fundación del Colegio de Bachilleres**

A finales de 1960 ya se observaba en nuestro país un importante crecimiento demográfico que incidía en sus necesidades. Las escuelas de nivel medio superior no daban suficiente servicio ante la demanda educativa. En mayo de 1973, la ANUIES (Asociación Nacional de Universidades e Institutos de Enseñanza Superior) realiza un estudio de carácter nacional y propone para su solución lo siguiente:

La creación por el Estado de un organismo descentralizado que pudiera denominarse Colegio de Bachilleres, institución distinta e independiente de las ya existentes, que coordinaría las actividades docentes de todos y cada uno de los planteles que la integraran, vigilando y evaluando que la educación que en ellos se imparta corresponda en programas, sistemas y métodos valederos a nivel nacional; y que sus estudios sean equivalentes y tengan igual validez que los que imparten la UNAM, el IPN y las demás instituciones educativas que ofrecen este nivel de estudios<sup>1</sup>

La recomendación fue aceptada y para febrero de 1974 eran ya cinco planteles en la zona metropolitana del Distrito Federal. Durante sus primeros nueve años el Colegio de Bachilleres tuvo un crecimiento acelerado como a continuación se describe:

De 1974 a 1982, su matrícula aumentó de 11, 837 alumnos a 66, 616; su planta docente, de 324 a 2, 846 y el número de planteles había pasado de 5 a 19 planteles. A partir de 1983, en sus 20 planteles el Colegio atiende a una población aproximada de 83, 000 alumnos en la modalidad escolarizada y 35, 000 en la modalidad abierta, su personal académico fluctúa entre 3000 y 3 200 profesores.<sup>2</sup>

---

<sup>1</sup> Colegio de Bachilleres, *Modelo Educativo*, pp.7

<sup>2</sup> Ídem. pp. 8-9

## B. Contexto del plantel 06 Vicente Guerrero

El plantel empieza a funcionar a partir de 1977 y era conocido como el Plantel 06 Iztapalapa. Poco tiempo después se construye el Plantel 07 y se le da el nombre de la delegación, de tal manera que el anterior Plantel 06 cambia a *Vicente Guerrero*. Al principio sólo contaba con dos edificios, en ellos se encontraban las oficinas generales, la Dirección y la Subdirección, Jefaturas de Materia y Área Administrativa. El terreno es grande y ha sido aprovechado para la construcción de una cancha de fútbol rápido, dos canchas de básquetbol así como una cancha con pasto para el fútbol soccer. Actualmente ya son nueve los edificios y muchas áreas verdes que conforman el plantel. La población de alumnos creció considerablemente lo mismo que la planta docente y administrativa.

### 1. Ubicación

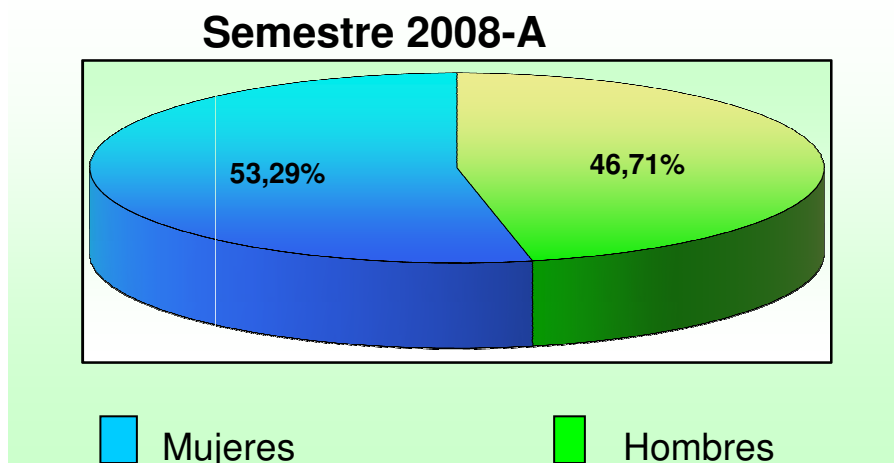
Se encuentra localizado en: Avenida Soto y Gama s/n. Unidad Habitacional Infonavit Vicente Guerrero, entre Campaña de Ébano y Periférico. Colonia Vicente Guerrero. Delegación Iztapalapa (Véase cuadro 1).



Cuadro 1. Vista aérea del plantel 06 Vicente Guerrero

## 2. Población estudiantil

La población estudiantil del plantel muestra, de acuerdo al registro de datos correspondiente al semestre 2008-A, una diferencia de género que se observa dentro de los salones de clases: la presencia femenina es mayor (Véase figura 2), inclusive, el número de alumnos de excelencia académica está representado por un 85% de mujeres y el 15% restante es de hombres. El plantel tiene un total de 7 274 alumnos y es considerado un plantel grande, tanto por su espacio físico como por su número de estudiantes. Sin embargo, durante los semestres A y B, la capacidad del plantel ha sido rebasada. La matrícula creció de una manera considerable, teniendo como resultado una población de hasta cincuenta alumnos por aula, cuando debería de ser no mayor de cuarenta, esto por supuesto influye en la situación académica de los profesores y en sus estrategias de enseñanza para cumplir con los objetivos de los programas.



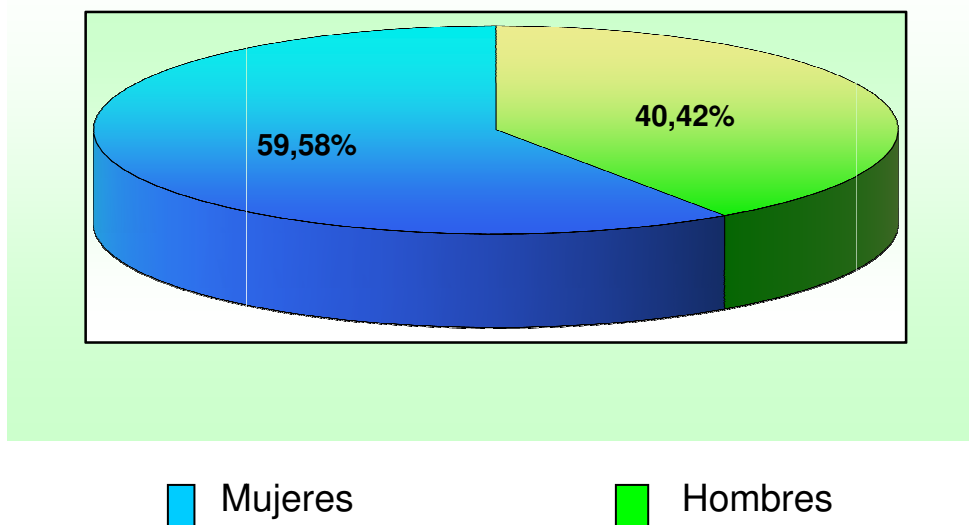
	FEMENINO	MASCULINO	TOTAL
N° DE ALUMNOS	3,876	3,398	7,274

Figura 2. Caracterización por género de la matrícula escolar.



Las condiciones en los dos turnos son específicas. De acuerdo con los archivos del plantel, hay mayor rendimiento académico en el turno matutino. Y se observa que la población femenina es mucho mayor que la masculina (Véase figura 3). Por otra parte, la permanencia es mayor así como el aprovechamiento. Los becas de la SEP como las del Gobierno del Distrito Federal han ayudado para mantener a los alumnos en riesgo de abandonar sus estudios por falta de recursos económicos y es el matutino, el turno que concentra a más alumnos becados. En los salones hay de treinta y cinco a cuarenta alumnas y sólo quince o menos alumnos. Los talleres que se imparten fuera del horario de clases son: Teatro, Danza, Artes plásticas (casi exclusivas para alumnas) y las actividades deportivas.

### Semestre 2008-A



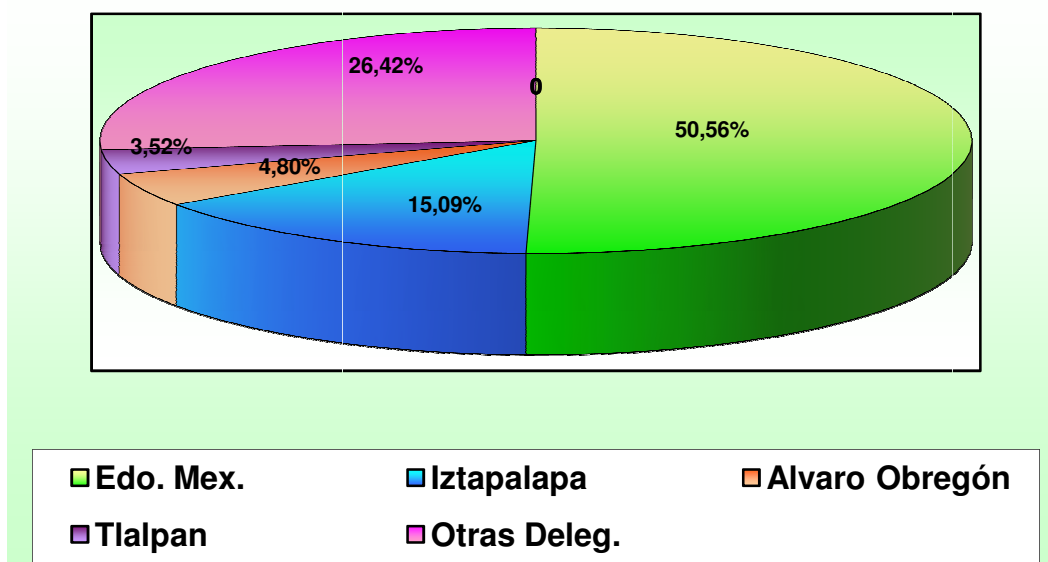
	FEMENINO	MASCULINO	TOTAL
<b>N° DE ALUMNOS</b>	<b>2,345</b>	<b>1,591</b>	<b>3,936</b>

Figura 3. Caracterización por género de la matrícula escolar turno matutino

### 3. Lugar de procedencia

El Plantel, a pesar de estar ubicado en la Delegación Iztapalapa, recibe un mayor número de alumnos semestre tras semestre provenientes del Estado de México, Iztapalapa, Álvaro Obregón, Tlalpan y en menor porcentaje está representado por las demás delegaciones, incluso, de las más lejanas. (Véase figura 4). Los jóvenes prefieren recorrer largas distancias que realizar su cambio a un plantel más cercano a su domicilio.

#### Semestre 2008-A



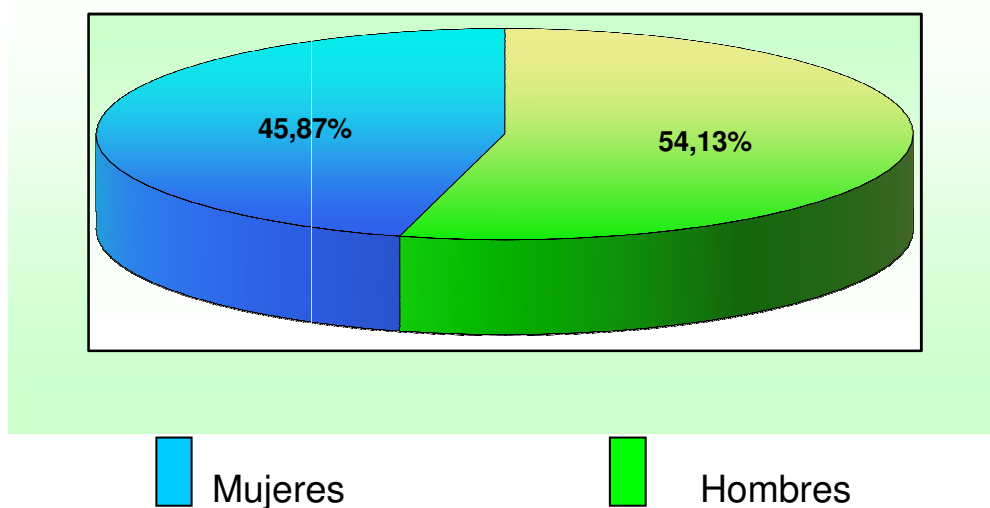
ESTADO DE MÉXICO O DELEGACIONES	Estado de México	Iztapalapa	Álvaro Obregón	Tlalpan	Otras Delegaciones
CANTIDAD DE ALUMNOS	3,678	1,098	349	256	1,887
%	50.56	15.09	4.80	3.52	26.42

Figura 4. Lugar de procedencia de los alumnos

#### 4. Turno Vespertino

A diferencia del Turno Matutino, el Vespertino cuenta con más alumnos que alumnas (Véase figura 5), con menos estudiantes becados, debido al mayor índice de reprobación y de un abandono estudiantil por muchas razones, por ejemplo: embarazos, drogadicción, problemas familiares. Además la rebeldía de los alumnos es mucho más marcada. Sin embargo, el mejor promedio del Plantel está en el Vespertino y el aprovechamiento va creciendo cada día: las aulas están menos saturadas que las del Matutino.

#### Semestre 2008-A

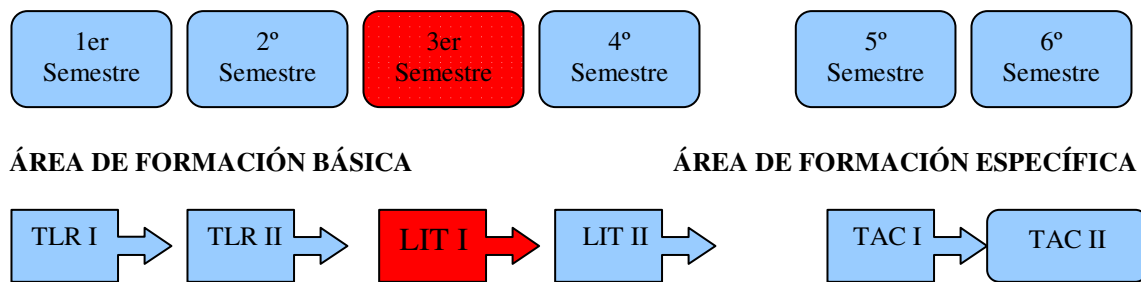


GÉNERO	FEMENINO	MASCULINO	TOTAL
Nº DE ALUMNOS	1,531	1,807	3,338

Figura 5. Caracterización por género de la matrícula escolar turno vespertino

## **CAPÍTULO II. Literatura I del programa actual del Colegio de Bachilleres**

La materia de Literatura se ubica en el Área de Formación Básica, considerada como obligatoria hasta cuarto semestre y vista como el tronco común de la formación de los alumnos y forma parte del campo de conocimientos de Lenguaje y Comunicación, el cual está constituido por las materias: Taller de Lectura y Redacción (TLR I, II), Literatura (LIT I, II) y Taller de Análisis de la Comunicación (TAC I, II), de la siguiente manera:



La materia de Taller de Lectura y Redacción contribuye al logro de la finalidad del campo de conocimientos al desarrollar en los estudiantes las habilidades de lectura de textos con carácter científico, periodístico y literario; así como las habilidades de redacción y expresión oral enmarcadas en algunas actividades referentes al proceso de investigación documental, mientras que la materia de Literatura promueve en los estudiantes el interés y gusto por la lectura, al sensibilizarlos en la apreciación del texto literario en sus diferentes géneros: narrativo, dramático y poético a través de la lectura, comentario y valoración del contenido de las diversas obras. Finalmente, el Taller de análisis de la comunicación, del Área de formación específica, es una asignatura que aporta al estudiante herramientas para

el conocimiento, análisis, interpretación y valoración del contenido de los mensajes generados por los medios de comunicación masiva: medios impresos (comics y carteles) y audiovisuales (radio, televisión y cine).

La materia de Literatura tiene como intención que el estudiante desarrolle el interés y la habilidad de la lectura de textos literarios, utilizando para su comprensión y valoración los procedimientos de lectura y análisis literario que le permitan no sólo establecer el contenido del texto, sino también reconocer el sentido de la obra, entendiéndola como un producto de su autor, de su contexto y de su propia experiencia como lector. El enfoque para su enseñanza se divide en dos aspectos: el disciplinario y el didáctico:

En el aspecto disciplinario los conocimientos y habilidades a desarrollar en el estudiante se abordan con una metodología teórico-práctica que no reduce la comprensión de la obra literaria a la descripción de sus estructuras, sino que la concibe como una forma de representar la realidad y de comunicarla, por lo tanto, también se plantean el conocimiento y la apreciación del texto literario como resultado de un proceso en el que se desarrolla no solo la habilidad para enfrentarse al texto literario estableciendo su contenido, sino formulando un juicio de valor sobre el mismo.<sup>1</sup>

Este juicio de valor se refiere a la calidad artística del texto y su contexto para saber si se trata de una obra que asume las convenciones vigentes y la tradición de su época: En el aspecto didáctico se desarrolla la habilidad para acceder a la lectura e interpretación de los textos literarios en un proceso de observación, reflexión y análisis sobre cada uno de ellos.<sup>2</sup>

El enfoque para la enseñanza de la asignatura es fundamental para el aprendizaje de los alumnos, tomando en cuenta que su objetivo principal es el gusto por la lectura.

---

<sup>1</sup> Colegio de Bachilleres, *Programa de la asignatura Literatura I*. pp. 12-14

<sup>2</sup> Ídem, pp. 15

## **A. Programa de estudios correspondiente a la Primera Unidad dividida en trece sesiones**

La asignatura de Literatura I, primera Unidad, está dividida en trece sesiones, tal y como marca el programa de estudio y se lleva a cabo, principalmente, para que el alumno conozca e identifique todas las partes que conforman el *cuento*; tomando en cuenta sus características contextuales e intratextuales ( y la corriente literaria a la que pertenece dicha producción, tema que agrego para reforzar aún más su aprendizaje), asimismo, trata de cubrir las diferentes formas de enseñanza para que los alumnos se apoyen tanto en las lecturas de diferentes autores como en las siguientes actividades que son tres:

### **1. Actividades de Enseñanza – Aprendizaje**

Cada actividad tiene una dinámica que se divide en tres momentos: Antes (este momento se propone a partir de la segunda sesión), Durante y Después. El Antes es una introducción al tema y la forma en cómo se va a trabajar, se logra a través de investigaciones vía Internet y tareas indicadas previamente con bibliografía proporcionada por el profesor. El Durante es la dinámica o la estrategia puesta en práctica con los alumnos en donde se muestra la investigación del tema o la lectura de lo que se trabajará en el salón de clase, ya sea trabajando en equipo, lecturas en voz alta, lluvia de ideas en el pizarrón de algún tema o la realización de cuadros sinópticos así como mapas conceptuales. El Después se caracteriza por preparar al alumno para la siguiente sesión ya sea por medio de trabajos extra-clase, tareas e investigaciones de acuerdo a las necesidades de la siguiente clase, por lo tanto, el profesor siempre estará en contacto con los alumnos, incluso, vía Internet.

## **2. Valores personales**

Es una actividad en la que el alumno identificará y comparará los valores personales, los de otros individuos y diferentes tipos de códigos literarios mediante un inventario de lo más deseable y lo más condenable en diferentes sociedades, grupos históricos y contemporáneos a partir de materiales que se trabajan en literatura, además, este modelo instrumenta los principios formativos enumerados mediante la formulación de estándares de desempeño y conocimientos que deben lograrse en el alumno del Colegio de Bachilleres. Esta orientación busca estar integrada en todas las lecturas, dando al alumno una disposición ciudadana consciente de su propia capacidad física, intelectual, emocional y creativa. Además de que ejerza su sentido de responsabilidad a la luz de sus logros, alcances, limitaciones y experiencias que ha obtenido a lo largo del curso.

## **3. Recomendaciones Didácticas**

Las lecturas son seleccionadas por el profesor de acuerdo con las características del Programa de Estudio; se le pide al alumno que investigue la vida y obra de los autores que se leerán tanto en clase como en las indicaciones extra-clase, de tal manera que el alumno no sólo conocerá la creación literaria sino el contexto de los creadores incluyendo algunas de las corrientes literarias. La lectura previa de los escritores ayuda de una manera significativa, pues los temas que marca el programa de estudios son abordados de una forma directa y clara tomando en cuenta los ejemplos de los autores y las lecturas correspondientes, de tal forma que el alumno avanza y va comprendiendo a través de las ejemplificaciones que marcan los objetivos de la unidad.

## **B. Planeación de las sesiones**

Tomando como guía el programa de la asignatura y los objetivos, éstos se van colocando de forma individual y continua en un formato dividido en columnas cuyo contenido es el siguiente: actividades de enseñanza-aprendizaje, valores personales y recomendaciones didácticas. De tal manera que se muestra la dinámica y el trabajo tanto por el profesor como el de los alumnos. Se van enumerando de una manera específica los puntos a tratar, la asignatura, la sesión, la unidad, el tema y el objetivo del tema. La tabla de las actividades de enseñanza-aprendizaje incluye: el Antes que se toma en cuenta a partir de la segunda sesión, el Durante que señala lo que el alumno llevará a cabo dentro del aula y el Después que muestra la importancia de sus valores y sus logros que alcanzará con las lecturas que se leerán en el curso; los valores personales que le permitirán al alumno adquirir valores y diferentes tipos de códigos éticos tanto de su entorno como históricos y las recomendaciones didácticas que son propuestas por el profesor considerando las necesidades del curso así como el tiempo para abordar los diferentes objetivos del programa y los resultados que se pretenden alcanzar con todas las actividades señaladas. Posteriormente, coloco en otro apartado la experiencia docente, en la cual me baso para la realización de mi trabajo y mi propuesta para la enseñanza de las corrientes literarias. Tomando en cuenta las estrategias de aprendizaje-enseñanza, llevo a cabo ejercicios dentro del salón de clases y tomo en cuenta la realización de las tareas para fortalecer las actividades que se desarrollan en el aula, conciente de las asesorías extra-clase que se dan por motivos diversos en los alumnos y muestro, siguiendo las mismas dinámicas, la forma en cómo abordo las corrientes literarias para su enseñanza en la asignatura de literatura I primera unidad.



## B. Planeación de las sesiones

ASIGNATURA: LITERATURA I

SESIÓN: 1

UNIDAD: I

TEMA: Presentación y encuadre

**OBJETIVO DEL TEMA:**

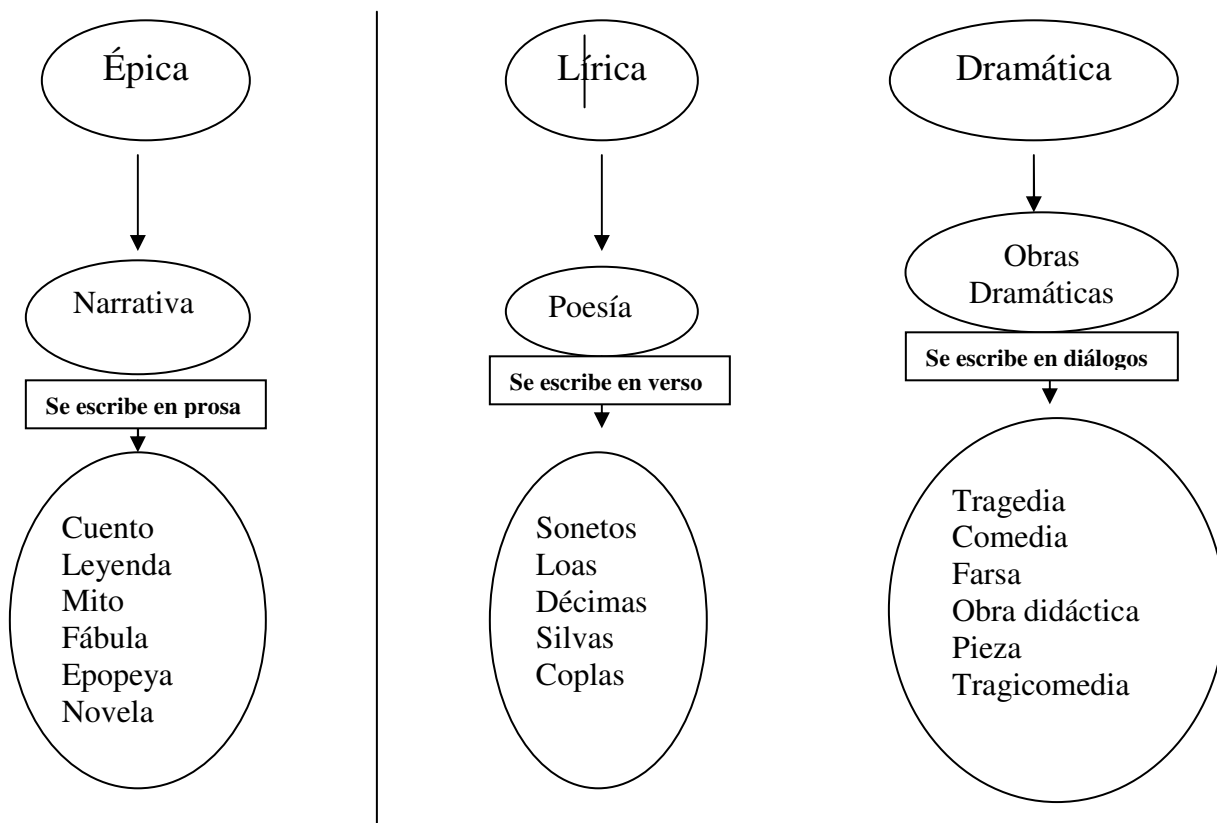
Que el alumno comience a reconocer los temas que serán tratados en el aula.

**TIEMPO:** Dos horas y se espera el compromiso del alumno en cumplir con todas las actividades planteadas por el profesor.

ACTIVIDADES DE ENSEÑANZA – APRENDIZAJE	VALORES PERSONALES	RECOMENDACIONES DIDÁCTICAS
<p>El alumno conocerá el nombre de su profesor y la forma en que se trabajará de acuerdo al programa de la asignatura el cual se divide en dos unidades: la primera está dedicada al género narrativo cuento y la segunda unidad se dedica al estudio de leyenda, mito, fábula epopeya y novela corta, siendo el objetivo principal para el alumno el placer y convertirse en un lector activo de la literatura en general.</p> <p><b>Durante</b> A través de un repaso del curso anterior el alumno fortalecerá sus conocimientos para avanzar de una forma adecuada en el curso a seguir. Otorgándole herramientas para que pueda comenzar a trabajar.</p> <p><b>Después</b> El alumno intentará reflexionar sobre la importancia de sus valores y los logros que alcanzará durante el curso apoyándose en las lecturas.</p>	<p>Identificará y comparará los valores personales, los de otros individuos y diferentes tipos de códigos éticos mediante un inventario de lo más deseable y lo más condenable en diferentes sociedades y grupos históricos y contemporáneos a partir de materiales que se trabajan en literatura.</p>	<p>Con la clasificación del filósofo Aristóteles: Épica, Lírica y Dramática, la épica da origen a la narrativa en la cual encontramos el cuento, la leyenda, la fábula, el mito y la epopeya; en la lírica encontramos la poesía y en la dramática las obras de teatro.</p> <p>Siguiendo la primera unidad de la asignatura de Literatura I, el alumno comenzará con la lectura correspondiente al primer género literario: narrativa, basándose en la lectura de: "La niña de los fósforos" de Hans Cristian Andersen.</p>

## 1. Justificación

La primera sesión tiene la finalidad de dar a conocer la forma en cómo se trabajará con los alumnos en el aula, mostrando los tiempos, el tema, el objetivo, las actividades de enseñanza-aprendizaje, los valores personales y las recomendaciones didácticas. En las actividades de enseñanza-aprendizaje se proporciona un panorama general de lo que es el curso y los objetivos que se pretenden alcanzar. Los valores personales se obtendrán a través de las lecturas y de la reflexión de las mismas. Las recomendaciones didácticas se exponen con la clasificación del filósofo Aristóteles de la siguiente manera:



Para ejemplificar la narrativa utilizo al cuentista Hans Cristian Andersen por su valor literario y por que tiene todas las características estructurales del cuento: breve, un solo tema, pocos personajes, cuenta con una intriga y una economía del lenguaje.

*Planeación de las sesiones*

ASIGNATURA: LITERATURA I

SESIÓN: 2

UNIDAD: I

TEMA: Presentación y encuadre

**OBJETIVO DEL TEMA:**

Que el alumno maneje de una forma adecuada y consciente los temas.

**TIEMPO:** Una hora y se espera el compromiso del alumno en cumplir con todas las actividades planteadas por el profesor.

ACTIVIDADES DE ENSEÑANZA – APRENDIZAJE	VALORES PERSONALES	RECOMENDACIONES DIDÁCTICAS
<p><b>Antes</b> A partir de la clase anterior se tomarán las opiniones y las reflexiones del tema visto.</p> <p><b>Durante</b> El alumno pondrá en práctica sus conocimientos y avanzará de una forma adecuada en el curso ya que ahora tendrá las herramientas y la pericia para utilizarlas en las lecturas.</p> <p><b>Después</b> Investigará la vida y obra de Oscar Wilde así como su contexto histórico social.</p>	<p>El alumno llevará a cabo en el salón de clase una lectura en voz alta de los textos propuestos por el profesor. Para mejorar su dicción y perder el temor al público.</p>	<p>Leer no sólo lo indicado por el profesor sino más de la obra del escritor señalado. El libro se encuentra en la biblioteca del plantel. Las lecturas se tomarán en cuenta en su evaluación de la primera unidad como trabajos extras.</p>

## *Planeación de las sesiones*

**ASIGNATURA: LITERATURA I**

**SESIÓN: 3**

**UNIDAD: I**

**TEMA:** Identificar la función poética y las marcas de literariedad

**OBJETIVO DEL TEMA:**

El alumno identificará la función poética y las marcas de literariedad presentes en las lecturas.

**TIEMPO:** Dos horas y se espera la investigación del autor Oscar Wilde y su contexto histórico.

<b>ACTIVIDADES DE ENSEÑANZA – APRENDIZAJE</b>	<b>VALORES PERSONALES</b>	<b>RECOMENDACIONES DIDÁCTICAS</b>
<p><b>Antes</b> El alumno compartirá la información adquirida del autor inglés Oscar Wilde y a través de la explicación del profesor se aclararán las dudas que puedan surgir.</p> <p><b>Durante</b> El alumno reflexionará lo leído para generar sus comentarios y posteriormente, compartirlos con los demás ya que las lecturas y la explicación del profesor le ayudarán a comprender la función poética y las marcas de literariedad presentes en la literatura</p> <p><b>Después</b> El alumno tendrá que realizar una investigación para la siguiente clase en donde conocerá a los escritores más sobresalientes de los finales del siglo XIX mexicano, sobre todo la vida y obra de Ángel de Campo. Ejemplifico con un mapa conceptual realizado por los alumnos.</p>	<p>Entiende y explica la diferencia entre valores acciones y consecuencias de las mismas, basándose en ejemplos teóricos como en Helena Beristáin, históricos como el contexto de Oscar Wilde; personales: generando su punto de vista y prácticos utilizando lo aprendido.</p>	<p>“El gigante egoísta” de Oscar Wilde. Libro que se encuentra en la biblioteca del plantel.</p>

El material que utilizo sirve como apoyo al alumno para la sesión 3, ya que lo realizan con tiempo limitado y trata, sobre todo, de reforzar los conocimientos en los sinónimos, antónimos y las palabras homófonas cuyo repaso facilita la comprensión de las marcas de literariedad y además ayuda como una introducción de la función poética en el cuento del *Gigante egoísta* de Oscar Wilde. Los alumnos para esta sesión se sientan en binas (por parejas) y en menos de cinco minutos tienen que encontrar las palabras que se les piden en los ejercicios y a través de una lluvia de ideas el profesor coloca en el pizarrón las mismas para formar un cuadro sinóptico o un resumen de acuerdo a la información presentada por los alumnos sobre la lectura del cuento.

## Ejercicio 1

Encuentra los siguientes sinónimos:

**Anteojos   Anciano   Delgado   Mochila   Feliz**

J	H	L	K	I	H	Y	E	Ñ	P	D	S	Z	D	M
Q	F	E	B	J	L	Ñ	O	W	R	D	E	S	X	Ñ
K	C	N	O	F	G	I	X	P	H	E	Z	X	C	P
D	J	T	X	A	Ñ	V	D	V	R	B	X	B	N	K
C	V	E	N	M	V	B	F	H	K	V	R	E	A	M
Z	S	S	R	K	E	A	Y	O	I	P	S	X	O	O
F	M	D	L	Y	Y	L	U	E	Ñ	B	P	V	C	C
L	T	Y	U	H	Z	D	J	E	A	D	F	L	F	L
A	G	E	W	K	J	O	F	G	H	N	K	U	F	A
C	D	F	T	Y	G	F	J	O	P	G	L	Ñ	D	A
O	S	T	U	O	I	L	D	D	Z	H	X	C	L	B
R	E	G	K	S	G	R	T	Y	U	W	Y	I	A	L
R	G	M	V	C	X	L	Ñ	N	G	H	T	E	I	O
R	E	Q	A	L	E	G	R	D	Q	H	K	L	D	T
E	E	T	U	Y	J	K	L	E	S	B	C	X	S	E

## Ejercicio 2

Encuentra los siguientes antónimos:

**Flaco Negro Feo Lento Bajo**

G	F	H	L	Ñ	E	R	Q	A	F	B	C	X	M	H
O	G	J	N	K	Y	U	T	R	D	S	B	D	G	V
R	H	D	Y	T	I	O	M	H	E	X	O	F	X	Z
D	S	R	K	L	Ñ	M	V	X	R	G	N	R	N	M
O	J	Y	I	R	A	P	I	D	O	R	I	J	K	R
S	E	B	M	K	Y	U	I	R	O	J	T	H	V	X
D	G	B	H	Y	I	U	E	R	V	N	O	G	M	X
P	U	J	F	E	S	T	A	H	E	H	S	Y	G	N
V	H	M	E	H	G	U	D	B	H	N	Z	F	J	K
Z	Ñ	Ñ	Q	F	F	Y	Z	V	V	B	K	B	B	V
A	H	N	K	R	F	O	V	C	D	Y	H	H	L	C
S	D	H	G	E	T	G	H	G	Ñ	O	G	R	A	H
D	A	I	D	L	G	C	I	K	M	P	R	E	N	Y
F	U	T	A	K	J	Z	O	H	J	R	T	Q	C	R
E	Q	R	P	F	D	Q	P	J	H	T	U	F	O	E

### Ejercicio 3

Encuentra las palabras homófonas:

Azar Cazar Ola Vello Coser

N	F	R	G	N	M	L	J	U	P	I	R	E	Q	S
F	D	X	H	U	I	L	Ñ	Y	R	Y	U	I	O	R
D	Q	W	K	A	S	A	R	D	Y	N	G	V	T	T
H	H	L	Ñ	U	P	O	T	Q	T	P	B	C	G	H
J	H	W	W	E	F	G	R	H	I	Ñ	M	S	J	Y
W	O	S	L	Q	U	H	F	T	O	L	N	A	K	F
D	L	A	J	X	W	J	E	Q	T	K	J	C	L	R
X	A	C	K	Ñ	Q	U	O	W	G	J	Y	A	M	E
V	F	G	F	Z	D	L	S	E	F	F	T	S	H	J
M	G	B	R	M	L	K	A	R	D	D	G	A	T	G
Ñ	F	G	R	E	J	Ñ	Z	T	V	E	F	R	F	F
Z	G	B	B	V	K	Y	N	J	N	W	T	Q	R	R
G	V	J	K	X	Ñ	T	M	K	Ñ	G	E	W	E	E
T	D	K	Y	D	F	E	X	V	C	O	C	E	R	Q
Y	Q	Ñ	R	T	E	G	C	H	H	U	Q	H	W	J



*Planeación de las sesiones*

**ASIGNATURA: LITERATURA I**

**SESIÓN: 4**

**UNIDAD: I**

**TEMA:** Diferentes tipos de emisor y receptor presentes en el texto. Identificar los elementos del proceso de comunicación presentes.

**OBJETIVO DEL TEMA:**

El alumno identificará los diferentes tipos de emisor y receptor presentes en el texto. Identificar los elementos del proceso de comunicación presentes.

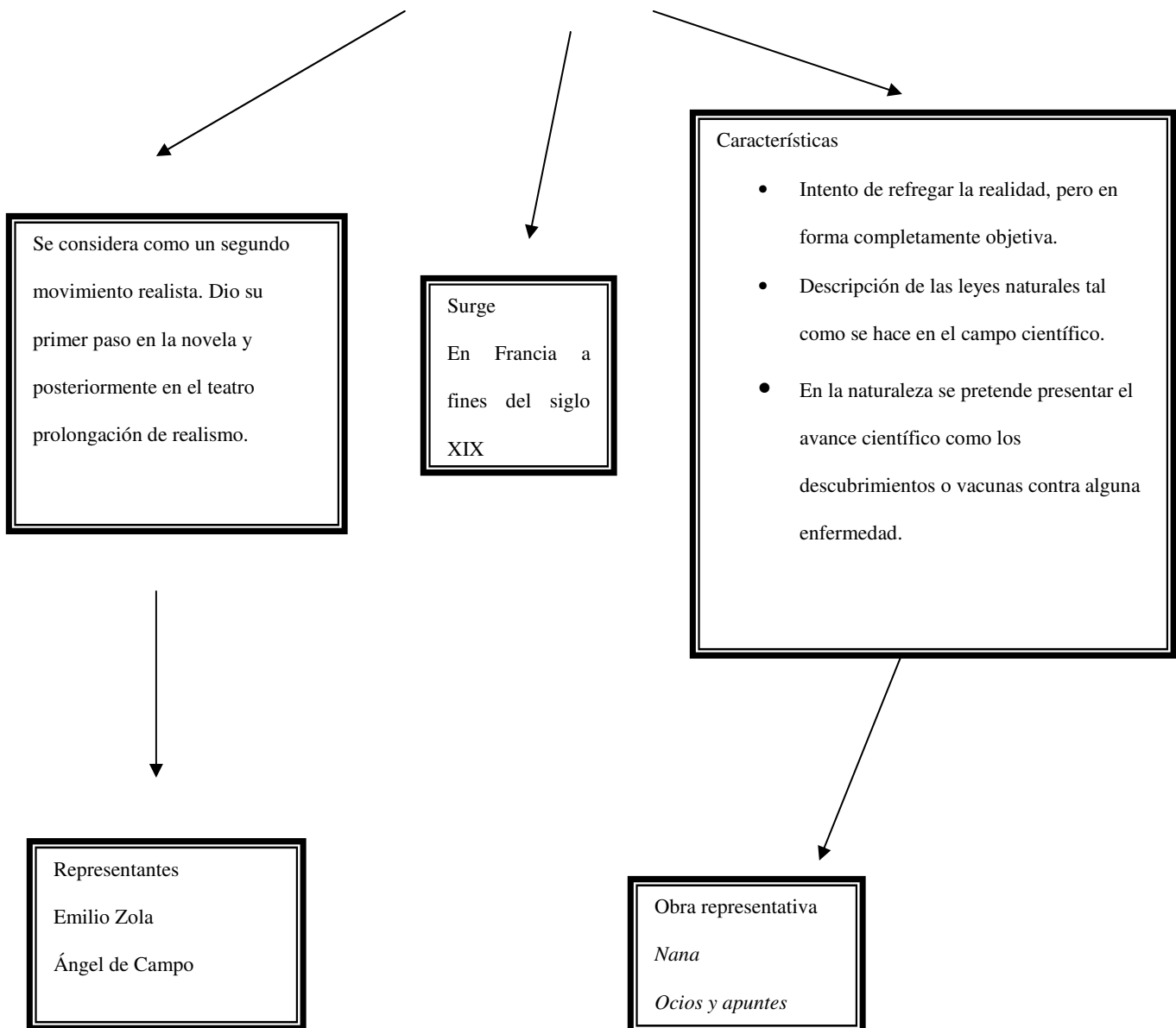
**BIBLIOGRAFÍA SUGERIDA:**

*Análisis e interpretación del poema lírico*

<b>ACTIVIDADES DE ENSEÑANZA – APRENDIZAJE</b>	<b>VALORES PERSONALES</b>	<b>RECOMENDACIONES DIDÁCTICAS</b>
<p><b>Antes</b> El alumno dará lectura en clase a los cuentos y presentará la investigación que se dejó de tarea. Ejemplifico en la página siguiente.</p> <p><b>Durante</b> El alumno podrá reflexionar lo leído y los comentarios que surjan podrá compartirlos con sus compañeros ya que las lecturas ayudan a comprender el valor que tienen los autores (emisor) desde su punto de vista (receptor) y qué pretendía el autor al momento de realizarlos (comunicación) y así el por qué de esa forma de expresarse.</p> <p><b>Después</b> El alumno realizará un esquema en donde represente a los diferentes emisores y receptores en la comunicación tanto escrita como de las lecturas. Investigar en Internet quién es José Emilio Pacheco, qué ha escrito y en qué época vive o vivió.</p>	<p>Examina las acciones propias y ajenas en términos de que existe una fortaleza por cada debilidad identificada.</p>	<p>“Pinto” de Ángel de Campo</p> <p>“Ligeia” de Edgar Allan Poe</p> <p>Libros que se encuentran en la Biblioteca del plantel</p>

Para la sesión 4, el alumno utilizó además de los mapas conceptuales un ejercicio que sirve para reafirmar los conocimientos de los objetivos planteados por el programa. La lectura del cuento de Ángel de Campo funciona para explicar la importancia del emisor y receptor por medio del conocimiento del contexto histórico de su producción literaria del autor. Presento a continuación un ejemplo de los trabajos de los alumnos y un ejercicio planteado por el profesor después de la lectura de los cuentos.

## NATURALISMO



**INSTRUCCIONES.-** Llene el cuadro con la información correspondiente.

<i>CUENTOS</i>	<i>CORAZÓN REVELADOR</i> (Edgar Allan Poe)	<i>¡POBRE JACINTA!</i> (Ángel de Campo)
Personajes		
Características De estructura		
Corriente a la que pertenece		
Elementos románticos		
Elementos Realistas		
Tiempo		
Lugar		
Hechos ficticios		
Hechos Reales		

*Planeación de las sesiones*

ASIGNATURA: LITERATURA I

SESIÓN: 5

UNIDAD: I

TEMA: La competencia lingüística del lector.

<b>OBJETIVO DEL TEMA:</b> El alumno identificará la competencia lingüística del lector en las lecturas	<b>TIEMPO:</b> 2 Horas. <b>BIBLIOGRAFÍA SUGERIDA:</b> <i>Análisis e interpretación del poema lírico</i>
---	---

ACTIVIDADES DE ENSEÑANZA – APRENDIZAJE	VALORES PERSONALES	RECOMENDACIONES DIDÁCTICAS
<p><b>Antes</b> El alumno ya tiene la información del autor y previa introducción del profesor se darán los comentarios necesarios para la clase de las competencias lingüísticas y su importancia social.</p> <p><b>Durante</b> El alumno desarrollará su capacidad de razonamiento para ponerlo en práctica después de haber leído al autor mexicano, y comprenderá que algunas formas de pensamiento no cambian a través de los años.</p> <p><b>Después</b> El alumno tendrá que comentarlo por escrito tomando en cuenta el tema social y cultural tanto del alumno como del autor. Realizará una investigación para la siguiente clase del autor Julio Cortázar y dará lectura al cuento de <i>Continuidad de los parques</i>, ya que por su brevedad será comentado en clase junto con su época y su valor actual sobre todo en los jóvenes.</p>	Identifica aspiraciones y realizaciones de diversos tipos para examinar las múltiples motivaciones en el ámbito individual, obtenidas en las discusiones dentro del aula.	“El principio del placer” y “La zarpa” De José Emilio Pacheco y “Continuidad de los parques” de Julio Cortázar

*Planeación de las sesiones*

ASIGNATURA: LITERATURA I

SESIÓN: 6

UNIDAD: I

TEMA: Condiciones sociales (Contexto).

<b>OBJETIVO DEL TEMA:</b> El alumno identificará las condiciones sociales (contexto).	<b>BIBLIOGRAFÍA SUGERIDA:</b> Cervantesvirtual.com ventana de literatura hispanoamericana.
--	--

ACTIVIDADES DE ENSEÑANZA – APRENDIZAJE	VALORES PERSONALES	RECOMENDACIONES DIDÁCTICAS
<p><b>Antes</b> El alumno presentará su investigación y por medio de una introducción del profesor ampliará sus conocimientos y comprenderá más fácilmente el siguiente objetivo.</p> <p><b>Durante</b> El alumno, además de conocer el contexto del autor conocerá el suyo y de esta manera reflexionará las condiciones del autor y su trascendencia del mismo en la literatura universal, realizará un esquema de las épocas tanto del autor como del alumno.</p> <p><b>Después</b> El alumno tendrá que entregar un comentario escrito en donde aparezcan sus conclusiones del tema visto en clase, además de realizar una investigación para la siguiente sesión en donde conocerá al escritor Horacio Quiroga, su vida y su obra a través de las lecturas de los cuentos: “Más allá”, “El almohadón de plumas” y “La gallina degollada”</p>	<p>Entiende la diferencia entre valores, acciones y consecuencias de las acciones con base en deferentes ejemplos teóricos, históricos, personales y prácticos.</p>	<p>“Carta a una señorita de París”</p> <p>“La autopista de París” de Julio Cortázar</p>

**Planeación de las sesiones**

**ASIGNATURA: LITERATURA I**

**SESIÓN: 7**

**UNIDAD: I**

**TEMA:** Planos de una narración (Historia y Discurso) Plano de la historia

**OBJETIVO DEL TEMA:**

El alumno conocerá los planos de una narración (historia y discurso) y plano de la historia:

**BIBLIOGRAFÍA SUGERIDA:**

*El llano en llamas* y *Pedro páramo*  
Editados en FCE.

<b>ACTIVIDADES DE ENSEÑANZA – APRENDIZAJE</b>	<b>VALORES PERSONALES</b>	<b>RECOMENDACIONES DIDÁCTICAS</b>
<p><b>Antes</b> El alumno se integrará a un equipo en donde trabajarán para una breve exposición de la vida y obra de Horacio Quiroga</p> <p><b>Durante</b> El alumno tendrá toda la información necesaria para identificar a través de las lecturas los planos de la narración y el plano de la historia. Siendo un complemento necesario para el análisis del cuento.</p> <p><b>Después</b> El alumno buscará por Internet la importancia del libro de Juan Rulfo, <i>El llano en llamas</i>, en la literatura universal, poniendo énfasis en la vida del autor y conocerá su contexto para una mejor interpretación en un análisis del cuento universal, presentando un cuadro sinóptico.</p>	<p>Desarrolla una visión crítica de sí mismo que incluye revisar propósitos e inercias en su vida, lo cual es indispensable para poder emprender un proceso de mejoramiento propio.</p>	<p>“El almohadón de plumas”  de Horacio Quiroga</p>

*Planeación de las sesiones*

ASIGNATURA: LITERATURA I

SESIÓN: 8

UNIDAD: I

TEMA: Funciones (Distributivas e Integrativas) Secuencias

<b>OBJETIVO DEL TEMA:</b> El alumno identificará las funciones (distributivas e integrativas) secuencias	<b>BIBLIOGRAFÍA SUGERIDA:</b> Cervantesvirtual.com ventana de literatura hispanoamericana. <i>Análisis estructural del relato.</i>
---	---

ACTIVIDADES DE ENSEÑANZA – APRENDIZAJE	VALORES PERSONALES	RECOMENDACIONES DIDÁCTICAS
<p><b>Antes</b> El alumno se integrará a un equipo en donde trabajarán para una breve exposición de la vida y obra de Juan Rulfo.</p> <p><b>Durante</b> El alumno entenderá la importancia de las funciones distributivas e integrativas como una herramienta para el análisis del cuento, pues se adentrará a todas las características de los personajes y su entorno. Además de conocer las secuencias que están presentes en el cuento.</p> <p><b>Después</b> El alumno deberá de investigar sobre la vida de un escritor peruano: Ricardo Palma, mediante un resumen de su vida y obra, ya que tan importante son los escritos como la época en que fueron publicados. Le dará lectura a las <i>Tradiciones Peruanas</i> y aplicará todos los conocimientos adquiridos hasta la fecha como un repaso para solidificar sus conocimientos.</p>	Reconoce la estructura funcional del relato leído y cómo incide esa estructura en el efecto que tiene el lector	“No oyes ladrar a los perros”  <i>de Juan Rulfo</i>

*Planeación de las sesiones*

ASIGNATURA: LITERATURA I

SESIÓN: 9

UNIDAD: I

TEMA: Red actancial.

<b>OBJETIVO DEL TEMA:</b> El alumno identificará la red actancial presente en el cuento.	<b>BIBLIOGRAFÍA SUGERIDA:</b> <i>Tradiciones peruanas.</i> UNAM
---	---

ACTIVIDADES DE ENSEÑANZA – APRENDIZAJE	VALORES PERSONALES	RECOMENDACIONES DIDÁCTICAS
<p><b>Antes</b> El alumno presentará todo lo investigado y su trabajo será comentado por él mismo para después aclarar alguna duda sobre el tema y el profesor explicará con más detalle lo comentado en clase.</p> <p><b>Durante</b> El alumno formará equipo de cinco miembros para realizar un esquema de la red actancial en los cuentos de Ricardo Palma, previa explicación y guía del profesor.</p> <p><b>Después</b> El alumno realizará un esquema más completo de la red actancial en el cuento como tarea e investigará la vida y obra del escritor puertorriqueño José Luis González para descubrir en la siguiente sesión la importancia del punto de vista del narrador dentro del cuento.</p>	<p>Participa activamente en el equipo asignado: respeta turnos de habla, expresa opiniones y dialoga con sus compañeros de equipo.</p>	<p>“La endemoniada” de Ricardo Palma</p>



*Planeación de las sesiones*

ASIGNATURA: LITERATURA I

SESIÓN: 10

UNIDAD: I

TEMA: Tipo y perspectiva del narrador.

<b>OBJETIVO DEL TEMA:</b> El alumno identificará tipo y perspectiva del narrador.	Investigación del contexto puertorriqueño del autor José Luis González
--	--

ACTIVIDADES DE ENSEÑANZA – APRENDIZAJE	VALORES PERSONALES	RECOMENDACIONES DIDÁCTICAS
<p><b>Antes</b> El alumno dará otra lectura del cuento, ya que es muy breve pero muy significativo, además de comentar sobre la vida del escritor.</p> <p><b>Durante</b> El alumno previa explicación del profesor del tema, tendrá las herramientas precisas para desarrollar un análisis mucho más completo del cuento, mismo que ayudará a entender mejor al alumno el papel de la creatividad del escritor.</p> <p><b>Después</b> El alumno desarrollará un comentario del cuento en donde aplicará todos sus conocimientos adquiridos durante todas las sesiones dedicadas al tema, esto es un ensayo para prepararse para su evaluación, en el comentario no debe omitirse ningún sólo punto de lo visto en las clases. Investigará sobre la creación de <i>Las mil y una noches</i></p>	Emprende acciones para sobreponerse a sus debilidades de acuerdo con lo identificado y examinado, por ejemplo revisar y corregir sus apuntes y acudir al profesor en caso de alguna duda para ser aclarada y lograr un comentario adecuado.	“En el fondo del caño hay un negrito” de José Luis González

**Planeación de las sesiones**

**ASIGNATURA: LITERATURA I**

**SESIÓN: 11**

**UNIDAD: I**

**TEMA: Análisis contextual e intratextual de la lectura**

**OBJETIVO DEL TEMA:**

El alumno realizará un análisis contextual e intratextual del cuento.

**BIBLIOGRAFÍA SUGERIDA:**

“Las tres manzanas” en *Las mil y una noches*.

<b>ACTIVIDADES DE ENSEÑANZA – APRENDIZAJE</b>	<b>VALORES PERSONALES</b>	<b>RECOMENDACIONES DIDÁCTICAS</b>
<p><b>Antes</b> El alumno presentará el borrador de su comentario a sus compañeros, se comentarán algunos trabajos y se puntualizará que no se debe de omitir ningún punto para el análisis del cuento.</p> <p><b>Durante</b> El alumno realizará individualmente un análisis completo del cuento de “Las tres manzanas” de <i>Las mil y una noches</i>, el profesor le explicará la forma de hacer un análisis contextual e intratextual del cuento.</p> <p><b>Después</b> El alumno se lleva a casa lo realizado durante la clase y estudiará los conceptos y las definiciones que se dieron en el salón para presentar su evaluación de la primera unidad.</p> <p>Se le pide puntualidad para realizar el examen.</p>	<p>Utiliza información y la ordena racionalmente al momento de tomar una decisión.</p>	<p>“Las tres manzanas” en <i>Las mil y una noches</i></p>

Para la sesión 11, dejo, por un momento, lo señalado en el programa ya que tomo para ejemplificar el cuento de “Las tres manzanas” de *Las mil y una noches*, puesto que cumple con todas las características necesarias para la comprensión del objetivo; puntualizo, sólo dejo el programa por la elección del cuento mas no lo ignoro de acuerdo a sus objetivos, si bien se puede utilizar otro cuento, en la experiencia como docente me ha resultado bastante satisfactorio y a los jóvenes les agrada, por lo tanto lo sigo utilizando para llevar a cabo este objetivo.

*Planeación de las sesiones*

ASIGNATURA: LITERATURA I

SESIÓN: 12

UNIDAD: I

TEMA: Evaluación de la Primera Unidad

<b>OBJETIVO DEL TEMA:</b> Que el alumno aplique sus conocimientos en la evaluación.	<b>TIEMPO:</b> El alumno tendrá no más de hora y media para resolver su examen. Tomando en cuenta su puntualidad.
--	---

ACTIVIDADES DE ENSEÑANZA – APRENDIZAJE	VALORES PERSONALES	RECOMENDACIONES DIDÁCTICAS
<p><b>Antes</b> El alumno será informado sobre las instrucciones, tiempo y distribución del examen.</p> <p><b>Durante</b> El profesor entregará a todos y cada uno de los alumno un examen de respuestas múltiples previamente elaborado sin omitir ningún punto marcado en la dosificación de la primera unidad.</p> <p><b>Después</b> El alumno tendrá que presentar su examen después de hora y media de haberlo recibido al profesor.</p>	Mantiene un registro de sus mejoras y limitaciones personales. Emprende acciones para sobreponerse a sus debilidades de acuerdo con lo identificado y examinado.	Dar un repaso a sus apuntes tomados durante las clases

*Planeación de las sesiones*

ASIGNATURA: LITERATURA I

SESIÓN: 13

UNIDAD: I

TEMA: Revisión del examen y aclaración de dudas.

<b>OBJETIVO DEL TEMA:</b> El alumno tendrá conocimiento de su evaluación.	<b>TIEMPO:</b> Una hora para la retroalimentación y el tiempo restante a la corrección del examen.
--	--

<b>ACTIVIDADES DE ENSEÑANZA – APRENDIZAJE</b>	<b>VALORES PERSONALES</b>	<b>CIERRE DE LA PRIMERA UNIDAD</b>
<p><b>Antes</b> El alumno recibirá su examen para conocer sus aciertos y sus fallas.</p> <p><b>Durante</b> El alumno pondrá aclarar cualquier duda, ya que se resolverá el examen en forma grupal.</p> <p><b>Después</b> El alumno después de haber comprobado sus aciertos y sus fallas deberá mirar hacia delante, pues en la segunda unidad se pondrán a prueba todas sus habilidades y sus conocimientos adquiridos durante la primera.</p>	<p>Mantiene un registro de sus mejoras y limitaciones personales. Emprende acciones para sobreponerse a sus debilidades de acuerdo con lo identificado y examinado durante el curso.</p>	<p>Mantener el interés a través de las lecturas adquiridas durante el curso y aplicar los conocimientos en las siguientes clases</p>

### **C. Cierre de la primera unidad y apertura del trabajo: Literatura I y las corrientes literarias**

El programa de la asignatura de literatura I Primera Unidad ha sido cubierto en un 100% de una forma satisfactoria, ya que los alumnos responden con disciplina e interés en la realización del mismo, cabe señalar la participación al momento de exponer sus dudas en el aula y corresponder a resolverlas por parte del profesor. Las lecturas seleccionadas son el resultado de la experiencia adquirida en la enseñanza de la literatura durante cuatro años, por supuesto que las lecturas pueden ser diferentes ante las circunstancias presentadas con los alumnos como puede ser la apatía para leer, por lo tanto, iniciar con lecturas cortas me funcionó para lograr captar su atención y posteriormente, explicarles la necesidad y la importancia de leer todo tipo de lecturas para su conocimiento de la literatura. En la apertura se muestra la importancia que tienen las corrientes literarias sin dejar a un lado el programa de la asignatura, además de argumentar la necesidad de conocer el contexto histórico del autor y la forma de trabajar con los alumnos para su aprendizaje de las mismas, ya que los conocimientos adquiridos a partir de la primera unidad son utilizados durante todo el curso de la segunda unidad de la asignatura de Literatura I. Por lo tanto, señalar la forma de trabajar tiene como resultado la participación de los alumnos tomando en cuenta la calificación que no sólo se obtiene con el examen sino con todos los trabajos realizados dentro del aula, las tareas y por supuesto, las lecturas que son parte fundamental en su calificación.

Para la realización de mi trabajo utilicé las mismas estrategias y distribuí en cinco sesiones las corrientes literarias incluyéndolas en el programa de la asignatura.

## **CAPÍTULO III. Corrientes Literarias: un objetivo necesario**

### **A. Justificación**

El programa de la asignatura de Literatura I del Colegio de Bachilleres, para su aprendizaje, sugiere lo siguiente: “Para la selección de textos se recomienda que se tomen en cuenta los diferentes momentos de la Literatura Universal, de tal manera que, situando las obras en un eje cronológico, el estudiante pueda seguir el desarrollo histórico de la literatura; sin olvidar que los textos seleccionados deberán ceñirse tanto a los intereses del alumno como a sus necesidades de formación académica.”<sup>1</sup> Para alcanzar la formación integral de los alumnos es necesario incluir las corrientes literarias como un objetivo necesario, que simplemente no existe, en contradicción con lo expresado en el programa. Es verdad que el estudiante puede seguir el desarrollo histórico de la literatura gracias al camino que es trazado por el profesor, sin embargo, cuando el profesor se guía por el programa, en donde no aparece, deja a un lado la importancia que tienen las corrientes literarias y crea un abismo entre la literatura y el alumno, un abismo que además es alimentado por la apatía. La falta de interés por la lectura es un problema cotidiano, al menos esa es la experiencia en el plantel 06 Vicente Guerrero. El apoyo que ofrecería el agregar este objetivo al programa de Literatura I es de suma importancia ya que como apoyo, el alumno identificaría a los autores y su producción literaria con sus respectivas características, apoyándose en la historia, ya que ésta juega un importante papel en la enseñanza; porque además de disfrutar el texto literario conoce la época en que se realizó,

---

<sup>1</sup> Colegio de Bachilleres, *Programa de la asignatura de Literatura I*, pp. 18-19

es decir, el contexto histórico de las producciones, facilitando su análisis y de alguna forma su interpretación.

### **B. Planeación de las sesiones**

Cinco son las sesiones que dedico a las corrientes literarias como un apoyo a los alumnos durante la Primera Unidad de la asignatura de Literatura I, intercalándolas en las trece sesiones de una manera clara y sencilla, es decir que, a partir de tercera sesión señalo la importancia del Romanticismo y todas las características del mismo. La manera de trabajar ayuda a los jóvenes a integrarse a las clases ya que se busca la participación activa de todos y cada uno de ellos. El objetivo principal es lograr en ellos un gusto por la lectura y para lograrlo busco en las corrientes literarias a los principales exponentes, sobre todo en la creación de cuento; de esta manera, se van citando a los autores, se proporcionan las fichas bibliográficas necesarias y, sobre todo, el compromiso para leer, investigar y cumplir con las tareas. De esta forma comenzamos a trabajar sin dejar a un lado los objetivos del programa. Cada sesión implica una serie de ejercicios, los cuales tienen la finalidad de apoyar al alumno para un mejor entendimiento de las sesiones propuestas.



**ASIGNATURA: LITERATURA I**

**SESIÓN: Corrientes Literarias**

**TEMA: El estudio de las corrientes literarias**

**OBJETIVO DEL TEMA:**

El alumno tendrá el conocimiento de la corriente literaria llamada:  
El Romanticismo.

**BIBLIOGRAFÍA SUGERIDA:**

*El cuento y las corrientes literarias.*

*Historia de la literatura española e  
hispanoamericana*

ACTIVIDADES DE ENSEÑANZA – APRENDIZAJE	RECOMENDACIONES DIDÁCTICAS	TAREA
<p><b>Antes</b> El alumno investigará las características generales del Romanticismo, las plasmará en mapas conceptuales y conocerá la vida y obra de Oscar Wilde. Identificará su contexto histórico-social.</p> <p><b>Durante</b> Los alumnos contestarán en equipos de tres las siguientes preguntas: ¿Cuáles son las características del Romanticismo? ¿En qué siglo surge? ¿Quiénes son sus exponentes principales? ¿Cuál es su contexto histórico? Con las respuestas se formarán los mapas conceptuales después de una lluvia de ideas que el profesor colocará en el pizarrón. Identificarán el objetivo <i>Tipo y perspectiva del narrador</i> en el cuento <i>El ruiseñor y la rosa</i></p> <p><b>Después</b> El alumno llevará a cabo el mismo ejercicio con <i>El ruiseñor y la rosa</i> así como con el <i>Fantasma de Canterville</i></p>	<p>Leer del mismo autor “El gigante egoísta”, “El ruiseñor y la rosa” y “El fantasma de Canterville”.</p> <p>Consultar en Internet la página de Cervantesvirtual.com las características del Romanticismo.</p> <p>Consultar en la Biblioteca Encarta 2008 a los principales exponentes del Romanticismo.</p> <p>Consultar los libros: <i>El cuento y las corrientes literarias</i> y <i>Mitos cuentos leyendas y fábulas, apólogos y parábolas volumen I, II Y III</i> de Emilio Rojas</p>	<p>Buscar vía Internet en la página de Cervantesvirtual.com las características del Realismo así como sus exponentes principales. Leer e investigar la vida y obra de ángel de campo y su contexto histórico-social. Leer: “Pinto”</p>

Para esta sesión les pido que trabajen con cuadros sinópticos y por medio de una lluvia de ideas el profesor anotará en el pizarrón los elementos del romanticismo y los expondrá para aclarar las dudas que puedan surgir durante la dinámica. Muestro el trabajo de los alumnos con los siguientes ejemplos:

# EL ROMANTICISMO

En Alemania a finales del siglo XVIII y que perdura hasta la mitad del siglo XIX. Es el movimiento literario y artístico cuyos valores esencialmente dinámicos, rompen con la disciplina y reglas estáticas de lo clásico y del academicismo

Exaltación del "yo" manifiesto en individual

Amor a la naturaleza

Rebeldía, búsqueda de lo infinito

Melancolía y sentimientos de insatisfacción.

De lo sublime y fantástico

Ansia de libertad

Logran crear un efecto de sugestión indefinida como si existiera mayor emoción de la que pudiera expresarse. Este delicado exceso es la clave del romanticismo. El autor se refugia en un mundo distinto, apasionante, salvaje, remoto en el tiempo y espacio, anhelo de autoexpresión e íntimo dolor

Shakespeare y Shiller  
FRANCIA

WALTER Scott  
INGLATERRA

Edgar Allan Poe  
NORTEAMERICANO)

Heinrich Heine  
ALEMAN

Teodoro Amadeo Hoffman

*Nuestra señora de París*  
*Cromwell*,  
*Los miserables*,  
*Hernani*, *María Tudor*, *El rey se divierte*, *Cantos de crepúsculo*, *la leyenda de los siglos*.

Waverley  
*El anticuario*  
*Iván Hoé*  
*El canto del último trovador*  
*La dama del lago*.

*Los crímenes de la calle morgue*  
*La carta robada*  
*La caída de la casa de Usher*.  
*El corazón delator*  
*El cuervo*  
*Ligera*.

*El romancero*  
*Cuadro de viajes*  
*El libro de las canciones*

*Opiniones del gato Murr*  
*Cuentos fantásticos*  
*El cascanueces*  
*El rey de los ratones*

## ROMANTICISMO

### ¿QUÉ ES?

Es el amparo de la revolución Francesa y de las ideas de libertad, nace esta corriente literaria y artística cuyos

### Características

- Se sacude de la rigidez de las normas

Surge

En Alemania a fines del siglo XVIII y que perdura a la mitad del siglo XIX en el movimiento literario.



Edgar Allan Poe

Norteamericano nace en Boston en 1809 y muere en 1849.

Esta considerado como el padre del relato de horror e iniciador de la moderna novela El Sherlock Colmes una de sus obras.



Representantes

El duque de Rivas nació en Córdoba en 1791. Sus primeras obras dramáticas son persomanticas, Doña Blanca, Arias González.

Don José Zorrilla y Moral

Nació en Valladolid en 1817 estudio en seminario de Nobles de Madrid. Entre sus obras poetizas de Zorrilla son, Cantos de Trovador, Tradiciones nacionales, Álbum de un loco y Ecos tras las montañas.

**INSTRUCCIONES.-** Con la información llene el cuadro correspondiente.

	<b><i>ROMANTICISMO</i></b>	<b><i>REALISMO</i></b>
--	----------------------------	------------------------

Edgar Allan Poe Ángel de Campo Maupassant Gustavo A. Becquer		
Descripción de lo que se observa sin omitir nada.  Predominio del “YO”		
SIGLO: Segunda mitad del siglo XIX Finales del XVIII Y primera mitad del XIX		
Elementos: Muerte, libertad, lluvia, noche, honor, cementerios, soledad.		
Elementos: Minuciosidad descriptiva, exclusión de toda impresión subjetiva		

**ASIGNATURA: LITERATURA I**

**SESIÓN: Corrientes Literarias**

**TEMA: El estudio de las corrientes literarias**

<b>OBJETIVO DEL TEMA:</b> El alumno tendrá el conocimiento de la corriente literaria llamada: El Realismo.	<b>BIBLIOGRAFÍA SUGERIDA:</b> <i>El cuento y las corrientes literarias.</i>  <i>Historia de la literatura española e hispanoamericana</i>
---	--

<b>ACTIVIDADES DE ENSEÑANZA – APRENDIZAJE</b>	<b>RECOMENDACIONES DIDÁCTICAS</b>	<b>TAREA</b>
<p><b>Antes</b>  El alumno investigará las características generales del Realismo, las plasmará en mapas conceptuales y conocerá la vida y obra de Ángel de Campo. Identificará su contexto histórico-social.</p> <p><b>Durante</b>  Los alumnos contestarán, en equipos de cuatro, las siguientes preguntas: ¿Cuáles son las características del Realismo? ¿En qué siglo surge? ¿Quiénes son sus exponentes principales? ¿Cuál es su contexto histórico? Con las respuestas se formarán los mapas conceptuales después de una lluvia de ideas que el profesor colocará en el pizarrón. Identificarán las funciones distributivas: Indicios e informaciones en el cuento “Pinto”</p> <p><b>Después</b>  El alumno llevará a cabo el mismo ejercicio con “Pobre Jacinta” y “Pobre viejo”. Se dará lectura en voz alta al cuento de “Pobre Jacinta”</p>	<p>Leer “Pinto”, “Pobre Jacinta” y “Pobre viejo”.</p> <p>Consultar la introducción del libro <i>Ocios y apuntes</i> de Ángel de Campo.</p> <p>Consultar en Internet la página de Cervantesvirtual.com las características del Realismo.</p> <p>Consultar los libros: <i>El cuento y las corrientes literarias</i> y <i>Mitos cuentos leyendas y fábulas, apólogos y parábolas volumen I, II Y III</i> de Emilio Rojas</p>	<p>Buscar vía Internet en la página de Cervantesvirtual.com las características del Naturalismo así como sus exponentes principales. Leer e investigar la vida y obra de Horacio Quiroga y su contexto histórico-social. Leer “La gallina Degollada”</p>

Para la sesión 2, se expone con la misma dinámica de los mapas conceptuales y la lluvia de ideas para el manejo de la información y así apoyar el aprendizaje de los alumnos.

## REALISMO

*¿QUÉ ES?*

Una corriente literaria que constituyó una nueva forma de explorar la realidad, esta ligada en el movimiento ideológico del positivismo.

Surge en el siglo XIX como una relación contra el romanticismo surgida en Francia.

### Características

- Reproducción exacta de la realidad.
- Uso de descripciones minuciosas.
- Descripción de ambiente, costumbres, problemas y modo de vivir.

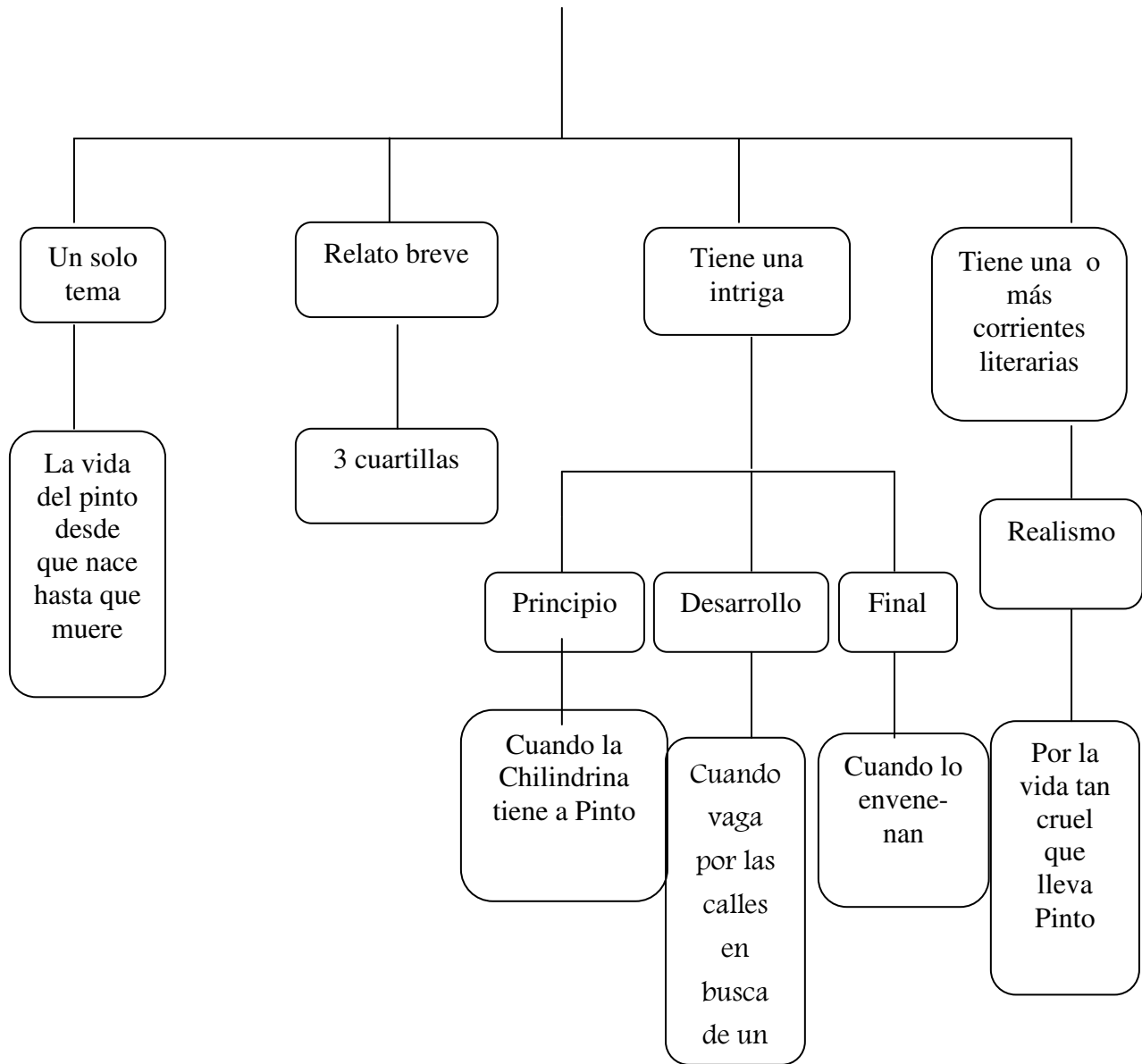
El lenguaje es coloquial ya que reproduce el habla común y cotidiano.

## REPRESENTANTES

José María de Perida y Sánchez.  
Nació en Palma de Gran Canaria en 1833. Sus obras pueden dividirse en sus 3 épocas, Cuadro de costumbres, Montañas.

Don Benito Pérez Galdós  
Nació en el año de 1843. Su principal obras es Episodios nacionales, escrito en 20 volúmenes.

*Pinto*



**ASIGNATURA: LITERATURA I**  
**SESIÓN: Corrientes Literarias**

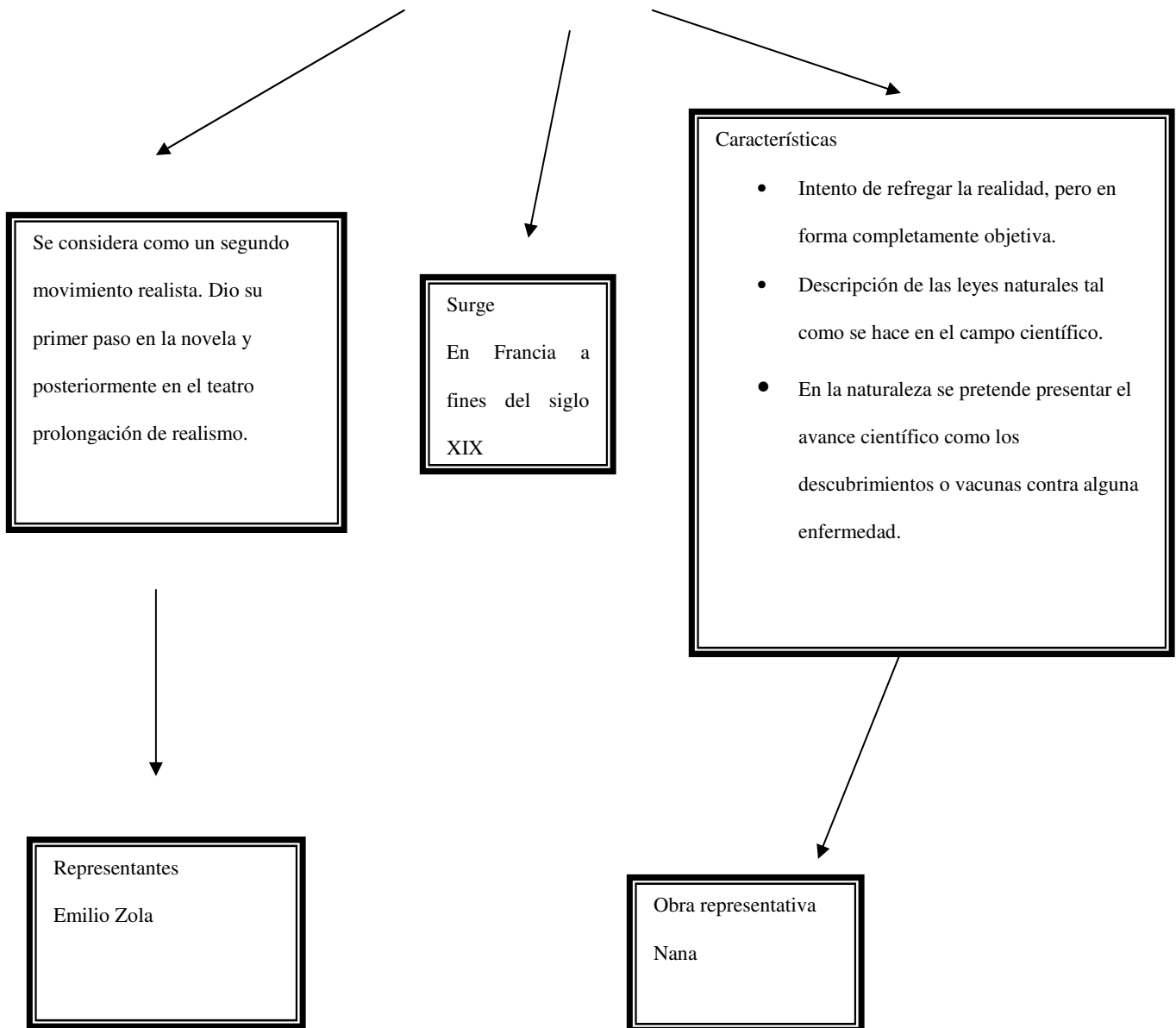
**TEMA: El estudio de las corrientes literarias**



<p><b>OBJETIVO DEL TEMA:</b> El alumno tendrá el conocimiento de la corriente literaria llamada: El Naturalismo.</p>	<p><b>BIBLIOGRAFÍA SUGERIDA:</b> <i>El cuento y las corrientes literarias.</i>  <i>Historia de la literatura española e hispanoamericana</i></p>
--	--

<p><b>ACTIVIDADES DE ENSEÑANZA – APRENDIZAJE</b></p>	<p><b>RECOMENDACIONES DIDÁCTICAS</b></p>	<p><b>TAREA</b></p>
<p><b>Antes</b> El alumno investigará las características generales del Naturalismo, las plasmará en mapas conceptuales y conocerá la vida y obra de Horacio Quiroga. Identificará su contexto histórico-social.</p> <p><b>Durante</b> Los alumnos contestarán de forma individual las siguientes preguntas: ¿Cuáles son las características del Naturalismo? ¿En qué siglo surge? ¿Quiénes son sus exponentes principales? ¿Cuál es su contexto histórico? Con las respuestas se formarán los mapas conceptuales después de una lluvia de ideas que el profesor colocará en el pizarrón. Identificarán las condiciones Histórico-sociales (contexto).</p> <p><b>Después</b> El alumno llevará a cabo el mismo ejercicio con “El almohadón de plumas” y “El padre”. Se dará lectura en voz alta al cuento de “El almohadón de plumas”</p>	<p>Leer el libro <i>Cuentos de amor de locura y de muerte</i></p> <p>Consultar en Internet la página de <a href="http://Cervantesvirtual.com">Cervantesvirtual.com</a> las características del Naturalismo.</p> <p>Consultar los libros: <i>El cuento y las corrientes literarias</i> y <i>Mitos cuentos leyendas y fábulas, apólogos y parábolas volumen I, II Y III</i> de Emilio Rojas</p>	<p>Buscar las características del Modernismo así como sus exponentes principales. Leer e investigar la vida y obra de Ramón López Velarde y su contexto histórico-social.</p>

# NATURALISMO



**El Almohadón de Plumas**

**ASIGNATURA: LITERATURA I**  
**SESIÓN: Corrientes Literarias**

Su raíz está en el Modernismo porque como éste es una quinta esencia del Romanticismo, del Parnaso del Simbolismo, del Realismo y del Decadentismo. Su temática se impregna y de todos adquiere un poco pero de ninguna escuela es presa definitiva.

**TEMA: El estudio de las corrientes literarias****OBJETIVO DEL TEMA:**

El alumno tendrá el conocimiento de la corriente literaria llamada: El Modernismo.

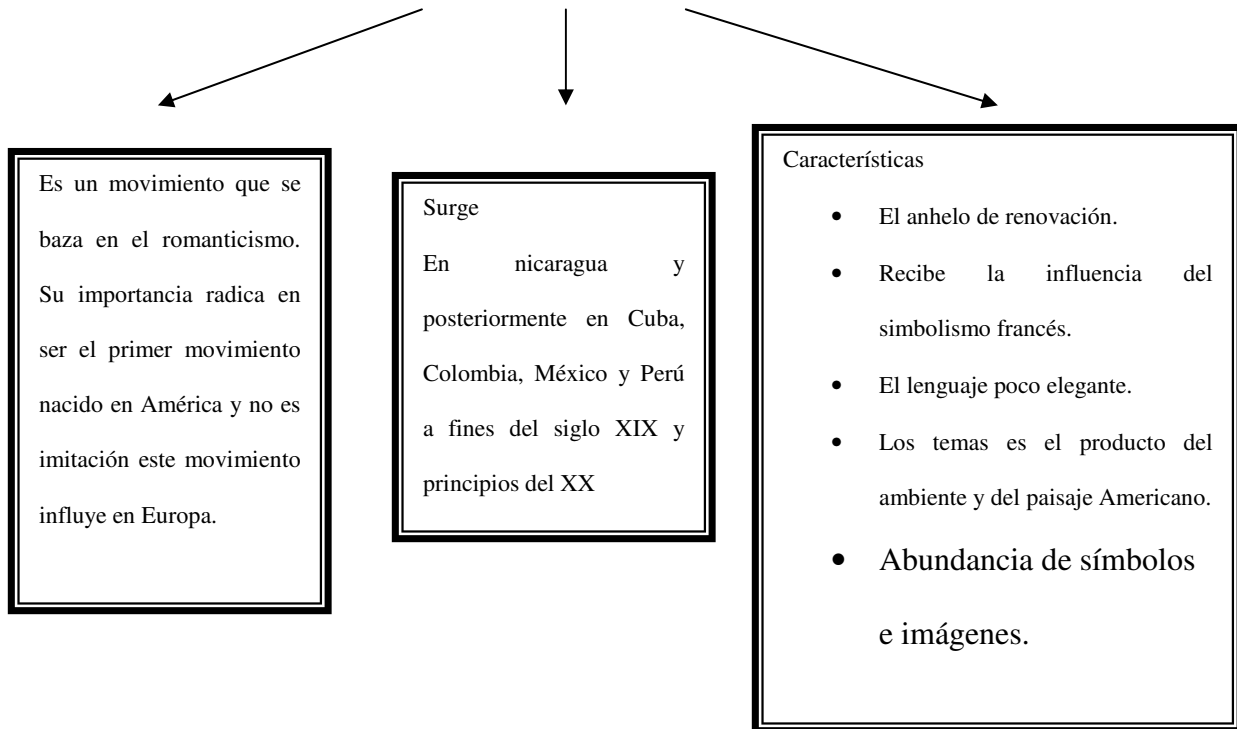
**BIBLIOGRAFÍA SUGERIDA:**

*El cuento y las corrientes literarias.*

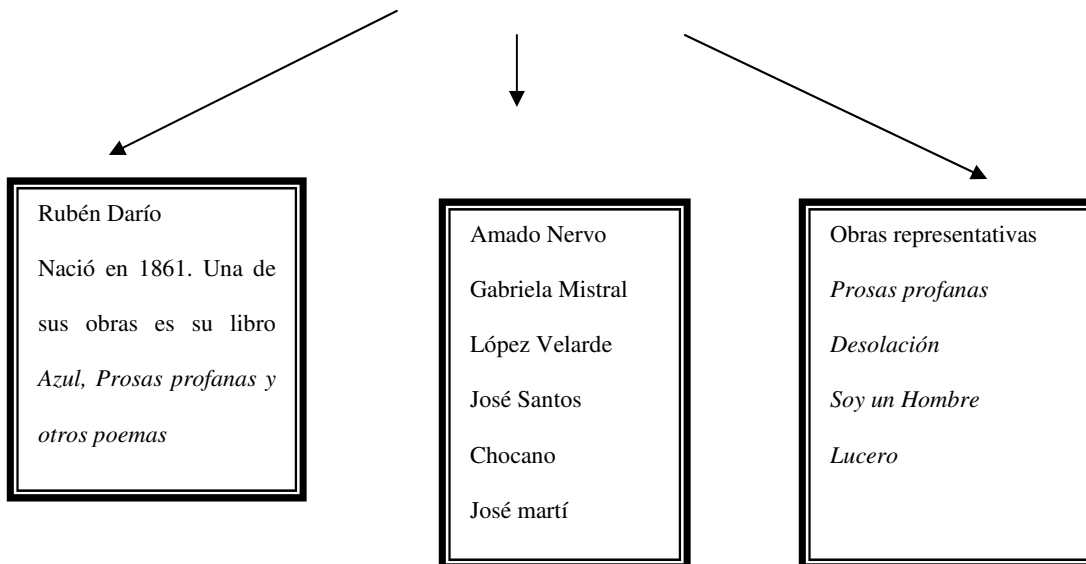
*Historia de la literatura española e hispanoamericana*

<b>ACTIVIDADES DE ENSEÑANZA – APRENDIZAJE</b>	<b>RECOMENDACIONES DIDÁCTICAS</b>	<b>TAREA</b>
<p><b>Antes</b> El alumno investigará las características generales del Modernismo, las plasmará en mapas conceptuales y conocerá la vida y obra de Ramón López Velarde. Identificará su contexto histórico-social.</p> <p><b>Durante</b> Los alumnos contestarán de forma individual las siguientes preguntas: ¿Cuáles son las características del Modernismo? ¿En qué siglo surge? ¿Quiénes son sus exponentes principales? ¿Cuál es su contexto histórico? Con las respuestas se formarán los mapas conceptuales y después de una lluvia de ideas que el profesor colocará en el pizarrón, llevarán a cabo el análisis contextual de la lectura</p> <p><b>Después</b> El alumno llevará a cabo el mismo ejercicio con los ensayos de Ramón López Velarde del Libro <i>Ensayo Moderno y Contemporáneo</i></p>	<p>Leer el libro <i>Azul</i> de Rubén Darío</p> <p>Consultar en Internet la página de Cervantesvirtual.com las características del Modernismo.</p> <p>Consultar los libros: <i>El cuento y las corrientes literarias</i> y <i>Mitos cuentos leyendas y fábulas, apólogos y parábolas volumen I, II Y III</i> de Emilio Rojas</p>	<p>Buscar vía Internet en la página de Cervantesvirtual.com las características de los Contemporáneos así como sus exponentes principales. Leer e investigar la vida y obra de Juan Rulfo Y julio Cortázar así como su contexto histórico-social.</p>

## EL MODERNISMO



## REPRESENTANTES



## SESIÓN: Corrientes Literarias

**TEMA:** El estudio de las corrientes literarias.

<b>OBJETIVO DEL TEMA:</b> El alumno tendrá el conocimiento de la corriente literaria llamada: Los Contemporáneos.	<b>BIBLIOGRAFÍA SUGERIDA:</b> <i>El cuento y las corrientes literarias.</i>  <i>Historia de la literatura española e hispanoamericana</i>
--	--

<b>ACTIVIDADES DE ENSEÑANZA – APRENDIZAJE</b>	<b>RECOMENDACIONES DIDÁCTICAS</b>	<b>TAREA</b>
<p><b>Antes</b> El alumno investigará las características generales de los Contemporáneos, las plasmará en mapas conceptuales y conocerá la vida y obra de Juan Rulfo y Julio Cortázar. Identificará su contexto histórico-social.</p> <p><b>Durante</b> Los alumnos contestarán de forma individual las siguientes preguntas: ¿Cuáles son las características de los Contemporáneos? ¿En qué siglo surge? ¿Quiénes son sus exponentes principales? ¿Cuál es su contexto histórico? Con las respuestas se formarán los mapas conceptuales después de una lluvia de ideas que el profesor colocará en el pizarrón. Llevarán a cabo el Análisis contextual e Intratextual de la lectura.</p> <p><b>Después</b> El alumno llevará a cabo el mismo ejercicio con los cuentos de Julio Cortázar y se dará lectura en voz alta al cuento de “No oyes ladrar a los perros” de Juan Rulfo.</p>	<p>Leer <i>el Llano en llamas</i> de Juan Rulfo</p> <p>“La continuidad de los parques” y “La autopista de París” de Julio Cortázar.</p> <p>Consultar en Internet la página de <a href="http://Cervantesvirtual.com">Cervantesvirtual.com</a> las características de los Contemporáneos: Xavier Villaurrutia, Salvador Novo y Octavio Paz</p>	<p>Ordenar y presentar en un mapa conceptual toda la información de las corrientes literarias.</p>



## CAPÍTULO IV. Soporte académico

### A- Pedagogía: estructuralismo

Para la enseñanza en el Colegio de Bachilleres el programa de la asignatura de Literatura I primera unidad se utilizan los estudios estructuralistas y como canal a Helena Beristáin: Un nuevo modo de acercarse a la obra literaria se inició en el siglo XX a partir de criterios lingüísticos y estéticos sustentados primeramente por estudiosos que desde 1914 formaron parte del Círculo Lingüístico de Moscú, tales como Jakobson<sup>1</sup>, Trubetzkoi, y Bogatirev.<sup>2</sup>

Para la aplicación del Estructuralismo se hace una desfragmentación del texto literario puesto que: “Ellos se ocuparon de plantear problemas y posibles soluciones acerca de temas como el “status” (artístico) del texto literario o la naturaleza de sus marcas específicas de literariedad (Jakobson) sobre la literatura como objeto de estudio...”<sup>3</sup>

El profesor para facilitar la comprensión en el alumno explica esas marcas específicas encontradas en el texto literario de la siguiente manera:

La función poética y las marcas de literariedad se ejemplifican con el cuento “El gigante egoísta” de Oscar Wilde en donde se hace notar la importancia en la manera de expresar el mensaje que radica en la creatividad del autor, ya que éste se vale de algunos recursos literarios y el efecto de sentido que se busca en la impresión estética en el lector y destacar en los alumnos las marcas de literariedad en todos aquellos rasgos que hacen de la obra una obra literaria con carácter connotativo (diversas interpretaciones) así como las figuras retóricas: la hipérbole, imagen, prosopopeya, comparación y metáfora, entre otras. Para

---

<sup>1</sup>JAKOBSON, Roman “*Hacia una ciencia del arte poético*” en *Teoría de la literatura de los formalistas rusos*. Antología preparada y presentada por Tzvetan Todorov. Siglo veintiuno editores S. A. México 1991, pp. 7-10

<sup>2</sup>BERISTÁIN, Helena. *Análisis e interpretación del poema lírico*. Ed. UNAM, México 1989, pp.14

<sup>3</sup> Ídem, pp. 15-16



identificar los diferentes tipos de emisor y receptor presentes en el texto, utilizo textos de Ángel de Campo y a Edgar Allan Poe resaltando la importancia de los escritores, como los emisores mandando un mensaje (el cuento) y a los alumnos como receptores, sin embargo, no son todos los papeles que se manejan para su estudio, ya que por medio de ejemplos se muestra a los emisores y receptores internos. Otro aspecto de suma importancia es el estudio de las condiciones sociales (contexto), ya que el alumno conocerá el contexto del autor y el de él mismo así como su trascendencia de este factor en la comprensión de la literatura universal. Dentro de los planos de una narración (historia y discurso), aprenderá, por medio de las lecturas, a identificarlos, tomando como base las funciones integrativas y distributivas presentes en el cuento, de tal manera que tendrá los elementos necesarios para una mejor interpretación y un mayor entendimiento de la obra producida por los diferentes autores. En la red actancial el alumno adquirirá los fundamentos necesarios para llevar a cabo una explicación de los papeles principales y secundarios de los personajes que aparecen en el cuento, apoyándose en la perspectiva del narrador que encontrará en la producción literaria de Ricardo Palma, afirmando así la creatividad del escritor. Utilizando los argumentos necesarios y adquiridos durante en análisis del cuento, el alumno hará un análisis intratextual y contextual en un ensayo de la lectura de “Las tres manzanas” del libro de *Las mil y una noches*

## ***B. Experiencia docente***

Mi experiencia como docente en el Colegio de Bachilleres es de cuatro años. Soy pasante de la carrera de Lengua y Literaturas Hispánicas. Imparto la Materia de Literatura I y II en el Plantel 06 *Vicente Guerrero*. Disfruto cada clase y trato de ser lo más profesional que puedo, asumo la responsabilidad de estar frente a un grupo y me queda bastante claro que el profesor que enseña la asignatura de Literatura tiene que ser un profesor que se apasione por lo que hace y por supuesto que su formación sea una carrera de letras. Para dar clases de Literatura, el Colegio de Bachilleres pide un perfil académico cuya formación sea precisamente una carrera relacionada con la asignatura que se pretende impartir; sólo así el profesor se considera apto para enseñar las asignaturas de Literatura I y II. Durante mi estancia en el Colegio dentro de las aulas, he notado en el transcurso de cada semestre la falta de interés de los alumnos para leer. En la búsqueda de soluciones para esta situación, descubrí que los alumnos se interesan más cuando el profesor explica la importancia de las corrientes literarias en una clase ejemplificándolas con las lecturas propuestas. Lo llevé a cabo sólo como un repaso para los alumnos, tomando en cuenta que se estudian en los cursos anteriores a la asignatura de Literatura I, sin embargo, el vacío de este conocimiento fue tan grande que amplié las sesiones sin dejar a un lado el programa de estudios. Las estrategias fueron variadas y lúdicas. El resultado que obtuve con los jóvenes fue notable, ellos entendieron el por qué la forma de expresarse de los escritores de los diferentes periodos de la historia y en algunos casos, los cambios culturales y no sólo eso, también identificaron las épocas y su contexto

histórico-social, lo cual ayuda bastante para una mejor comprensión y entendimiento de la literatura.

### **C. Estrategias de enseñanza.**

Las estrategias utilizadas en el transcurso de las sesiones fueron variadas de acuerdo a la actitud de los alumnos, cabe señalar que no todas las estrategias ocupadas sirven para todos los grupos, el cambio y la actualización del profesor es elemental para una enseñanza mejor, de tal manera que unas de las estrategias que por lo regular me funcionan con los jóvenes son las siguientes:

#### ***1. Actividades preparatorias***

Contar cuentos breves en el aula de una forma lúdica funciona bastante bien, los alumnos escuchan y se divierten, el profesor los organiza para que ellos busquen algunas narraciones de autores previamente citados en clase, y que haya sido de su agrado, posteriormente lo tendrá que compartir con sus compañeros. Es importante que el profesor inicie esta actividad.

#### ***2. Ejercicios en el aula***

Posteriormente se lleva a cabo la realización de Mapas conceptuales en donde los alumnos distribuyen la información de cada autor considerando su contexto histórico y la corriente literaria a la que pertenece. Se toma mucho en cuenta la lectura en voz alta y se hace énfasis de su importancia.

#### ***3. Tareas en casa***

Investigar la vida y obra de los autores para conocer el contexto histórico social del autor que están leyendo y exponerlo ya sea en forma verbal o escrita. Las investigaciones por lo general son vía Internet mas la presentación debe por escrito con letra de molde, los trabajos y los reportes tienen esta misma característica. Otra tarea muy común es la búsqueda de palabras que no conocen en sus lecturas y forman una bitácora de las mismas en su cuaderno. Dejar tarea para los alumnos es fundamental para las sesiones, tomando en cuenta el tiempo de las clases y los ejercicios que se llevan a cabo en el aula.

### ***3. Asesorías extra-clase***

Las asesorías extra-clase son muy comunes en el Colegio de Bachilleres, hay profesores de diferentes asignaturas que después de su horario atienden a los alumnos, a estos maestros se les llama Consultores, reciben un salario extra por su actividad; sin embargo, no siempre coinciden con las necesidades de los alumnos y buscan ayuda con los Jefes de Materia. Se les brinda orientación, bibliografía y material para sus actividades. Solicitan la mayoría de las veces, diccionarios, novelas y en muy pocas ocasiones libros de poesía. Trata uno de aclarar sus dudas en algún tema que se les dificulta.

## **Conclusiones**

El propósito de este informe fue mostrar el trabajo que llevé a cabo en la Materia de Literatura I, Primera unidad, que se imparte en el Colegio de Bachilleres. Siendo la enseñanza de las corrientes literarias el objetivo principal, para un mejor entendimiento de lo propuesto por el programa de esta asignatura, puesto que carece de él, la propuesta me ha dado resultado como profesor de literatura, ya que los alumnos contaron con más información de los autores y su producción literaria, así como el contexto de los mismos al momento de ser leídos.

En el capítulo I se mostró una breve pero importante parte de la historia del Colegio de Bachilleres y el contexto del plantel 06 Vicente Guerrero, sobre todo el turno vespertino ya que en él es donde me desempeño como profesor de la asignatura de Literatura, además de demostrar la importancia de la enseñanza de las corrientes literarias en un conjunto de alumnos con características diferentes que influyen en su aprendizaje, tomando en cuenta su lugar de procedencia.

En el capítulo II se señaló la forma de trabajar con el programa actual de la asignatura de Literatura I Primera unidad, la cual está dividida en trece sesiones mencionando los objetivos que se tienen y que se pretenden alcanzar al final del curso y como resultado obtenido es una mejor comprensión de los diferentes autores leídos durante las sesiones dedicadas al curso.

En el capítulo III traté la importancia que tienen algunas de las corrientes literarias y su enseñanza en el Colegio de Bachilleres para la asignatura de Literatura I, mostrando el apoyo que puede ser de gran utilidad para el alumno, unido a una serie de ejercicios para

mejorar la comprensión tanto de las lecturas como del contexto histórico en que se produjeron dichas obras.

En el capítulo IV abordé la pedagogía aplicada que marca el programa utilizando a Tzvetan Todorov y a Helena Beristáin apoyándome en ellos para una mejor asimilación en la enseñanza de la literatura, ejemplificando cada objetivo con diferentes autores y manteniendo a los alumnos trabajando en distintas actividades pero relacionadas con el Estructuralismo propuesto por el programa actual de la asignatura de literatura I primera unidad. Señalo las constantes tareas de investigación y la forma de buscarla ya sea vía biblioteca o vía Internet y manteniendo una constante comunicación con los alumnos dentro y fuera del salón de clases, buscando siempre acercar al alumno a los autores y demostrando con trabajo la importancia de un objetivo dedicado a las corrientes literarias, ya que a través de los ejercicios propuestos por el profesor el alumno se muestra más interesado y participativo cuando se le ofrecen todos los medios posibles para su aprendizaje.

Ha sido posible comprobar que los alumnos responden de una forma significativa al momento de leer a los autores propuestos por el profesor siguiendo el programa y aplicar las características de las corrientes literarias en las sesiones propuestas por el programa se invita a los alumnos a continuar leyendo más de lo propuesto en clase, cabe destacar que se motiva el alumno diciéndole que cada lectura extra vale para su calificación, al principio lo hicieron por mejorar sus resultados, posteriormente lo hicieron por gusto y curiosidad por los autores leídos, ya sea por sus características contextuales o intratextuales en sus obras.

No es este el único modo de impartir la asignatura de Literatura I Primera unidad en el Colegio de Bachilleres como tampoco lo es la selección de los materiales que se ocuparon para este curso, sin embargo, el resultado es aceptable debido a las características que

muestra un plantel en el turno vespertino siendo considerado por los resultados obtenidos en los semestres anteriores como un turno conflictivo. Su bajo nivel de aprovechamiento se incrementa de una manera positiva al utilizar las diferentes estrategias para una mejor enseñanza de la literatura. Este material también puede ser utilizado como apoyo para un futuro examen de ingreso a nivel superior ya que los elementos están colocados de una forma cronológica.

# ANEXOS



**ÍNDICE**

“Las tres manzanas” (Cerca de 850 d. c.)	
Anónimo.....	V
“La niña de los fósforos” (Dinamarca, 1836-1837)	
Hans Cristian Andersen.....	XIII
“El gigante egoísta” (Irlanda, 1854)	
Oscar Wilde.....	XVI
“Ligeia” (Estados Unidos, 1838)	
Edgar Allan Poe.....	XXI
“El almohadón de plumas” (Uruguay, 1917)	
Horacio Quiroga.....	XXXVIII
“La gallina degollada” (Uruguay, 1917)	
Horacio Quiroga.....	XLIII
“La endemoniada” (Perú, 1872)	
Ricardo Palma.....	LII
“En el fondo del caño hay un negrito” (Puerto Rico, 1950- 1955)	
José Luis González.....	LIX
“¡Diles que no me maten!” (México, 1953)	
Juan Rulfo.....	LXIII
“No oyes ladrar a los perros” (México, 1953)	
Juan Rulfo.....	LXXI
“Carta a una señorita en París” (Argentina, 1951)	
Julio Cortázar.....	LXXVI

## **I. Prólogo**

La selección de todos y cada uno de los cuentos son el resultado de mi experiencia como docente en el Colegio de Bachilleres, son cuentos que han dejado huella en los alumnos, además de cumplir con los elementos estructurales para su análisis que marca el programa de estudio de la asignatura de Literatura I. Siendo una justificación las lecturas que se les da a los alumnos para la enseñanza de la literatura se rige bajo el criterio del profesor, existen en el programa algunas sugerencias, sin embargo, no siempre son del agrado de los jóvenes y uno de los objetivos principales es fomentar el placer hacia la literatura uno tiene que buscar las estrategias necesarias así como las lecturas que considere para lograr el objetivo, de tal manera que la selección que presento ha logrado acercar de una forma significativa a los alumnos a las obras literarias de todos los tiempos.

## **II. Antología.**

La literatura es un elemento fundamental para el desarrollo integral de los alumnos, sobre todo, en un medio sumamente competitivo en donde el dominio del lenguaje y su comprensión sirve como un arma fundamental para su integración a la sociedad de una forma culta. Sirva la presente antología como apoyo para la enseñanza de la literatura a nivel medio superior y que se considere siempre que no es la única opción y puede enriquecerse agregando o supliendo algunos cuentos que el profesor considere.

## Las Tres Manzanas

Scherezada dijo:

"Una noche entre las noches, el califa Harun Al-Rachid dijo a Giafar Al-Barmaki: "Quiero que recorramos la ciudad, para enterarnos de lo que hacen los gobernadores y walíes. Estoy resuelto a destituir a aquellos de quienes me den quejas," Y Giafar respondió: "Escucho y obedezco."

Y el califa, y Giafar, y Massrur el porta-alfanje salieron disfrazados por las calles de Bagdad; y he aquí que en una calleja vieron a un anciano decrepito que a la cabeza llevaba una canasta y una red de pescar, y en la mano un palo y andaba pausadamente, canturreando estas estrofas: Me dijeron: "¡por tu ciencia, ¡oh sabio! eres entre los humanos como la luna en la noche!" Yo les contesté: "¡Os ruego, que no habléis de ese modo! ¡No hay más ciencia que la del Destino!" ¡Porque, yo, con toda mi ciencia, mis manuscritos, mis libros y mi tintero, no puedo desviar la fuerza del Destino ni un solo día! ¡Y los que apostasen por mí, perderían su apuesta! ¡Nada, en efecto, hay más desolador que el pobre, el estado del pobre y el pan y la vida del pobre! ¡En verano, se te agotan las fuerzas! ¡En invierno, no dispone de abrigo! ¡Si se para, le acosarán los perros para que se aleje! ¡Cuán mísero es! ¡Ved cómo para él son todas las ofensas y todas las burlas!. ¿Quién es más desdichado? Y si no clama ante los hombres, si no a su miseria, ¿quién le compadecerá? ¡Oh! Si tal es la vida del pobre, ¿no ha de preferir la tumba? Al oír estos versos tan tristes, el califa dijo a Giafar: "Los versos y el aspecto de este pobre hombre indican una gran miseria." Después se aproximó al viejo, y le dijo: "¡Oh jeique! ¿Cuál es tu oficio?" Y él

respondió: "¡Oh señor mío! Soy pescador. ¡Y muy pobre! ¡Y con familia! Y desde el mediodía estoy fuera de casa trabajando, y ¡Alah no me concedió aún el pan que ha de alimentar a mis hijos! Estoy, pues, cansado de mi persona y de la vida, y no anhelo más que morir." Entonces el califa le dijo: "¿Quieres venir con nosotros hasta el río, y echar la red en mi nombre, para ver qué tal suerte tengo? Lo que saques del agua te lo compraré y te daré por ello cien dinares." Y el viejo se regocijó al oírle, y contestó; "¡Acepto cuanto acabas de ofrecerme y lo pongo sobre mi cabeza!" Y el pescador volvió con ellos hacia el Tigris, y arrojando la red, quedó en acecho; después tiró de la cuerda de la red, y la red salió. Y el viejo pescador encontró en la red un cajón que estaba cerrado y que pesaba mucho. Intentó levantarlo el califa y lo encontró también muy pesado. Pero se apresuró a entregar los cien dinares al pescador, que se alejó muy contento. Entonces Giafar y Massrur cargaron con el cajón y lo llevaron al palacio. Y el califa dispuso que se encendiesen las antorchas, y Giafar y Massrur se abalanzaron sobre el cajón y lo rompieron. Y dentro de él hallaron una enorme banasta de hojas de palmera cosidas con lana roja. Cortaron el cosido, y en la banasta había un tapiz; apartaron el tapiz y encontraron debajo un gran velo blanco de mujer; levantaron el velo y apareció, blanca como la plata virgen, una joven muerta y despedazada. Ante aquel espectáculo, las lágrimas corrieron por las mejillas del califa, y después, muy enfurecido, encarándose con Giafar, exclamó: ¡Oh perro visir! ¡Ya ves cómo, durante mi reinado, se asesina a las gentes y se arroja a las víctimas al agua! ¡Y su sangre caerá sobre mí el día del juicio, y pesará eternamente en mi conciencia! Pero ¡por Alah! que he de usar de represalias con el asesino, y no descansaré hasta que lo mate. En cuanto a ti, ¡juro por la verdad de mi descendencia directa de los califas Bani-Abbas, que si no me presentas al matador de esta mujer, a la que quiero vengar mandaré que te crucifiquen a la puerta de mi palacio, en compañía de cuarenta de tus primos los Baramka!" Y el

califa estaba lleno de cólera, y Giafar dijo: "Concédeme para ello no más que un plazo de tres días." Y el califa respondió: "Te lo otorgo." Entonces Giafar salió del palacio, muy afligido, y anduvo por la ciudad, pensando: "¿Cómo voy a saber quién. ha matado a esa joven, ni dónde he de buscarlo para presentárselo al califa? Si le llevase a otro para que pereciese en vez del asesino, esta mala acción pesaría sobre mi conciencia. Por lo tanto, no sé qué hacer." Y Giafar llegó a su casa, y allí estuvo desesperado los tres días del plazo. Y al cuarto día el califa le mandó llamar. Y cuando se presentó entre sus manos, el califa le dijo: "¿Dónde está el asesino de la joven?" Giafar respondió: "No poseo la ciencia de adivinar lo invisible y lo oculto, para que pueda conocer en medio de una gran ciudad al asesino." Entonces el califa se enfureció mucho, y ordenó que crucificasen a Giafar a la puerta de palacio, encargando a los pregoneros quedo anunciaran por la ciudad y sus alrededores de esta manera:

"Quien desee asistir a la crucifixión de Giafar Al-Barmaki, visir del califato, y a la de cuarenta Baramka, parientes suyos, vengán a la puerta de palacio para presenciarlo." Y todos los habitantes de Bagdad afluían por las calles para presenciar la crucifixión de Giafar y sus primos, sin que nadie supiese la causa; y todo el mundo se condolía y se lamentaba de aquel castigo; pues el visir y los Baramka eran muy apreciados por su generosidad y sus buenas obras. Cuando se hubo levantado el patíbulo, llevaron al pie de él a los sentenciados y se aguardó la venia del califa para la ejecución. De pronto, mientras lloraba la gente, un apuesto y bien portado joven hendió con rapidez la muchedumbre, y llegando entre las manos de Giafar, le dijo: "¡Que te liberten, oh dueño y señor de los señores más altos, asilo de los menesterosos! Yo fui quien asesinó a la joven despedazada y la metí en la caja que pescasteis en el Tigris. ¡Mátame, pues, en cambio, y usa las represalias conmigo!» Cuando escuchó Giafar las palabras del joven, se alegró por sí propio, pero compadeciéndose del

mancebo. Y hubo de pedirle explicaciones más detalladas; pero de súbito un anciano venerable separó a la gente, se acercó muy de prisa a Giafar y, al joven, les saludó; y les dijo: ¡Oh visir! no hagas caso de las palabras de este mozo, pues yo soy el único asesino de la joven, y en mí solo tienes que vengarla." Pero el joven repuso:

"¡Oh visir! este viejo jeique no sabe lo que se dice. Te repito que, yo soy quien la mató, debiendo ser, por tanto, el único, a quien se castigue.". Entonces el jeique exclamó: "¡Oh hijo mío! todavía eres joven y debes vivir; pero yo, que soy viejo y, estoy cansado del mundo, te serviré de rescate a ti, al visir y a sus primos. Repito que el asesino soy yo, Y conmigo se debe usar de represalias." Entonces, Giafar, con el consentimiento del capitán de guardias, se llevó al joven y al anciano, y subió con ellos al aposento del califa. Y le dijo: "¡Oh Emir de los Creyentes! aquí tienes al asesino de la joven." Y el califa preguntó: "¿En dónde está?" Giafar dijo: "Este joven afirma que es el matador, pero este anciano lo desmiente y asegura que el asesino es él." Entonces el califa contempló al jeique y al mozo, y les dijo: "¿Cuál de vosotros. dos ha matado a la joven?" Y el mancebo respondió: "¡Fui yo!" Y el jeique dijo: "¡No; fui yo solo!" El califa, sin preguntar más, dijo a Giafar entonces: "Llévate a los dos y crucificalos," Pero Giafar hubo de replicarle: "Si sólo uno es el criminal, castigar al otro constituye una gran injusticia." Y entonces el joven exclamó: "¡Juro por Aquel que levantó los cielos hasta la altura que están y extendió la tierra en la profundidad que ocupa, que soy el único que asesino a la joven! Oíd las pruebas." Y describió el hallazgo; conocido sólo por el califa, Giafar y. Massrur. Y con esto el califa se convenció de la culpabilidad del joven, y llegando al límite del asombro, le dijo: "¿Y porqué has cometido esa muerte? ¿Por qué la confiesas antes de que te obliguen a hacerlo a palos? ¿Por qué pides de este modo el castigo?" Entonces dijo el mancebo: "Sabe, ¡oh Príncipe de los Creyentes! que esa joven era mi esposa, hija de este jeique, que es mi

suegro. Me casé siendo ella todavía virgen, y Alah me ha concedido tres hijos varones. Y mi mujer me amó y me sirvió siempre, sin que tuviese yo que motejarla nada reprehensible. Hace dos meses cayó gravemente enferma, y llamé en seguida a los médicos mas sabios, que no tardaron en curarla ¡con ayuda de Alah! Al cabo de un mes empezó a hallarse mejor y quiso ir al baño. Antes, de salir de casa, me dijo: "Antes de entrar en el hammam, desearía satisfacer un antojo." Y le pregunté: "¿Qué antojo es ese?" Y me contestó: "Tengo ganas de una manzana para olerla y darle un bocado." Inmediatamente me fui a la calle a comprar la manzana, aunque me costara un dinar de oro. Y recorrí todas las fruterías, pero en ninguna había manzanas. Y regresé a casa muy triste, sin atreverme a ver a mí mujer, y pasé toda la noche pensando en la manera de lograr una manzana. Al amanecer salí de nuevo de mi casa y recorrí todos los huertos, uno por uno, y árbol por árbol, sin hallar nada. Y he aquí que en el camino me encontré con un jardinero, hombre de edad, al que le consulté sobre lo de las manzanas. Y me dijo: "¡Oh hijo mío! Es una cosa difícil de encontrar, porque ahora no las hay en ninguna parte cómo no sea en Bassra; en el huerto del Comendador de los Creyentes. Y aun allí no te será fácil conseguirlas; pues el jardinero las reserva cuidadosamente para uso del califa." Entonces volví junto a mi esposa, contándole todo; pero el amor que le profesaba me movió a preparar el viaje. Y salí, y empleé quince días completos, noche y día, para ir a Bassra, y regresar favorecido por la suerte, pues volví al lado de mi esposa con tres manzanas compradas al jardinero del huerto de Bassra por tres dinares. Entré, pues, muy contento, y se las ofrecí a mi esposa, pero al verlas ni dio muestras de alegría ni las probó, dejándolas, indiferente, a un lado. Observé entonces que durante mi ausencia la calentura se había vuelto a cebar en mi mujer muy violentamente y seguía atormentándola; y estuvo enferma diez días más, durante los cuales no me separé de ella un momento. Pero gracias a Alah; recobró la salud, y entonces pude



salir y marchar a mi tienda para comprar y vender. Pero he aquí que una tarde estaba yo sentado a la huerta de mi tienda, cuando pasó por allí un negro, que llevaba en la mano una manzana: Y le dije: "¡Eh, buen amigo! ¿De dónde has sacado esa manzana, para que yo pueda comprar otras iguales?" Y el negro se echó a reír, y me contestó: "Me la ha regalado mi amante. He ido a su casa, después de algún tiempo que no la había visto, y la he encontrado enferma, y tenía al lado tres manzanas, y al interrogarla, me ha dicho: "Figúrate, ¡oh querido mío! que el pobre cornudo de mi esposo ha ido a Bassra expresamente a comprármelas, y le han costado tres dinares de oro." Y en seguida me dio ésta que llevo en la mano." Al oír tales palabras del negro, ¡oh Príncipe de los Creyentes! mis ojos vieron que el mundo se obscurecía; cerré la tienda a toda prisa y entré en mi casa, después de haber perdido en el camino toda la razón, por la fuerza explosiva de mi furia. Dirigí una mirada al lecho, y efectivamente, la tercera manzana no estaba ya allí. Y pregunté a mi esposa: "¿En dónde está la otra manzana?" Y me contestó: "No sé que ha sido de ella." Esto era una comprobación de las palabras del negro. Entonces me abalancé sobre ella, cuchillo en mano, y apoyando en su vientre mis rodillas, la cosí a cuchilladas. Después le corté la cabeza y los miembros, lo metí todo apresuradamente en la banasta, cubriéndolo con el velo y el tapiz, y guardándolo en el cajón, que clavé yo mismo. Y cargué el cajón en mi mula, y en seguida lo arrojé en el Tigris con mis propias manos. ¡Por eso, ¡oh Emir de las Creyentes! te suplico que apresures mi muerte, en castigo a mi crimen, pues me aterra tener que dar cuenta de él el día de la Resurrección! La arrojé al Tigris, como he dicho, y como nadie me vio, pude volver a casa. Y encontré a mi hijo mayor llorando, y aunque estaba seguro de que ignoraba la muerte de su madre, le pregunté:

"¿Por qué lloras?" Y él me contestó: "Porque he cogido una de las manzanas que tenía mi madre, y al bajar a jugar con mis hermanos, en la calle, ha pasado un negro muy grande y

me la quitó, diciendo: "¿De dónde has sacado esta manzana?" Y le contesté: "Es de mi padre, que se fue y se la trajo a mi madre con otras dos, compradas por tres dinares en Bassra. Porque mi madre está enferma." Y a pesar de ello, el negro no me la devolvió sino que me dio un golpe y se fue con ella. ¡Y ahora tengo miedo de que la madre me pegue por lo de la manzana!" Al oír estas palabras del niño, comprendí que el negro había mentido respecto a la hija de mi tío, y por tanto, ¡que yo había matado a mi esposa injustamente! Entonces empecé a derramar abundantes lágrimas, y entró mi suegro, el venerable jeique que está aquí conmigo. Y le conté la triste historia. Entonces se sentó a mi lado, y se puso a llorar. Y no cesamos de llorar juntos hasta media noche. E hicimos que duraran cinco días las ceremonias fúnebres. Y aun hoy seguimos lamentando esa muerte. Así, pues, te conjuro ¡oh Emir de los Creyentes! por la memoria sagrada de tus antepasados, a que apresures mi suplicio y vengues en mi persona aquella muerte." Entonces el califa, profundamente maravillado, exclamó: "¡Por Alah que no he de matar más que a ese negro pérfido!..." En este momento de su narración, Schahrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente. PERO CUANDO LLEGÓ LA 19a. NOCHE Ella dijo:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado! que el califa juró que no mataría mas que al negro, puesto que el joven tenía una disculpa. Después, volviéndose hacia Giafar, le dijo: "¡Trae a mi presencia al pérfido negro que ha sido la causa de esta muerte! Y si no puedes dar con él, perecerás en su lugar." Y Giafar salió llorando, y diciéndose: "dónde lo podré hallar para traerlo a su presencia? Si es extraordinario que no se rompa' un cántaro al caer, no lo ha sido menos el que yo haya podido escapar de la muerte. Pero ¿y ahora?... ¡Indudablemente, Él que me ha salvado la primera vez, me salvará, si quiere, la segunda! Así, pues, me encerraré en mi casa los tres días del plazo. Porque ¿para qué voy a emprender pesquisas inútiles? ¡Confío en la voluntad del Altísimo!" Y en efecto, Giafar no se movió de su casa

en los tres días del plazo. Y al cuarto día mandó llamar al kadí, e hizo testamento ante él, y se despidió de sus hijos llorando. Después llegó el enviado del califa, para decirle que el sultán seguía dispuesto a matarle si no parecía el negro. Y Giafar lloró más todavía, y sus hijos con él. Después quiso besar por última vez a la mas pequeña de sus hijas, que era la preferida entre todas, y la apretó contra su pecho, derramando, muchas lágrimas por tener que separarse de ella. Pero al estrecharla contra él, notó algo redondo en el bolsillo de la niña, y le preguntó: "¿Qué llevas ahí?" Y la niña contestó: "¡Oh padre! una manzana. Me la ha dado nuestro negro Rihán. Hace cuatro días que la tengo. Pero para que me la diese tuve que pagar a Rihán dos dinares." Al oír las palabras; "negro" y "manzana", Giafar sintió un gran júbilo, y exclamó: "¡Oh Libertador!" Y en seguida mandó llamar al negro Rihán. Y Rihán llegó, y Giafar le dijo: "¿De dónde has sacado esta manzana'," Y contestó el negro: "¡Oh mi señor! hace cinco días que, andando por la ciudad, entré en una calleja, y vi jugar a unos niños, uno de los cuales tenía esa manzana en la mano. Se la quité y. le di un golpe, mientras el niño me decía llorando: "Es de mi madre, que está enferma. Se le antojó una manzana; y mi padre ha ido a buscarla a Basara, y esa y otras dos le han costado tres dinares de oro. Y yo he cogido esa para jugar." Y siguió llorando. Pero yo, sin hacer, caso de sus lágrimas, vine con la manzana a casa, y se la he dado por dos dinares a mi ama más pequeña." Y Giafar se asombró de este relato, viendo sobrevenir tantas peripecias y la muerte de una mujer por culpa de su negro Rihán. Por tanto, dispuso que lo encerrasen en seguida en un calabozo. Y después, muy contento por haberse librado de la muerte, recitó estas dos estrofas: Si tu esclavo tiene la culpa de tus desdichas, ¿por qué no piensas en deshacerte de él? ¿Ignoras que abundan los esclavos, y que sólo tienes un alma, sin que puedas sustituirla? Pero luego pensó otra cosa, y cogió al negro, y lo llevó ante el califa, a quien contó la historia. Y el califa Harún Al-Rachid se maravilló tanto, que dispuso se

escribiese tal historia en los anales para que sirviera de lección a los humanos. Entonces Giafar le dijo: "No tienes para qué maravillarte tanto de esa historia, ¡oh Comendador de los Creyentes! pues no puede igualarse a la del visir Nureddín y su hermano Chamseddin." Y el califa exclamó: "¿Y qué historia es esa, más asombrosa que la que acabamos de oír?" Y Giafar dijo: "¡Oh Príncipe de los Creyentes! no te la contaré sino a cambio de que perdones su irreflexión a mi negro Rihán." Y el califa respondió: "¡Así sea! Te hago gracia de su sangre."<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> ANÓNIMO. *Las mil y una noches*, Óptima. España. 2002, pp. 123-126

## La niña de los fósforos

¡Qué frío hacía!; nevaba y comenzaba a oscurecer; era la última noche del año, la noche de San Silvestre. Bajo aquel frío y en aquella oscuridad, pasaba por la calle una pobre niña, descalza y con la cabeza descubierta. Verdad es que al salir de su casa llevaba zapatillas, pero, ¡de qué le sirvieron! Eran unas zapatillas que su madre había llevado últimamente, y a la pequeña le venían tan grandes, que las perdió al cruzar corriendo la calle para librarse de dos coches que venían a toda velocidad. Una de las zapatillas no hubo medio de encontrarla, y la otra se la había puesto un mozalbete, que dijo que la haría servir de cuna el día que tuviese hijos. Y así la pobrecilla andaba descalza con los desnudos piecitos completamente amoratados por el frío. En un viejo delantal llevaba un puñado de fósforos, y un paquete en una mano. En todo el santo día nadie le había comprado nada, ni le había dado un mísero chelín; volviese a su casa hambrienta y medio helada, ¡y parecía tan abatida, la pobrecilla! Los copos de nieve caían sobre su largo cabello rubio, cuyos hermosos rizos le cubrían el cuello; pero no estaba ella para presumir.

En un ángulo que formaban dos casas -una más saliente que la otra-, se sentó en el suelo y se acurrucó hecha un ovillo. Encogía los piecitos todo lo posible, pero el frío la iba invadiendo, y, por otra parte, no se atrevía a volver a casa, pues no había vendido ni un fósforo, ni recogido un triste céntimo. Su padre le pegaría, además de que en casa hacía frío también; sólo los cobijaba el tejado, y el viento entraba por todas partes, pese a la paja y los trapos con que habían procurado tapar las rendijas. Tenía las manitas casi ateridas de frío. ¡Ay, un fósforo la aliviaría seguramente! ¡Si se atreviese a sacar uno solo del manajo, frotarlo contra la pared y calentarse los dedos! Y sacó uno: « ¡ritch!». ¡Cómo chispeó y cómo quemaba! Dio una llama clara, cálida, como una lucecita, cuando la resguardó con la

mano; una luz maravillosa. Le pareció a la pequeñuela que estaba sentada junto a una gran estufa de hierro, con pies y campana de latón; el fuego ardía magníficamente en su interior, ¡y calentaba tan bien! La niña alargó los pies para calentárselos a su vez, pero se extinguió la llama, se esfumó la estufa, y ella se quedó sentada, con el resto de la consumida cerilla en la mano. Encendió otra, que, al arder y proyectar su luz sobre la pared, volvió a ésta transparente como si fuese de gasa, y la niña pudo ver el interior de una habitación donde estaba la mesa puesta, cubierta con un blanquísimo mantel y fina porcelana. Un pato asado humeaba deliciosamente, relleno de ciruelas y manzanas. Y lo mejor del caso fue que el pato saltó fuera de la fuente y, anadeando por el suelo con un tenedor y un cuchillo a la espalda, se dirigió hacia la pobre muchachita. Pero en aquel momento se apagó el fósforo, dejando visible tan sólo la gruesa y fría pared. Encendió la niña una tercera cerilla, y se encontró sentada debajo de un hermosísimo árbol de Navidad. Era aún más alto y más bonito que el que viera la última Nochebuena, a través de la puerta de cristales, en casa del rico comerciante. Millares de velitas ardían en las ramas verdes, y de éstas colgaban pintadas estampas, semejantes a las que adornaban los escaparates. La pequeña levantó los dos bracitos... y entonces se apagó el fósforo. Todas las lucecitas se remontaron a lo alto, y ella se dio cuenta de que eran las rutilantes estrellas del cielo; una de ellas se desprendió y trazó en el firmamento una larga estela de fuego.

«Alguien se está muriendo» -pensó la niña, pues su abuela, la única persona que la había querido, pero que estaba muerta ya, le había dicho:- Cuando una estrella cae, un alma se eleva hacia Dios. Frotó una nueva cerilla contra la pared; se iluminó el espacio inmediato, y apareció la anciana abuelita, radiante, dulce y cariñosa. -¡Abuelita! -exclamó la pequeña-. ¡Llévame, contigo! Sé que te irás también cuando se apague el fósforo, del mismo modo

que se fueron la estufa, el asado y el árbol de Navidad. Se apresuró a encender los fósforos que le quedaban, afanosa de no perder a su abuela; y los fósforos brillaron con luz más clara que la del pleno día. Nunca la abuelita había sido tan alta y tan hermosa; tomó a la niña en el brazo y, envueltas las dos en un gran resplandor, henchidas de gozo, emprendieron el vuelo hacia las alturas, sin que la pequeña sintiera ya frío, hambre ni miedo. Estaban en la mansión de Dios Nuestro Señor. Pero en el ángulo de la casa, la fría madrugada descubrió a la chiquilla, rojas las mejillas, y la boca sonriente... Muerta, muerta de frío en la última noche del Año Viejo. La primera mañana del Nuevo Año iluminó el pequeño cadáver, sentado, con sus fósforos, un piquetito de los cuales aparecía consumido casi del todo. «¡Quiso calentarse!», dijo la gente. Pero nadie supo las maravillas que había visto, ni el esplendor con que, en compañía de su anciana abuelita, había subido a la gloria del Año Nuevo.<sup>2</sup>

---

<sup>2</sup> ANDERSEN, Hans Cristian. *Cuentos*. Porrúa, México, 1992, pp. 44-45

## El gigante egoísta

Cada tarde, a la salida de la escuela, los niños se iban a jugar al jardín del gigante. Era un jardín amplio y hermoso, con arbustos de flores y cubierto de césped verde y suave. Por aquí y por allá, entre la hierba, se abrían flores luminosas como estrellas, y había doce albaricoqueros que durante la primavera se cubrían con delicadas flores color rosa y nácar, y al llegar el otoño se cargaban de ricos frutos aterciopelados. Los pájaros se demoraban en el ramaje de los árboles, y cantaban con tanta dulzura que los niños dejaban de jugar para escuchar sus trinos.

-¡Qué felices somos aquí! – se decían unos a otros.

Pero un día el gigante regreso. Había ido de visita donde su amigo el ogro de cornish, y se había quedado con el durante los últimos siete años. Durante ese tiempo ya se había dicho todo lo que se tenía que decir, pues su conversación era limitada, y el gigante sintió el deseo de volver a su mansión. Al llegar, lo primero que vio fue a los niños jugando en el jardín.

-¿Qué hacen aquí? –rugió con su voz retumbante

Los niños escaparon corrieron en desbandada.

-Este jardín es mió. Es mi jardín propio –dijo el gigante-; todo el mundo debe de entender eso y no dejare que nadie se meta a jugar aquí.

Y, de inmediato, alzo una pared muy alta, y en la puerta puso un cartel que decía:

**ENTRADA ESTRICTAMENTE PROHIBIDA**

**BAJO LAS PENAS CONSIGUIENTES**

Era un gigante egoísta...Los pobres niños se quedaron sin tener donde jugar. Hicieron la prueba de ir a jugar en la carretera, pero estaba llena de polvo, estaba plagada de pedruscos,



y no les gustó. A menudo rondaban alrededor del muro que ocultaba el jardín del gigante y recordaban nostálgicamente lo que había detrás.

-¡Qué dichosos éramos allí! – se decían unos a otros. Cuando la primavera volvió, toda la comarca se pobló de pájaros y flores. Sin embargo, en el jardín del gigante egoísta permanecía el invierno todavía. Como no había niños, los pájaros no cantaban, y los árboles se olvidaron de florecer. Sólo una vez una lindísima flor se asomó entre la hierba, pero apenas vio el cartel, se sintió tan triste por los niños que volvió a meterse bajo tierra y volvió a quedarse dormida. Los únicos que allí se sentían a gusto eran la nieve y la escarcha. -la primavera se olvidó de este jardín –se dirigieron-, así que nos quedaremos aquí todo el resto del año. La nieve cubrió la tierra con su gran manto blanco y la escarcha cubrió de plata los árboles. Y en seguida invitaron a su triste amigo el invierno del norte para que pasara con ellos el resto de la temporada. Y llegó el invierno del norte. Venía envuelto en pieles y anduvo rugiendo por el jardín durante todo el día, desganchando las plantas y derribando las chimeneas.

-¡Qué lugar más agradable! –dijo-. Tenemos que decirle al granizo que venga a estar con nosotros también. Y vino el Granizo también. Todos los días se pasaba tres horas tamborileando en los tejados de la mansión, hasta que rompió la mayor parte de las tejas. Después se ponía a dar vueltas alrededor, corriendo lo más rápido que podía. Se vestía de gris y su aliento era como el hielo. -No entiendo por qué la primavera se demora tanto en llegar aquí -decía el Gigante Egoísta cuando se asomaba a la ventana y veía su jardín cubierto de gris y blanco-, espero que pronto cambie el tiempo. Pero la primavera no llegó nunca, ni tampoco el verano. El otoño dio frutos dorados en todos los jardines, pero al jardín del Gigante no le dio ninguno. -Es un gigante demasiado egoísta -decían los frutales. De esta manera, el jardín del Gigante quedó para siempre sumido en el invierno, y el viento

del norte y el granizo y la escarcha y la nieve bailoteaban lúgubrementemente entre los árboles. Una mañana, el Gigante estaba en la cama todavía cuando oyó que una música muy hermosa llegaba desde afuera. Sonaba tan dulce en sus oídos, que pensó que tenía que ser el rey de los elfos que pasaba por allí. En realidad, era sólo un jilguerito que estaba cantando frente a su ventana, pero hacía tanto tiempo que el Gigante no escuchaba cantar ni un pájaro en su jardín, que le pareció escuchar la música más bella del mundo. Entonces el Granizo detuvo su danza, y el Viento del Norte dejó de rugir y un perfume delicioso penetró por entre las persianas abiertas. -¡Qué bueno! Parece que al fin llegó la primavera - dijo el Gigante, y saltó de la cama para correr a la ventana. ¿Y qué es lo que vio? Ante sus ojos había un espectáculo maravilloso. A través de una brecha del muro habían entrado los niños, y se habían trepado a los árboles. En cada árbol había un niño, y los árboles estaban tan felices de tenerlos nuevamente con ellos, que se habían cubierto de flores y balanceaban suavemente sus ramas sobre sus cabecitas infantiles. Los pájaros revoloteaban cantando alrededor de ellos, y los pequeños reían. Era realmente un espectáculo muy bello. Sólo en un rincón el invierno reinaba. Era el rincón más apartado del jardín y en él se encontraba un niño. Pero era tan pequeñín que no lograba alcanzar a las ramas del árbol, y el niño daba vueltas alrededor del viejo tronco llorando amargamente. El pobre árbol estaba todavía completamente cubierto de escarcha y nieve, y el Viento del Norte soplaba y rugía sobre él, sacudiéndole las ramas que parecían a punto de quebrarse. -¡Sube a mí, niño! -decía el árbol, inclinando sus ramas todo lo que podía. Pero el niño era demasiado pequeño. El Gigante sintió que el corazón se le derretía. -¡Cuán egoísta he sido! -exclamó-. Ahora sé por qué la primavera no quería venir hasta aquí. Subiré a ese pobre niño al árbol y después voy a botar el muro. Desde hoy mi jardín será para siempre un lugar de juegos para los niños. Estaba de veras arrepentido por lo que había hecho. Bajó entonces la escalera, abrió

cautelosamente la puerta de la casa, y entró en el jardín. Pero en cuanto lo vieron los niños se aterrorizaron, salieron a escape y el jardín quedó en invierno otra vez. Sólo aquel pequeñín del rincón más alejado no escapó, porque tenía los ojos tan llenos de lágrimas que no vio venir al Gigante. Entonces el Gigante se le acercó por detrás, lo tomó gentilmente entre sus manos, y lo subió al árbol. Y el árbol floreció de repente, y los pájaros vinieron a cantar en sus ramas, y el niño abrazó el cuello del Gigante y lo besó. Y los otros niños, cuando vieron que el Gigante ya no era malo, volvieron corriendo alegremente. Con ellos la primavera regresó al jardín. -Desde ahora el jardín será para ustedes, hijos míos -dijo el Gigante, y tomando un hacha enorme, echó abajo el muro. Al mediodía, cuando la gente se dirigía al mercado, todos pudieron ver al Gigante jugando con los niños en el jardín más hermoso que habían visto jamás. Estuvieron allí jugando todo el día, y al llegar la noche los niños fueron a despedirse del Gigante. -Pero, ¿dónde está el más pequeñito? -preguntó el Gigante-, ¿ese niño que subió al árbol del rincón? El Gigante lo quería más que a los otros, porque el pequeño le había dado un beso. -No lo sabemos -respondieron los niños-, se marchó solito. -Díganle que vuelva mañana -dijo el Gigante. Pero los niños contestaron que no sabían dónde vivía y que nunca lo habían visto antes. Y el Gigante se quedó muy triste. Todas las tardes al salir de la escuela los niños iban a jugar con el Gigante. Pero al más chiquito, a ese que el Gigante más quería, no lo volvieron a ver nunca más. El Gigante era muy bueno con todos los niños pero echaba de menos a su primer amiguito y muy a menudo se acordaba de él. -¡Cómo me gustaría volverlo a ver! -repetía. Fueron pasando los años, y el Gigante se puso viejo y sus fuerzas se debilitaron. Ya no podía jugar; pero, sentado en un enorme sillón, miraba jugar a los niños y admiraba su jardín. -Tengo muchas flores hermosas -se decía-, pero los niños son las flores más hermosas de todas. Una mañana de invierno, miró por la ventana mientras se vestía. Ya no odiaba el invierno pues

sabía que el invierno era simplemente la primavera dormida, y que las flores estaban descansando. Sin embargo, de pronto se restregó los ojos, maravillado, y miró, miró... Era realmente maravilloso lo que estaba viendo. En el rincón más lejano del jardín había un árbol cubierto por completo de flores blancas. Todas sus ramas eran doradas, y de ellas colgaban frutos de plata. Debajo del árbol estaba parado el pequeñito a quien tanto había echado de menos. Lleno de alegría el Gigante bajó corriendo las escaleras y entró en el jardín. Pero cuando llegó junto al niño su rostro enrojeció de ira, y dijo:

-¿Quién se ha atrevido a hacerte daño?

Porque en la palma de las manos del niño había huellas de clavos, y también había huellas de clavos en sus pies.

-¿Pero, quién se atrevió a herirte? -gritó el Gigante-. Dímelo, para tomar la espada y matarlo.

-¡No! -respondió el niño-. Estas son las heridas del Amor.

-¿Quién eres tú, mi pequeño niño? -preguntó el Gigante, y un extraño temor lo invadió, y cayó de rodillas ante el pequeño. Entonces el niño sonrió al Gigante, y le dijo:

-Una vez tú me dejaste jugar en tu jardín; hoy jugarás conmigo en el jardín mío, que es el Paraíso. Y cuando los niños llegaron esa tarde encontraron al Gigante muerto debajo del árbol. Parecía dormir, y estaba entero cubierto de flores blancas.<sup>3</sup>

---

<sup>3</sup> WILDE, Oscar. *El gigante egoísta*, Editores Mexicanos Unidos, México, 2003 pp. 11-14

## Ligeia

Y allí dentro está la voluntad que no muere. ¿Quién conoce los misterios de la voluntad y su fuerza? Pues Dios no es sino una gran voluntad que penetra las cosas todas por obra de su intensidad. El hombre no se doblega a los ángeles, ni cede por entero a la muerte, como no sea por la flaqueza de su débil voluntad. -Joseph Glanvill juró por mi alma que no puedo recordar cómo, cuándo ni siquiera dónde conocí a Ligeia. Largos años han transcurrido desde entonces y el sufrimiento ha debilitado mi memoria. O quizá no puedo rememorar ahora aquellas cosas porque, a decir verdad, el carácter de mi amada, su raro saber, su belleza singular y, sin embargo, plácida, y la penetrante y cautivadora elocuencia de su voz profunda y musical, se abrieron camino en mi corazón con pasos tan constantes, tan cautelosos, que me pasaron inadvertidos e ignorados. No obstante, creo haberla conocido y visto, las más de las veces, en una vasta, ruinosa ciudad cerca del Rin. Seguramente le oí hablar de su familia. No cabe duda de que su estirpe era remota. ¡Ligeia, Ligeia! Sumido en estudios que, por su índole, pueden como ninguno amortiguar las impresiones del mundo exterior, sólo por esta dulce palabra, Ligeia, acude a los ojos de mi fantasía la imagen de aquella que ya no existe. Y ahora, mientras escribo, me asalta como un rayo el recuerdo de que nunca supe el apellido de quien fuera mi amiga y prometida, luego compañera de estudios y, por último, la esposa de mi corazón. ¿Fue por una amable orden de parte de mi Ligeia o para poner a prueba la fuerza de mi afecto, que me estaba vedado indagar sobre ese punto? ¿O fue más bien un capricho mío, una loca y romántica ofrenda en el altar de la devoción más apasionada? Sólo recuerdo confusamente el hecho. ¿Es de extrañarse que haya olvidado por completo las circunstancias que lo originaron y lo acompañaron? Y en verdad, si alguna vez ese espíritu al que llaman Romance, si alguna vez la pálida Ashtophet

del Egipto idólatra, con sus alas tenebrosas, han presidido, como dicen, los matrimonios fatídicos, seguramente presidieron el mío. Hay un punto muy caro en el cual, sin embargo, mi memoria no falla. Es la persona de Ligeia. Era de alta estatura, un poco delgada y, en sus últimos tiempos, casi descarnada. Sería vano intentar la descripción de su majestad, la tranquila soltura de su porte o la inconcebible ligereza y elasticidad de su paso. Entraba y salía como una sombra. Nunca advertía yo su aparición en mi cerrado gabinete de trabajo de no ser por la amada música de su voz dulce, profunda, cuando posaba su mano marmórea sobre mi hombro. Ninguna mujer igualó la belleza de su rostro. Era el esplendor de un sueño de opio, una visión aérea y arrebatadora, más extrañamente divina que las fantasías que revoloteaban en las almas adormecidas de las hijas de Delos. Sin embargo, sus facciones no tenían esa regularidad que falsamente nos han enseñado a adorar en las obras clásicas del paganismo. "No hay belleza exquisita -dice Bacon, Verulam, refiriéndose con justeza a todas las formas y géneros de la hermosura- sin algo de extraño en las proporciones." No obstante, aunque yo veía que las facciones de Ligeia no eran de una regularidad clásica, aunque sentía que su hermosura era, en verdad, "exquisita" y percibía mucho de "extraño" en ella, en vano intenté descubrir la irregularidad y rastrear el origen de mi percepción de lo "extraño". Examiné el contorno de su frente alta, pálida: era impecable -¡qué fría en verdad esta palabra aplicada a una majestad tan divina!- por la piel, que rivalizaba con el marfil más puro, por la imponente amplitud y la calma, la noble prominencia de las regiones superciliares; y luego los cabellos, como ala de cuervo, lustrosos, exuberantes y naturalmente rizados, que demostraban toda la fuerza del epíteto homérico: "cabellera de jacinto". Miraba el delicado diseño de la nariz y sólo en los graciosos medallones de los hebreos he visto una perfección semejante. Tenía la misma superficie plena y suave, la misma tendencia casi imperceptible a ser aguileña, las mismas

aletas armoniosamente curvas, que revelaban un espíritu libre. Contemplaba la dulce boca. Allí estaba en verdad el triunfo de todas las cosas celestiales: la magnífica sinuosidad del breve labio superior, la suave, voluptuosa calma del inferior, los hoyuelos juguetones y el color expresivo; los dientes, que reflejaban con un brillo casi sorprendente los rayos de la luz bendita que caían sobre ellos en la más serena y plácida y, sin embargo, radiante, triunfal de todas las sonrisas. Analizaba la forma del mentón y también aquí encontraba la noble amplitud, la suavidad y la majestad, la plenitud y la espiritualidad de los griegos, el contorno que el dios Apolo reveló tan sólo en sueños a Cleomenes, el hijo del ateniense. Y entonces me asomaba a los grandes ojos de Ligeia.

Para los ojos no tenemos modelos en la remota antigüedad. Quizá fuera, también, que en los de mi amada yacía el secreto al cual alude Verulam. Eran, creo, más grandes que los ojos comunes de nuestra raza, más que los de las gacelas de la tribu del valle de Nourjahad. Pero sólo por instantes -en los momentos de intensa excitación- se hacía más notable esta peculiaridad de Ligeia. Y en tales ocasiones su belleza -quizá la veía así mi imaginación ferviente- era la de los seres que están por encima o fuera de la tierra, la belleza de la fabulosa hurí de los turcos. Los ojos eran del negro más brillante, velados por oscuras y largas pestañas. Las cejas, de diseño levemente irregular, eran del mismo color. Sin embargo, lo "extraño" que encontraba en sus ojos era independiente de su forma, del color, del brillo, y debía atribuirse, al cabo, a la expresión. ¡Ah, palabra sin sentido tras cuya vasta latitud de simple sonido se atrinchera nuestra ignorancia de lo espiritual! La expresión de los ojos de Ligeia... ¡Cuántas horas medité sobre ella! ¡Cuántas noches de verano luché por sondearla! ¿Qué era aquello, más profundo que el pozo de Demócrito, que yacía en el fondo de las pupilas de mi amada? ¿Qué era? Me poseía la pasión de descubrirlo. ¡Aquellos

ojos! ¡Aquellas grandes, aquellas brillantes, aquellas divinas pupilas! Llegaron a ser para mí las estrellas gemelas de Leda, y yo era para ellas el más fervoroso de los astrólogos.

No hay, entre las muchas anomalías incomprensibles de la ciencia psicológica, punto más atrayente, más excitante que el hecho -nunca, creo, mencionado por las escuelas- de que en nuestros intentos por traer a la memoria algo largo tiempo olvidado, con frecuencia llegamos a encontrarnos al borde mismo del recuerdo, sin poder, al fin, asirlo. Y así cuántas veces, en mi intenso examen de los ojos de Ligeia, sentí que me acercaba al conocimiento cabal de su expresión, me acercaba, aún no era mío, y al fin desaparecía por completo. Y (¡extraño, ah, el más extraño de los misterios!) encontraba en los objetos más comunes del universo un círculo de analogías con esa expresión. Quiero decir que, después del periodo en que la belleza de Ligeia penetró en mi espíritu, donde moraba como en un altar, yo extraía de muchos objetos del mundo material un sentimiento semejante al que provocaban, dentro de mí, sus grandes y luminosas pupilas. Pero no por ello puedo definir mejor ese sentimiento, ni analizarlo, ni siquiera percibirlo con calma. Lo he reconocido a veces, repito, en una viña, que crecía rápidamente, en la contemplación de una falena, de una mariposa, de una crisálida, de un veloz curso de agua. Lo he sentido en el océano, en la caída de un meteoro. Lo he sentido en la mirada de gentes muy viejas. Y hay una o dos estrellas en el cielo (especialmente una, de sexta magnitud, doble y cambiante, que puede verse cerca de la gran estrella de Lira) que, miradas con el telescopio, me han inspirado el mismo sentimiento. Me ha colmado al escuchar ciertos sonos de instrumentos de cuerda, y no pocas veces al leer pasajes de determinados libros. Entre innumerables ejemplos, recuerdo bien algo de un volumen de Joseph Glanvill que (quizá simplemente por lo insólito, ¿quién sabe?) nunca ha dejado de inspirarme ese sentimiento: "Y allí dentro está la voluntad que no muere. ¿Quién conoce los misterios de la voluntad y su fuerza? Pues Dios



no es sino una gran voluntad que penetra las cosas todas por obra de su intensidad. El hombre no se doblega a los ángeles, ni cede por entero a la muerte, como no sea por la flaqueza de su débil voluntad". Los años transcurridos y las reflexiones consiguientes me han permitido rastrear cierta remota conexión entre este pasaje del moralista inglés y un aspecto del carácter de Ligeia. La intensidad de pensamiento, de acción, de palabra, era posiblemente en ella un resultado, o por lo menos un índice, de esa gigantesca voluntad que durante nuestras largas relaciones no dejó de dar otras pruebas más numerosas y evidentes de su existencia. De todas las mujeres que jamás he conocido, la exteriormente tranquila, la siempre plácida Ligeia, era presa con más violencia que nadie de los tumultuosos buitres de la dura pasión. Y no podía yo medir esa pasión como no fuese por el milagroso dilatarse de los ojos que me deleitaban y aterraban al mismo tiempo, por la melodía casi mágica, la modulación, la claridad y la placidez de su voz tan profunda, y por la salvaje energía (doblemente efectiva por contraste con su manera de pronunciarlas) con que profería habitualmente sus extrañas palabras.

He hablado del saber de Ligeia: era inmenso, como nunca lo hallé en una mujer. Su conocimiento de las lenguas clásicas era profundo, y, en la medida de mis nociones sobre los modernos dialectos de Europa, nunca la descubrí en falta. A decir verdad, en cualquier tema de la alabada erudición académica, admirada simplemente por abstrusa, ¿descubrí alguna vez a Ligeia en falta? ¡De qué modo singular y penetrante este punto de la naturaleza de mi esposa atrajo, tan sólo en el último periodo, mi atención! Dije que sus conocimientos eran tales que jamás los hallé en otra mujer, pero, ¿dónde está el hombre que ha cruzado, y con éxito, toda la amplia extensión de las ciencias morales, físicas y metafísicas? No vi, entonces lo que ahora advierto claramente: que las adquisiciones de Ligeia eran gigantescas, eran asombrosas; sin embargo, tenía suficiente conciencia de su

infinita superioridad para someterme con infantil confianza a su guía en el caótico mundo de la investigación metafísica, a la cual me entregué activamente durante los primeros años de nuestro matrimonio. ¡Con qué amplio sentimiento de triunfo, con qué vivo deleite, con qué etérea esperanza sentía yo -cuando ella se entregaba conmigo a estudios poco frecuentes, poco conocidos- esa deliciosa perspectiva que se agrandaba en lenta gradación ante mí, por cuya larga y magnífica senda no hollada podía al fin alcanzar la meta de una sabiduría demasiado preciosa, demasiado divina para no ser prohibida! ¡Así, con qué punzante dolor habré visto, después de algunos años, emprender vuelo a mis bien fundadas esperanzas y desaparecer! Sin Ligeia era yo un niño a tientas en la oscuridad. Sólo su presencia, sus lecturas, podían arrojar vívida luz sobre los muchos misterios del trascendentalismo en los cuales vivíamos inmersos. Privadas del radiante brillo de sus ojos, esas páginas, leves y doradas, tornáronse más opacas que el plomo saturnino. Y aquellos ojos brillaron cada vez con menos frecuencia sobre las páginas que yo escrutaba. Ligeia cayó enferma. Los extraños ojos brillaron con un fulgor demasiado, demasiado magnífico; los pálidos dedos adquirieron la transparencia cerúlea de la tumba y las venas azules de su alta frente latieron impetuosamente en las alternativas de la más ligera emoción. Vi que iba a morir y luché desesperadamente en espíritu con el torvo Azrael. Y las luchas de la apasionada esposa eran, para mi asombro, aún más enérgicas que las mías. Muchos rasgos de su adusto carácter me habían convencido de que para ella la muerte llegaría sin sus terrores; pero no fue así. Las palabras son impotentes para dar una idea de la fiera resistencia que opuso a la Sombra. Gemí de angustia ante el lamentable espectáculo. Yo hubiera querido calmar, hubiera querido razonar; pero en la intensidad de su salvaje deseo de vivir, vivir, sólo vivir, el consuelo y la razón eran el colmo de la locura. Sin embargo, hasta el último momento, en las convulsiones más violentas de su espíritu indómito, no se

conmovió la placidez exterior de su actitud. Su voz se tornó más suave; más profunda, pero yo no quería demorarme en el extraño significado de las palabras pronunciadas con calma. Mi mente vacilaba al escuchar fascinada una melodía sobrehumana, conjeturas y aspiraciones que la humanidad no había conocido hasta entonces.

De su amor no podía dudar, y me era fácil comprender que, en un pecho como el suyo, el amor no reinaba como una pasión ordinaria. Pero sólo en la muerte medí toda la fuerza de su afecto. Durante largas horas, reteniendo mi mano, desplegaba ante mí los excesos de un corazón cuya devoción más que apasionada llegaba a la idolatría. ¿Cómo había merecido yo la bendición de semejantes confesiones? ¿Cómo había merecido la condena de que mi amada me fuese arrebatada en el momento en que me las hacía? Pero no puedo soportar el extenderme sobre este punto. Sólo diré que en el abandono más que femenino de Ligeia al amor, ay, inmerecido, otorgado sin ser yo digno, reconocí el principio de su ansioso, de su ardiente deseo de vida, esa vida que huía ahora tan velozmente. Soy incapaz de describir, no tengo palabras para expresar esa ansia salvaje, esa anhelante vehemencia de vivir, sólo vivir. La medianoche en que murió me llamó perentoriamente a su lado, pidiéndome que repitiera ciertos versos que había compuesto pocos días antes. La obedecí. Helos aquí:

¡Vedla! ¡Es noche de gala  
en los últimos años solitarios!  
La multitud de ángeles alados,  
con sus velos, en lágrimas bañados,  
son público de un teatro que contempla  
un drama de esperanzas y temores,  
mientras toca la orquesta, indefinida,

la música sin fin de las esferas.  
Imágenes del Dios que está en lo alto,  
allí los mimos gruñen y mascullan,  
corren aquí y allá; y los apremian  
vastas cosas informes  
que el escenario alteran de continuo,  
vertiendo de sus alas desplegadas,  
un invisible, largo Sufrimiento.  
¡Este múltiple drama ya jamás,  
jamás será olvidado!  
Con su Fantasma siempre perseguido  
por una multitud que no lo alcanza,  
en un círculo siempre de retorno  
al lugar primitivo,  
y mucho de Locura, y más Pecado,  
y más Horror -el alma de la intriga.  
¡Ah, ved: entre los mimos en tumulto  
una forma reptante se insinúa!  
¡Roja como la sangre se retuerce  
en la escena desnuda!  
¡Se retuerce y retuerce! Y en tormentos  
los mimos son su presa,  
y sus fauces destilan sangre humana,  
y los ángeles lloran.

¡Apáganse las luces, todas, todas!  
Y sobre cada forma estremecida  
cae el telón, cortina funeraria,  
con fragor de tormenta.  
Y los ángeles pálidos y exangües,  
ya de pie, ya sin velos, manifiestan  
que el drama es el del "Hombre", y que es su héroe  
el Vencedor Gusano.

-¡Oh, Dios! -gritó casi Ligeia, incorporándose de un salto y tendiendo sus brazos al cielo con un movimiento espasmódico, al terminar yo estos versos. ¡Oh, Dios! ¡Oh, Padre Celestial! ¿Estas cosas ocurrirán irremisiblemente? ¿El Vencedor no será alguna vez vencido? ¿No somos una parte, una parcela de Ti? ¿Quién, quién conoce los misterios de la voluntad y su fuerza? El hombre no se doblega a los ángeles, ni cede por entero a la muerte, como no sea por la flaqueza de su débil voluntad. Y entonces, como agotada por la emoción, dejó caer los blancos brazos y volvió solemnemente a su lecho de muerte. Y mientras lanzaba los últimos suspiros, mezclado con ellos brotó un suave murmullo de sus labios. Acerqué mi oído y distinguí de nuevo las palabras finales del pasaje de Glanvill: "El hombre no se doblega a los ángeles, ni cede por entero a la muerte, como no sea por la flaqueza de su débil voluntad".

Murió; y yo, deshecho, pulverizado por el dolor, no pude soportar más la solitaria desolación de mi morada, y la sombría y ruinoso ciudad a orillas del Rin. No me faltaba lo que el mundo llama fortuna. Ligeia me había legado más, mucho más, de lo que por lo común cae en suerte a los mortales. Entonces, después de unos meses de vagabundeo

tedioso, sin rumbo, adquirí y reparé en parte una abadía cuyo nombre no diré, en una de las más incultas y menos frecuentadas regiones de la hermosa Inglaterra. La sombría y triste vastedad del edificio, el aspecto casi salvaje del dominio, los numerosos recuerdos melancólicos y venerables vinculados con ambos, tenían mucho en común con los sentimientos de abandono total que me habían conducido a esa remota y huraña región del país. Sin embargo, aunque el exterior de la abadía, ruinoso, invadido de musgo, sufrió pocos cambios, me dediqué con infantil perversidad, y quizá con la débil esperanza de aliviar mis penas, a desplegar en su interior magnificencias más que reales. Siempre, aun en la infancia, había sentido gusto por esas extravagancias, y entonces volvieron como una compensación del dolor. ¡Ay, ahora sé cuánto de incipiente locura podía descubrirse en los suntuosos y fantásticos tapices, en las solemnes esculturas de Egipto, en las extrañas cornisas, en los moblajes, en los vesánicos diseños de las alfombras de oro recamado! Me había convertido en un esclavo preso en las redes del opio, y mis trabajos y mis planes cobraron el color de mis sueños. Pero no me detendré en el detalle de estos absurdos. Hablaré tan sólo de ese aposento por siempre maldito, donde en un momento de enajenación conduje al altar -como sucesora de la inolvidable Ligeia- a Rowena Trevanion de Tremaine, la de rubios cabellos y ojos azules.

No hay una sola partícula de la arquitectura y la decoración de aquella cámara nupcial que no se presente ahora ante mis ojos. ¿Dónde tenía el corazón la altiva familia de la novia para permitir, movida por su sed de oro, que una doncella, una hija tan querida, pasara el umbral de un aposento tan adornado? He dicho que recuerdo minuciosamente los detalles de la cámara -yo, que tristemente olvido cosas de profunda importancia- y, sin embargo, no había orden, no había armonía en aquel lujo fantástico, que se impusieran a mi memoria. La habitación estaba en una alta torrecilla de la abadía fortificada, era de forma pentagonal y

de vastas dimensiones. Ocupaba todo el lado sur del pentágono la única ventana, un inmenso cristal de Venecia de una sola pieza y de matiz plumizo, de suerte que los rayos del sol o de la luna, al atravesarlo, caían con brillo horrible sobre los objetos. En lo alto de la inmensa ventana se extendía el enrejado de una añosa vid que trepaba por los macizos muros de la torre. El techo, de sombrío roble, era altísimo, abovedado y decorosamente decorado con los motivos más extraños, más grotescos, de un estilo semigótico, semidruídico. Del centro mismo de esa melancólica bóveda colgaba, de una sola cadena de oro de largos eslabones, un inmenso incensario del mismo metal, en estilo sarraceno, con múltiples perforaciones dispuestas de tal manera que a través de ellas, como dotadas de la vitalidad de una serpiente, veíanse las contorsiones continuas de llamas multicolores.

Había algunas otomanas y candelabros de oro de forma oriental, y también el lecho, el lecho nupcial, de modelo indio, bajo, esculpido en ébano macizo, con baldaquino como una colgadura fúnebre. En cada uno de los ángulos del aposento había un gigantesco sarcófago de granito negro proveniente de las tumbas reales erigidas frente a Luxor, con sus antiguas tapas cubiertas de inmemoriales relieves. Pero en las colgaduras del aposento se hallaba, ay, la fantasía más importante. Los elevados muros, de gigantesca altura -al punto de ser desproporcionados-, estaban cubiertos de arriba abajo, en vastos pliegues, por una pesada y espesa tapicería, tapicería de un material semejante al de la alfombra del piso, la cubierta de las otomanas y el lecho de ébano, del baldaquino y de las suntuosas volutas de los cortinajes que velaban parcialmente la ventana. Este material era el más rico tejido de oro, cubierto íntegramente, con intervalos irregulares, por arabescos en realce, de un pie de diámetro, de un negro azabache. Pero estas figuras sólo participaban de la condición de arabescos cuando se las miraba desde un determinado ángulo. Por un procedimiento hoy común, que puede en verdad rastrearse en periodos muy remotos de la antigüedad,

cambiaban de aspecto. Para el que entraba en la habitación tenían la apariencia de simples monstruosidades; pero, al acercarse, esta apariencia desaparecía gradualmente y, paso a paso, a medida que el visitante cambiaba de posición en el recinto, se veía rodeado por una infinita serie de formas horribles pertenecientes a la superstición de los normandos o nacidas en los sueños culpables de los monjes. El efecto fantasmagórico era grandemente intensificado por la introducción artificial de una fuerte y continua corriente de aire detrás de los tapices, la cual daba una horrenda e inquietante animación al conjunto.

Entre esos muros, en esa cámara nupcial, pasé con Rowena de Tremaine las impías horas del primer mes de nuestro matrimonio, y las pasé sin demasiada inquietud. Que mi esposa temiera la índole hosca de mi carácter, que me huyera y me amara muy poco, no podía yo pasarlo por alto; pero me causaba más placer que otra cosa. Mi memoria volaba (¡ah, con qué intensa nostalgia!) hacia Ligeia, la amada, la augusta, la hermosa, la enterrada. Me embriagaba con los recuerdos de su pureza, de su sabiduría, de su naturaleza elevada, etérea, de su amor apasionado, idólatra. Ahora mi espíritu ardía plena y libremente, con más intensidad que el suyo. En la excitación de mis sueños de opio (pues me hallaba habitualmente aherrojado por los grilletes de la droga) gritaba su nombre en el silencio de la noche, o durante el día, en los sombreados retiros de los valles, como si con esa salvaje vehemencia, con la solemne pasión, con el fuego devorador de mi deseo por la desaparecida, pudiera restituirla a la senda que había abandonado -ah, ¿era posible que fuese para siempre?- en la tierra. Al comenzar el segundo mes de nuestro matrimonio, Rowena cayó súbitamente enferma y se repuso lentamente. La fiebre que la consumía perturbaba sus noches, y en su inquieto semisueño hablaba de sonidos, de movimientos que se producían en la cámara de la torre, cuyo origen atribuí a los extravíos de su imaginación o quizá a la fantasmagórica influencia de la cámara misma. Llegó, al fin, la convalecencia



y, por último, el restablecimiento total. Sin embargo, había transcurrido un breve periodo cuando un segundo trastorno más violento la arrojó a su lecho de dolor; y de este ataque, su constitución, que siempre fuera débil, nunca se repuso del todo. Su mal, desde entonces, tuvo un carácter alarmante y una recurrencia que lo era aún más, y desafiaba el conocimiento y los grandes esfuerzos de los médicos. Con la intensificación de su mal crónico -el cual parecía haber invadido de tal modo su constitución que era imposible desarraigarlo por medios humanos-, no pude menos de observar un aumento similar en su irritabilidad nerviosa y en su excitabilidad para el miedo motivado por causas triviales. De nuevo hablaba, y ahora con más frecuencia e insistencia, de los sonidos, de los leves sonidos y de los movimientos insólitos en las colgaduras, a los cuales aludiera en un comienzo. Una noche, próximo el fin de septiembre, impuso a mi atención este penoso tema con más insistencia que de costumbre. Acababa de despertar de un sueño inquieto, y yo había estado observando, con un sentimiento en parte de ansiedad, en parte de vago terror, los gestos de su semblante descarnado. Me senté junto a su lecho de ébano, en una de las otomanas de la India. Se incorporó a medias y habló, con un susurro ansioso, bajo, de los sonidos que estaba oyendo y yo no podía oír, de los movimientos que estaba viendo y yo no podía percibir. El viento corría velozmente detrás de los tapices y quise mostrarle (cosa en la cual, debo decirlo, no creía yo del todo) que aquellos suspiros casi inarticulados y aquellas levísimas variaciones de las figuras de la pared eran tan sólo los naturales efectos de la habitual corriente de aire. Pero la palidez mortal que se extendió por su rostro me probó que mis esfuerzos por tranquilizarla serían infructuosos. Pareció desvanecerse y no había criados a quien recurrir. Recordé el lugar donde había un frasco de vino ligero que le habían prescrito los médicos, y crucé presuroso el aposento en su busca. Pero, al llegar bajo la luz del incensario, dos circunstancias de índole sorprendente llamaron mi atención. Sentí

que un objeto palpable, aunque invisible, rozaba levemente mi persona, y vi, que en la alfombra dorada, en el centro mismo del rico resplandor que arrojaba el incensario, había una sombra, una sombra leve, indefinida, de aspecto angélico, como cabe imaginar la sombra de una sombra. Pero yo estaba perturbado por la excitación de una inmoderada dosis de opio; poco caso hice a estas cosas y no las mencioné a Rowena.

Encontré el vino, crucé nuevamente la cámara y llené un vaso, que llevé a los labios de la desvanecida. Ya se había recobrado un tanto, sin embargo, y tomó el vaso en sus manos, mientras yo me dejaba caer en la otomana que tenía cerca, con los ojos fijos en su persona. Fue entonces cuando percibí claramente un paso suave en la alfombra, cerca del lecho, y un segundo después, mientras Rowena alzaba la copa de vino hasta sus labios, vi o quizá soñé que veía caer dentro del vaso, como surgida de un invisible surtidor en la atmósfera del aposento, tres o cuatro grandes gotas de fluido brillante, del color del rubí. Si yo lo vi, no ocurrió lo mismo con Rowena. Bebió el vino sin vacilar y me abstuve de hablarle de una circunstancia que, según pensé, debía considerarse como sugestión de una imaginación excitada, cuya actividad mórbida aumentaban el terror de mi mujer, el opio y la hora.

Sin embargo, no pude dejar de percibir que, inmediatamente después de la caída de las gotas color rubí, se producía una rápida agravación en el mal de mi esposa, de suerte que la tercera noche las manos de sus doncellas la prepararon para la tumba, y la cuarta la pasé solo, con su cuerpo amortajado, en aquella fantástica cámara que la recibiera recién casada. Extrañas visiones engendradas por el opio revoloteaban como sombras delante de mí. Observé con ojos inquietos los sarcófagos en los ángulos de la habitación, las cambiantes figuras de los tapices, las contorsiones de las llamas multicolores en el incensario suspendido. Mis ojos cayeron entonces, mientras trataba de recordar las circunstancias de una noche anterior, en el lugar donde, bajo el resplandor del incensario, había visto las

débiles huellas de la sombra. Pero ya no estaba allí, y, respirando con más libertad, volví la mirada a la pálida y rígida figura tendida en el lecho. Entonces me asaltaron mil recuerdos de Ligeia, y cayó sobre mi corazón, con la turbulenta violencia de una marea, todo el indecible dolor con que había mirado su cuerpo amortajado. La noche avanzaba, y con el pecho lleno de amargos pensamientos, cuyo objeto era mi único, mi supremo amor, permanecí contemplando el cuerpo de Rowena. Quizá fuera media noche, tal vez más temprano o más tarde, pues no tenía conciencia del tiempo, cuando un sollozo sofocado, suave, pero muy claro, me sacó bruscamente de mi ensueño. Sentí que venía del lecho de ébano, del lecho de muerte. Presté atención en una agonía de terror supersticioso, pero el sonido no se repitió. Esforcé la vista para descubrir algún movimiento del cadáver, mas no advertí nada. Sin embargo, no podía haberme equivocado. Había oído el ruido, aunque débil, y mi espíritu estaba despierto. Mantuve con decisión, con perseverancia, la atención clavada en el cuerpo. Transcurrieron algunos minutos sin que ninguna circunstancia arrojara luz sobre el misterio. Por fin, fue evidente que un color ligero, muy débil y apenas perceptible se difundía bajo las mejillas y a lo largo de las hundidas venas de los párpados. Con una especie de horror, de espanto indecible, que no tiene en el lenguaje humano expresión suficientemente enérgica, sentí que mi corazón dejaba de latir, que mis miembros se ponían rígidos. Sin embargo, el sentimiento del deber me devolvió la presencia de ánimo. Ya no podía dudar de que nos habíamos apresurado en los preparativos, de que Rowena aún vivía. Era necesario hacer algo inmediatamente; pero la torre estaba muy apartada de las dependencias de la servidumbre, no había nadie cerca, yo no tenía modo de llamar en mi ayuda sin abandonar la habitación unos minutos, y no podía aventurarme a salir. Luché solo, pues, en mi intento de volver a la vida el espíritu aún vacilante. Pero, al cabo de un breve periodo, fue evidente la recaída; el color desapareció de los párpados y las

mejillas, dejándolos más pálidos que el mármol; los labios estaban doblemente apretados y contraídos en la espectral expresión de la muerte; una viscosidad y un frío repulsivos cubrieron rápidamente la superficie del cuerpo, y la habitual rigidez cadavérica sobrevino de inmediato. Volví a desplomarme con un estremecimiento en el diván de donde me levantara tan bruscamente y de nuevo me entregué a mis apasionadas visiones de Ligeia.

Así transcurrió una hora cuando (¿era posible?) advertí por segunda vez un vago sonido procedente de la región del lecho. Presté atención en el colmo del horror. El sonido se repitió: era un suspiro. Precipitándome hacia el cadáver, vi -claramente- temblar los labios. Un minuto después se entreabrían, descubriendo una brillante línea de dientes nacarados. La estupefacción luchaba ahora en mi pecho con el profundo espanto que hasta entonces reinara solo. Sentí que mi vista se oscurecía, que mi razón se extraviaba, y sólo por un violento esfuerzo logré al fin cobrar ánimos para ponerme a la tarea que mi deber me señalaba una vez más. Había ahora cierto color en la frente, en las mejillas y en la garganta; un calor perceptible invadía todo el cuerpo; hasta se sentía latir levemente el corazón. Mi esposa vivía, y con redoblado ardor me entregué a la tarea de resucitarla. Froté y friccioné las sienes y las manos, y utilicé todos los expedientes que la experiencia y no pocas lecturas médicas me aconsejaban. Pero en vano. De pronto, el color huyó, las pulsaciones cesaron, los labios recobraron la expresión de la muerte y, un instante después, el cuerpo todo adquiriría el frío de hielo, el color lívido, la intensa rigidez, el aspecto consumido y todas las horribles características de quien ha sido, por muchos días, habitante de la tumba. Y de nuevo me sumí en las visiones de Ligeia, y de nuevo (¿y quién ha de sorprenderse de que me estremezca al escribirlo?), de nuevo llegó a mis oídos un sollozo ahogado que venía de la zona del lecho de ébano. Mas, ¿a qué detallar el inenarrable horror de aquella noche? ¿A qué detenerme a relatar cómo, hasta acercarse el momento del alba gris, se repitió este

horrible drama de resurrección; cómo cada espantosa recaída terminaba en una muerte más rígida y aparentemente más irremediable; cómo cada agonía cobraba el aspecto de una lucha con algún enemigo invisible, y cómo cada lucha era sucedida por no sé qué extraño cambio en el aspecto del cuerpo? Permitidme que me apresure a concluir. La mayor parte de la espantosa noche había transcurrido, y la que estuviera muerta se movió de nuevo, ahora con más fuerza que antes, aunque despertase de una disolución más horrenda y más irreparable. Yo había cesado hacía rato de luchar o de moverme, y permanecía rígido, sentado en la otomana, presa indefensa de un torbellino de violentas emociones, de todas las cuales el pavor era quizá la menos terrible, la menos devoradora. El cadáver, repito, se movía, y ahora con más fuerza que antes. Los colores de la vida cubrieron con inusitada energía el semblante, los miembros se relajaron y, de no ser por los párpados aún apretados y por las vendas y paños que daban un aspecto sepulcral a la figura, podía haber soñado que Rowena había sacudido por completo las cadenas de la muerte. Pero si entonces no acepté del todo esta idea, por lo menos pude salir de dudas cuando, levantándose del lecho, a tientas, con débiles pasos, con los ojos cerrados y la manera peculiar de quien se ha extraviado en un sueño, aquel ser amortajado avanzó osadamente, palpablemente, hasta el centro del aposento. No temblé, no me moví, pues una multitud de ideas inexpresables vinculadas con el aire, la estatura, el porte de la figura cruzaron velozmente por mi cerebro, paralizándome, convirtiéndome en fría piedra. No me moví, pero contemplé la aparición. Reinaba un loco desorden en mis pensamientos, un tumulto incontenible. ¿Podía ser, realmente, Rowena viva la figura que tenía delante? ¿Podía ser realmente Rowena, Rowena Trevanion de Tremaine, la de los cabellos rubios y los ojos azules? ¿Por qué, por qué lo dudaba? El vendaje ceñía la boca, pero ¿podía no ser la boca de Rowena de Tremaine? Y las mejillas -con rosas como en la plenitud de su vida-, sí podían ser en verdad las hermosas

mejillas de la viviente señora de Tremaine. Y el mentón, con sus hoyuelos, como cuando estaba sana, ¿podía no ser el suyo? Pero entonces, ¿había crecido ella durante su enfermedad? ¿Qué inenarrable locura me invadió al pensarlo? De un salto llegué a sus pies. Estremeciéndose a mi contacto, dejó caer de la cabeza, sueltas, las horribles vendas que la envolvían, y entonces, en la atmósfera sacudida del aposento, se desplomó una enorme masa de cabellos desordenados: ¡eran más negros que las alas de cuervo de la medianoche! Y lentamente se abrieron los ojos de la figura que estaba ante mí. "¡En esto, por lo menos - grité-, nunca, nunca podré equivocarme! ¡Éstos son los grandes ojos, los ojos negros, los extraños ojos de mi perdido amor, los de... los de LIGEIA!"<sup>4</sup>

---

<sup>4</sup> ALLAN, Poe Edgar. *Narraciones Extraordinarias*. Madrid, 1998, pp. 161-179

## El almohadón de plumas

Su luna de miel fue un largo escalofrío. Rubia, angelical y tímida, el carácter duro de su marido heló sus soñadas niñerías de novia. Ella lo quería mucho, sin embargo, a veces con un ligero estremecimiento cuando volviendo de noche juntos por la calle, echaba una furtiva mirada a la alta estatura de Jordán, mudo desde hacía una hora. Él, por su parte, la amaba profundamente, sin dárlo a conocer. Durante tres meses -se habían casado en abril- vivieron una dicha especial. Sin duda hubiera ella deseado menos severidad en ese rígido cielo de amor, más expansiva e incauta ternura; pero el impasible semblante de su marido la contenía siempre. La casa en que vivían influía un poco en sus estremecimientos. La blancura del patio silencioso -frisos, columnas y estatuas de mármol- producía una otoñal impresión de palacio encantado. Dentro, el brillo glacial del estuco, sin el más leve rasguño en las altas paredes, afirmaba aquella sensación de despacible frío. Al cruzar de una pieza a otra, los pasos hallaban eco en toda la casa, como si un largo abandono hubiera sensibilizado su resonancia. En ese extraño nido de amor, Alicia pasó todo el otoño. No obstante, había concluido por echar un velo sobre sus antiguos sueños, y aún vivía dormida en la casa hostil, sin querer pensar en nada hasta que llegaba su marido. No es raro que adelgazara. Tuvo un ligero ataque de influenza que se arrastró insidiosamente días y días; Alicia no se reponía nunca. Al fin una tarde pudo salir al jardín apoyada en el brazo de él. Miraba indiferente a uno y otro lado. De pronto Jordán, con honda ternura, le pasó la mano por la cabeza, y Alicia rompió en seguida en sollozos, echándole los brazos al cuello. Lloró largamente todo su espanto callado, redoblando el llanto a la menor tentativa de caricia. Luego los sollozos fueron retardándose, y aún quedó largo rato escondida en su cuello, sin moverse ni decir una palabra. Fue ese el último día que Alicia estuvo levantada. Al día

siguiente amaneció desvanecida. El médico de Jordán la examinó con suma atención, ordenándole calma y descanso absolutos. -No sé -le dijo a Jordán en la puerta de calle, con la voz todavía baja-. Tiene una gran debilidad que no me explico, y sin vómitos, nada... Si mañana se despierta como hoy, llámeme enseguida. Al otro día Alicia seguía peor. Hubo consulta. Constátase una anemia de marcha agudísima, completamente inexplicable. Alicia no tuvo más desmayos, pero se iba visiblemente a la muerte. Todo el día el dormitorio estaba con las luces prendidas y en pleno silencio. Pasábanse horas sin oír el menor ruido. Alicia dormitaba. Jordán vivía casi en la sala, también con toda la luz encendida. Paseábase sin cesar de un extremo a otro, con incansable obstinación. La alfombra ahogaba sus pasos. A ratos entraba en el dormitorio y proseguía su mudo vaivén a lo largo de la cama, mirando a su mujer cada vez que caminaba en su dirección. Pronto Alicia comenzó a tener alucinaciones, confusas y flotantes al principio, y que descendieron luego a ras del suelo. La joven, con los ojos desmesuradamente abiertos, no hacía sino mirar la alfombra a uno y otro lado del respaldo de la cama. Una noche se quedó de repente mirando fijamente. Al rato abrió la boca para gritar, y sus narices y labios se perlaron de sudor.

-¡Jordán! ¡Jordán! -clamó, rígida de espanto, sin dejar de mirar la alfombra.

Jordán corrió al dormitorio, y al verlo aparecer Alicia dio un alarido de horror.

-¡Soy yo, Alicia, soy yo!

Alicia lo miró con extravió, miró la alfombra, volvió a mirarlo, y después de largo rato de estupefacta confrontación, se serenó. Sonrió y tomó entre las suyas la mano de su marido, acariciándola temblando. Entre sus alucinaciones más porfiadas, hubo un antropoide, apoyado en la alfombra sobre los dedos, que tenía fijos en ella los ojos. Los médicos



volvieron inútilmente. Había allí delante de ellos una vida que se acababa, desangrándose día a día, hora a hora, sin saber absolutamente cómo. En la última consulta Alicia yacía en estupor mientras ellos la pulsaban, pasándose de uno a otro la muñeca inerte. La observaron largo rato en silencio y siguieron al comedor.

-Pst... -se encogió de hombros desalentado su médico-. Es un caso serio... poco hay que hacer...

-¡Sólo eso me faltaba! -resopló Jordán. Y tamborileó bruscamente sobre la mesa.

Alicia fue extinguiéndose en su delirio de anemia, agravado de tarde, pero que remitía siempre en las primeras horas. Durante el día no avanzaba su enfermedad, pero cada mañana amanecía lívida, en síncope casi. Parecía que únicamente de noche se le fuera la vida en nuevas alas de sangre. Tenía siempre al despertar la sensación de estar desplomada en la cama con un millón de kilos encima. Desde el tercer día este hundimiento no la abandonó más. Apenas podía mover la cabeza. No quiso que le tocaran la cama, ni aún que le arreglaran el almohadón. Sus terrores crepusculares avanzaron en forma de monstruos que se arrastraban hasta la cama y trepaban dificultosamente por la colcha. Perdió luego el conocimiento. Los dos días finales deliró sin cesar a media voz. Las luces continuaban fúnebremente encendidas en el dormitorio y la sala. En el silencio agónico de la casa, no se oía más que el delirio monótono que salía de la cama, y el rumor ahogado de los eternos pasos de Jordán. Alicia murió, por fin. La sirvienta, que entró después a deshacer la cama, sola ya, miró un rato extrañada el almohadón.

-¡Señor! -llamó a Jordán en voz baja-. En el almohadón hay manchas que parecen de sangre. Jordán se acercó rápidamente Y se dobló a su vez. Efectivamente, sobre la

funda, a ambos lados del hueco que había dejado la cabeza de Alicia, se veían manchitas oscuras.

-Parecen picaduras -murmuró la sirvienta después de un rato de inmóvil observación.

-Levántelo a la luz -le dijo Jordán.

La sirvienta lo levantó, pero enseguida lo dejó caer, y se quedó mirando a aquél, lívida y temblando. Sin saber por qué, Jordán sintió que los cabellos se le erizaban.

-¿Qué hay? -murmuró con la voz ronca.

-Pesa mucho -articuló la sirvienta, sin dejar de temblar.

Jordán lo levantó; pesaba extraordinariamente. Salieron con él, y sobre la mesa del comedor Jordán cortó funda y envoltura de un tajo. Las plumas superiores volaron, y la sirvienta dio un grito de horror con toda la boca abierta, llevándose las manos crispadas a los bandos. Sobre el fondo, entre las plumas, moviendo lentamente las patas velludas, había un animal monstruoso, una bola viviente y viscosa. Estaba tan hinchado que apenas se le pronunciaba la boca. Noche a noche, desde que Alicia había caído en cama, había aplicado sigilosamente su boca -su trompa, mejor dicho- a las sienes de aquélla, chupándole la sangre. La picadura era casi imperceptible. La remoción diaria del almohadón había impedido sin duda su desarrollo, pero desde que la joven no pudo moverse, la succión fue vertiginosa. En cinco días, en cinco noches, había vaciado a Alicia. Estos parásitos de las aves, diminutos en el medio habitual, llegan a adquirir en ciertas condiciones proporciones

enormes. La sangre humana parece serles particularmente favorable, y no es raro hallarlos en los almohadones de pluma.<sup>5</sup>

---

<sup>5</sup> QUIROGA, Horacio. *Cuentos*, Porrúa, México, 1981, pp. 156-160

## La gallina degollada

Todo el día, sentados en el patio, en un banco estaban los cuatro hijos idiotas del matrimonio Mazzini-Ferraz. Tenían la lengua entre los labios, los ojos estúpidos, y volvían la cabeza con la boca abierta. El patio era de tierra, cerrado al oeste por un cerco de ladrillos. El banco quedaba paralelo a él, a cinco metros, y allí se mantenían inmóviles, fijos los ojos en los ladrillos. Como el sol se ocultaba tras el cerco, al declinar los idiotas tenían fiesta. La luz enceguecedora llamaba su atención al principio, poco a poco sus ojos se animaban; se reían al fin estrepitosamente, congestionados por la misma hilaridad ansiosa, mirando el sol con alegría bestial, como si fuera comida. Otra veces, alineados en el banco, zumbaban horas enteras, imitando al tranvía eléctrico. Los ruidos fuertes sacudían asimismo su inercia, y corrían entonces, mordiéndose la lengua y mugiendo, alrededor del patio. Pero casi siempre estaban apagados en un sombrío letargo de idiotismo, y pasaban todo el día sentados en su banco, con las piernas colgantes y quietas, empapando de glutinosa saliva el pantalón. El mayor tenía doce años y el menor, ocho. En todo su aspecto sucio y desvalido se notaba la falta absoluta de un poco de cuidado maternal. Esos cuatro idiotas, sin embargo, habían sido un día el encanto de sus padres. A los tres meses de casados, Mazzini y Berta orientaron su estrecho amor de marido y mujer, y mujer y marido, hacia un porvenir mucho más vital: un hijo. ¿Qué mayor dicha para dos enamorados que esa honrada consagración de su cariño, libertado ya del vil egoísmo de un mutuo amor sin fin ninguno y, lo que es peor para el amor mismo, sin esperanzas posibles de renovación? Así lo sintieron Mazzini y Berta, y cuando el hijo llegó, a los catorce meses de matrimonio, creyeron cumplida su felicidad. La criatura creció bella y radiante, hasta que tuvo año y medio. Pero en el vigésimo mes sacudiéronlo una noche convulsiones terribles, y a la

mañana siguiente no conocía más a sus padres. El médico lo examinó con esa atención profesional que está visiblemente buscando las causas del mal en las enfermedades de los padres. Después de algunos días los miembros paralizados recobraron el movimiento; pero la inteligencia, el alma, aun el instinto, se habían ido del todo; había quedado profundamente idiota, baboso, colgante, muerto para siempre sobre las rodillas de su madre.

— ¡Hijo, mi hijo querido! —sollozaba ésta, sobre aquella espantosa ruina de su primogénito.

El padre, desolado, acompañó al médico afuera.

—A usted se le puede decir: creo que es un caso perdido. Podrá mejorar, educarse en todo lo que le permita su idiotismo, pero no más allá.

— ¡Sí!... ¡Sí! —Asentía Mazzini—. Pero dígame: ¿Usted cree que es herencia, que...?

—En cuanto a la herencia paterna, ya le dije lo que creía cuando vi a su hijo. Respecto a la madre, hay allí un pulmón que no sopla bien. No veo nada más, pero hay un soplo un poco rudo. Hágala examinar detenidamente. Con el alma destrozada de remordimiento, Mazzini redobló el amor a su hijo, el pequeño idiota que pagaba los excesos del abuelo. Tuvo asimismo que consolar, sostener sin tregua a Berta, herida en lo más profundo por aquel fracaso de su joven maternidad. Como es natural, el matrimonio puso todo su amor en la esperanza de otro hijo. Nació éste, y su salud y limpidez de risa reencendieron el porvenir extinguido. Pero a los dieciocho meses las convulsiones del primogénito se repetían, y al día siguiente el segundo hijo amanecía idiota. Esta vez los padres cayeron en honda

desesperación. ¡Luego su sangre, su amor estaban malditos! ¡Su amor, sobre todo! Veintiocho años él, veintidós ella, y toda su apasionada ternura no alcanzaba a crear un átomo de vida normal. Ya no pedían más belleza e inteligencia como en el primogénito; ¡pero un hijo, un hijo como todos! Del nuevo desastre brotaron nuevas llamaradas del dolorido amor, un loco anhelo de redimir de una vez para siempre la santidad de su ternura. Sobrevinieron mellizos, y punto por punto repitióse el proceso de los dos mayores. Más por encima de su inmensa amargura quedaba a Mazzini y Berta gran compasión por sus cuatro hijos. Hubo que arrancar del limbo de la más honda animalidad, no ya sus almas, sino el instinto mismo, abolido. No sabían deglutir, cambiar de sitio, ni aun sentarse. Aprendieron al fin a caminar, pero chocaban contra todo, por no darse cuenta de los obstáculos. Cuando los lavaban mugían hasta inyectarse de sangre el rostro. Animábanse sólo al comer, o cuando veían colores brillantes u oían truenos. Se reían entonces, echando afuera lengua y ríos de baba, radiantes de frenesí bestial. Tenían, en cambio, cierta facultad imitativa; pero no se pudo obtener nada más. Con los mellizos pareció haber concluido la aterradora descendencia. Pero pasados tres años desearon de nuevo ardientemente otro hijo, confiando en que el largo tiempo transcurrido hubiera aplacado a la fatalidad. No satisfacían sus esperanzas. Y en ese ardiente anhelo que se exasperaba en razón de su infructuosidad, se agriaron. Hasta ese momento cada cual había tomado sobre sí la parte que le correspondía en la miseria de sus hijos; pero la desesperanza de redención ante las cuatro bestias que habían nacido de ellos echó afuera esa imperiosa necesidad de culpar a los otros, que es patrimonio específico de los corazones inferiores. Iniciáronse con el cambio de pronombre: *tus* hijos. Y como a más del insulto había la insidia, la atmósfera se cargaba. - Me parece -díjole una noche Mazzini, que acababa de entrar y se lavaba las manos—que podrías tener más limpios a los muchachos. Berta continuó leyendo como si no hubiera

oído. —Es la primera vez —repuso al rato— que te veo inquietarte por el estado de tus hijos. Mazzini volvió un poco la cara a ella con una sonrisa forzada:

—De nuestros hijos, ¿me parece?

—Bueno, de nuestros hijos. ¿Te gusta así? —alzó ella los ojos.

Esta vez Mazzini se expresó claramente: —¿Creo que no vas a decir que yo tenga la culpa, no?

— ¡Ah, no! —Se sonrió Berta, muy pálida— ¡pero yo tampoco, supongo!... ¡No faltaba más!... —murmuró.

— ¿Qué no faltaba más?

— ¡Que si alguien tiene la culpa, no soy yo, entiéndelo bien! Eso es lo que te quería decir.

Su marido la miró un momento, con brutal deseo de insultarla.

— ¡Dejemos! —articuló, secándose por fin las manos.

—Como quieras; pero si quieres decir...

— ¡Berta!

— ¡Como quieras!

Éste fue el primer choque y le sucedieron otros. Pero en las inevitables reconciliaciones, sus almas se unían con doble arrebato y locura por otro hijo. Nació así una niña. Vivieron dos

años con la angustia a flor de alma, esperando siempre otro desastre. Nada acaeció, sin embargo, y los padres pusieron en ella toda su complacencia, que la pequeña llevaba a los más extremos límites del mimo y la mala crianza. Si aún en los últimos tiempos Berta cuidaba siempre de sus hijos, al nacer Bertita olvidóse casi del todo de los otros. Su solo recuerdo la horrorizaba, como algo atroz que la hubieran obligado a cometer. A Mazzini, bien que en menor grado, pasábale lo mismo. No por eso la paz había llegado a sus almas. La menor indisposición de su hija echaba ahora afuera, con el terror de perderla, los rencores de su descendencia podrida. Habían acumulado hiel sobrado tiempo para que el vaso no quedara distendido, y al menor contacto el veneno se vertía afuera. Desde el primer disgusto emponzoñado habíanse perdido el respeto; y si hay algo a que el hombre se siente arrastrado con cruel fruición es, cuando ya se comenzó, a humillar del todo a una persona. Antes se contenían por la mutua falta de éxito; ahora que éste había llegado, cada cual, atribuyéndolo a sí mismo, sentía mayor la infamia de los cuatro engendros que el otro habíale forzado a crear. Con estos sentimientos, no hubo ya para los cuatro hijos mayores afecto posible. La sirvienta los vestía, les daba de comer, los acostaba, con visible brutalidad. No los lavaban casi nunca. Pasaban todo el día sentados frente al cerco, abandonados de toda remota caricia. De este modo Bertita cumplió cuatro años, y esa noche, resultado de las golosinas que era a los padres absolutamente imposible negarle, la criatura tuvo algún escalofrío y fiebre. Y el temor a verla morir o quedar idiota, tornó a reabrir la eterna llaga. Hacía tres horas que no hablaban, y el motivo fue, como casi siempre, los fuertes pasos de Mazzini.

— ¡Mi Dios! ¿No puedes caminar más despacio? ¿Cuántas veces...?

—Bueno, es que me olvido; ¡se acabó! No lo hago a propósito.



Ella se sonrió, desdeñosa: —¡No, no te creo tanto!

—Ni yo jamás te hubiera creído tanto a ti... ¡tisiquilla!

— ¡Qué! ¿Qué dijiste?...

— ¡Nada!

— ¡Sí, te oí algo! Mira: ¡no sé lo que dijiste; pero te juro que prefiero cualquier cosa a tener un padre como el que has tenido tú! Mazzini se puso pálido.

— ¡Al fin! —murmuró con los dientes apretados—. ¡Al fin, víbora, has dicho lo que querías!

— ¡Sí, víbora, sí! Pero yo he tenido padres sanos, ¿oyes?, ¡sanos! ¡Mi padre no ha muerto de delirio! ¡Yo hubiera tenido hijos como los de todo el mundo! ¡Esos son hijos tuyos, los cuatro tuyos! Mazzini explotó a su vez.

— ¡Víbora tísica! ¡Eso es lo que te dije, lo que te quiero decir! ¡Pregúntale, pregúntale al médico quién tiene la mayor culpa de la meningitis de tus hijos: mi padre o tu pulmón picado, víbora!

Continuaron cada vez con mayor violencia, hasta que un gemido de Bertita selló instantáneamente sus bocas. A la una de la mañana la ligera indigestión había desaparecido, y como pasa fatalmente con todos los matrimonios jóvenes que se han amado intensamente una vez siquiera, la reconciliación llegó, tanto más efusiva cuanto infames fueran los agravios. Amaneció un espléndido día, y mientras Berta se levantaba escupió sangre. Las emociones y mala noche pasada tenían, sin duda, gran culpa.

Mazzini la retuvo abrazada largo rato, y ella lloró desesperadamente, pero sin que ninguno se atreviera a decir una palabra. A las diez decidieron salir, después de almorzar. Como apenas tenían tiempo, ordenaron a la sirvienta que matara una gallina. El día radiante había arrancado a los idiotas de su banco. De modo que mientras la sirvienta degollaba en la cocina al animal, desangrándolo con parsimonia (Berta

— había aprendido de su madre este buen modo de conservar la frescura de la carne), creyó sentir algo como

— respiración tras ella. Volvióse, y vio a los cuatro idiotas, con los hombros pegados uno a otro, mirando estupefactos la operación... Rojo... rojo...

— ¡Señora! Los niños están aquí, en la cocina.

Berta llegó; no quería que jamás pisaran allí. ¡Y ni aun en esas horas de pleno perdón, olvido y felicidad reconquistada, podía evitarse esa horrible visión! Porque, naturalmente, cuando más intensos eran los raptos de amor a su marido e hija, más irritado era su humor con los monstruos.

— ¡Que salgan, María! ¡Échelos! ¡Échelos, le digo!

Las cuatro pobres bestias, sacudidas, brutalmente empujadas, fueron a dar a su banco. Después de almorzar salieron todos. La sirvienta fue a Buenos Aires y el matrimonio a pasear por las quintas. Al bajar el sol volvieron; pero Berta quiso saludar un momento a sus vecinas de enfrente. Su hija escapóse enseguida a casa. Entretanto los idiotas no se habían movido en todo el día de su banco. El sol había traspuesto ya el cerco, comenzaba a hundirse, y ellos continuaban mirando los ladrillos, más inertes que nunca. De pronto algo

se interpuso entre su mirada y el cerco. Su hermana, cansada de cinco horas paternas, quería observar por su cuenta. Detenida al pie del cerco, miraba pensativa la cresta. Quería trepar, eso no ofrecía duda. Al fin decidióse por una silla desfondada, pero aun no alcanzaba. Recurrió entonces a un cajón de kerosene, y su instinto topográfico hízole colocar vertical el mueble, con lo cual triunfó. Los cuatro idiotas, la mirada indiferente, vieron cómo su hermana lograba pacientemente dominar el equilibrio, y cómo en puntas de pie apoyaba la garganta sobre la cresta del cerco, entre sus manos tirantes. Viéronla mirar a todos lados, y buscar apoyo con el pie para alzarse más. Pero la mirada de los idiotas se había animado; una misma luz insistente estaba fija en sus pupilas. No apartaban los ojos de su hermana mientras creciente sensación de gula bestial iba cambiando cada línea de sus rostros. Lentamente avanzaron hacia el cerco. La pequeña, que habiendo logrado calzar el pie iba ya a montar a horcajadas y a caerse del otro lado, seguramente sintióse cogida de la pierna. Debajo de ella, los ocho ojos clavados en los suyos le dieron miedo.

— ¡Soltadme! ¡Déjame! —gritó sacudiendo la pierna. Pero fue atraída.

— ¡Mamá! ¡Ay, mamá! ¡Mamá, papá! —lloró imperiosamente. Trató aún de sujetarse del borde, pero sintióse arrancada y cayó.

—Mamá, ¡ay! Ma. . . —No pudo gritar más. Uno de ellos le apretó el cuello, apartando los bucles como si fueran plumas, y los otros la arrastraron de una sola pierna hasta la cocina, donde esa mañana se había desangrado a la gallina, bien sujeta, arrancándole la vida segundo por segundo. Mazzini, en la casa de enfrente, creyó oír la voz de su hija.

—Me parece que te llama—le dijo a Berta.

Prestaron oído, inquietos, pero no oyeron más. Con todo, un momento después se despidieron, y mientras Berta iba dejar su sombrero, Mazzini avanzó en el patio.

— ¡Bertita! Nadie respondió.

— ¡Bertita! —alzó más la voz, ya alterada.

Y el silencio fue tan fúnebre para su corazón siempre aterrado, que la espalda se le heló de horrible presentimiento.

— ¡Mi hija, mi hija! —corrió ya desesperado hacia el fondo. Pero al pasar frente a la cocina vio en el piso un mar de sangre. Empujó violentamente la puerta entornada, y lanzó un grito de horror. Berta, que ya se había lanzado corriendo a su vez al oír el angustioso llamado del padre, oyó el grito y respondió con otro. Pero al precipitarse en la cocina, Mazzini, lívido como la muerte, se interpuso, conteniéndola:

— ¡No entres! ¡No entres Berta alcanzó a ver el piso inundado de sangre. Sólo pudo echar sus brazos sobre la cabeza y hundirse a lo largo de él con un ronco suspiro.<sup>6</sup>

---

<sup>6</sup> QUIROGA, Horacio. *Cuentos*, Porrúa, México, 1981, pp. 156-160

## La endemoniada

Que Ursulita tenía el diablo en el cuerpo, era poco menos que punto de fe para su ilustrísima don Fray Jerónimo de Loayza, primer arzobispo de Lima. La tal muchacha vestía hábito de beata tercera, y unas veces alardeaba exaltado misticismo, y otras se volvía más desvergonzada que un carretero. Un cirujano romancista dijo que la enfermedad de la damisela se curaba con marido; pero el confesor, que de fijo debía saber más que el galeno, sostuvo que los malos habían constituido su cuartel general en el cuerpo de aquélla, y por ende corría prisa enviarlos con la música a otra parte. Para lograr este fin, sacaron una mañana a Ursulita de su casa, y seguida de una turba de muchachos y curiosos la condujeron sacristanes y monacillos a la catedral. Un canónigo, hombre entendido en esto de ponerle al demonio la ceniza en la frente, ensartó muchos latines y gastó una alcuza de aceite y media pipa de agua bendita, haciendo un exorcismo en toda regla. ¡Pero ni por esas! Ya se ve, la chica era casa habitada por una legión de espíritus malignos, más reacios para cambiar de domicilio que un ministro para renunciar la cartera. Cierta amigo mío diría que Úrsula era un manojito de nervios. Mientras más conjuraba el canónigo, más contorsiones hacían la mocita, echando por esa boca sapos y sabandijas. Cansóse, al fin, el exorcista y se declaró vencido. Entonces su ilustrísima se decidió a luchar a brazo partido con el rey de los infiernos, y mandó que llevarsen a Ursulita a la capilla del hospital de Santa Ana, recientemente fundado. Su ilustrísima quiso ver si Carrampempe era sujeto de habérselas con él. El señor Loayza perdió su tiempo y, desalentado, arrojó el hisopo. Cuenta el cronista Meléndez en su Tesoro de Indias que el demonio habría quedado victorioso si el dominico Fray Gil González no se hubiera metido en el ajo. Estos dominicos son gente para atajarle el resuello a cualquiera; y Satanás, para el padre

González, era, como si dijéramos, un mocoso a quien se hace entrar en vereda con un palmetazo y tres azoticos. Visitando su paternidad, que era un fraile todavía mozo y gallardo, al arzobispo, éste contòle la desazón que traía en el alma porque Cachano, no sólo se había burlado del canónigo, sino hecho irrisión del báculo y mitra pastorales. Sonriese el dominico y dijo: -Mándemela su señoría por unas horitas a mi convento, y poco he de poder o he de sacarle el quilo al diablo. Aceptó el arzobispo la propuesta, y Ursulita fue encerrada, a pan y agua, en una celda en la que sólo entraba el fraile exorcista. Dice Meléndez que el padre Gil la amenazó con sacarle el diablo a azotes; que el maligno tembló ante la deshonra de la azotaina, y que cuando ya lo tuvo más dócil que la cera, trasladaron a la endemoniada a la capilla de San Jerónimo, donde ésta confesó que no había tal diablo de por medio, sino que todo había sido fingimiento para mantener no sé qué relaciones pecaminosas con un prójimo. Yo no sé ni mi paisano Meléndez, que es tan minucioso para otras cosas, lo explica, cómo le sacaría el padre Gil a la Ursulita el demonio del cuerpo; pero concluye el ya citado y muy respetable cronista con una noticia que me deja bizco y boquiabierto. A los nueve meses de exorcizada por Fray Gil, dio a luz la Ursulita...

-¿Un libro?

-No, señor..., ¡un diablito!<sup>7</sup>

---

<sup>7</sup> PALMA, Ricardo. *Tradiciones peruanas*. UNAM, México, 1979, pp. 56-59

## EL PINTO

### Notas biográficas de un perro

Chilindrina era una perrita poblana, gordita, muy lavada, muy blanca, con su listón azul al cuello, siempre dormitando en las faldas de doña Felicia, su ama, que era dueña de un estanquillo y había concentrado en ella todo su amor de vieja solterona. Cuidaba del buen nombre del animal como las madres cuidan de la inocencia de sus hijos, y casi murió de dolor cuando supo la terrible noticia: Chilindrina, la doncella sin mancha, había tenido amores con el Capitán, escuincle horroroso de un zapatero vecino: frutos de estos amores fueron la Diana, el Turco y el Pinto, de quien voy a ocuparme. Era un perro de pueblo, enteramente flaco, de orejas derechas y agudas, ojo vivaz, hocico puntiagudo, grandes pelos lacios y cerdosos, patas delgadas y cola pendiente; era de esa clase de perros de raza indígena que tienen una semejanza con los lobos, de un color amarillo sucio manchado de negro, lo que le valía su nombre de Pinto. Su historia puede encerrarse en estos capítulos: el hogar, el cuartel, la calle, la vagancia. Muy pocos días duró bajo el brasero en el cajón de vino, lleno de trapos manchados de petróleo que le sirvió de cuna. Aún no abría bien los ojos, que tenían esa opacidad azulosa de los recién nacidos, aún su paso era débil, cuando lo regalaron a la primera que lo pidió, y fue doña Petra, portera del 6 de Mesones, señora fea que, no teniendo quien la amara, amaba a los animales. Un gato se le había desertado, y para mitigar la ausencia iba a sustituirlo con un consentido más fiel: el Pinto. Con calma maternal daba las migas de pan en leche al tierno niño, lo acostaba en un rincón envuelto en trozos de alfombra, lo arrullaba en el regazo y en horas de quehacer lo exponía al sol tibio de la mañana; ahí reposaba el Pinto cazando

moscas al vuelo, dando paseos cortos, oliendo las juntas del embaldosado y acostándose de nuevo, previas las vueltas de ordenanza. Creció, y comía entonces las sobras que daba a su ama una familia de la vivienda principal. Su vida era sedentaria; se reducía a vegetar y no salía del zaguán de la casa, porque sentía un temor invencible por los transeúntes, los coches y los perros más grandes que él. Cuando el ama salía, lo dejaba encerrado, y más de una vez se oyeron tras la puerta aullidos lastimeros a los que respondían frases coléricas de los vecinos nerviosos. Vivían arriba dos niños que al irse al colegio le arrojaban un pedazo de pan y al volver le hacían un cariño, diciéndole con voz muy dulce: “Pintito, toma”, y tronándole los dedos lo llamaban en dirección a la escalera. Él los hubiera seguido, pero le inspiraba serios temores aquella ascensión peligrosa y, sobre todo, la opinión de su ama. Un día se decidió a subir, los Angulo lo colmaron de cariños, lo hicieron corretear por el corredor, enseñándole y escondiéndole un pañuelo que desgarraba a mordiscos, y los hacía exclamar con infinito placer: “¡Sabe jugar al toro!” Ya era amigos: ya el pobre Pinto seguía a la criada hasta el colegio, y con disimulo señalaba su huella en todas las esquinas para reconocer el camino. Aparecían los Angulito, y corría con esa vivacidad infantil propia de una gran emoción. Todo lo sufría el buen amigo; que lo ensillaran, lo vistieran de muñeco, lo hicieran tirar de un carrito de palo lleno de ladrillos, lo forzaran a saltar por el mango de una escoba, o hacer de toro y hasta de verdugo, cuando alguna rata infeliz salía de un agujero por sus negras desdichas. Sin embargo, ¡qué de temores en aquellas visitas! ¡Qué odio debía tenerle aquella señora descolorida que lo veía con ojos tan malos y lo hacía despejar el corredor! Una ocasión los niños no lo llamaron como otras veces y él subió. La criada lo esperaba tras de la puerta y lo llamaba



¡cosa rara! con voz dulce. Acudió y entonces lo suspendió por el aire tomándolo por el pescuezo; lo llevó a un rincón del corredor, le restregó el hocico contra un ladrillo sucio y le pegó de escobazos. En vano aulló, en vano decía con los ojos “¡yo no he sido!”; la fuerte mocetona le pegó duro, y los niños lo veían con inmensa compasión tras de los vidrios. ¡Pobre Pinto! Su ama lo abandonó. Días enteros se pasó en las calles oliendo todos los rincones y en busca de ella. Aulló a la puerta de la antigua portería hasta que una vecina se compadeció de él; era una mujer de cascos ligeros que tenía amores con un albañil. Hacían tres viajes diarios hasta la Alameda para que comiera en una banca el señor aquel lleno de cal. Gravemente sentado, esperaba que le echaran su piltrafa de carne: como perro bien educado, ni parpadeaba. Después, el amor de su nueva ama pasó a un soldado y supo lo que era la vida de cuartel. Comió el vil rancho, tuvo amistad con gentes malignas; pero sucedió lo que tenía que tenía que suceder: el regimiento salió y de nuevo lo abandonaron. ¿Qué comer? Si se detenía en la puerta de una fonda, le aventaban unas tenazas; si iba a una carnicería lo pateaban; si encontraba un hueso, se lo arrancaba otro can famélico más fuerte que él. En aquellos días se apiadó de él un viejo de barba blanca y sucia, pantalones rotos y zapatos llenos de agujeros: era un mendigo que se fingía el ciego. Todo el día se pasaba a la puerta de las iglesias donde había función o jubileo. El amo, apoyado en el grasiento bastón en forma de báculo y él, amarrado del cuello con un mecate lleno de punzantes hilos. Comió las tortillas heladas y los mendrugos de pan frío de la miseria; sufrió los palos de más de un sacristán, y tenía también, en aquella época, un aire de mendicidad, la cabeza gacha, los ojos tristes, el rabo entre las piernas, y hecho un esqueleto... Estaba predestinado para el martirio. Su amo, el falso ciego, robó una

vez y lo condujeron a la inspección. ¡Terrible noche al aire libre! La pasó en la puerta de la comisaría y nunca olvidó la escena del día siguiente: el rostro demacrado del amo, que acompañado por muchos pillos, con un jarrito colgado a la espalda, entre dos hileras de gendarmes fue conducido hasta Belén. Quiso entrar, pero no tuvo ni una mirada de despedida de su amo, y sí un culatazo de un centinela. ¿Qué hacer? Caminar al acaso. Anduvo calles y más calles, fatigado, sudoroso, sediento, y lo recibían en los barrios con ladridos de amenaza. El hambre lo postraba; ni una fonda, ni una carnicería, ¡nada! El aislamiento, el verano de calores quemantes, la repulsión en todas partes; buscaba la sombra en el hueco de un zaguán, y crueles porteros lo espantaban; seguía a alguien, y aquel alguien, al entrar a su casa, dando una patada en el suelo, le cerraba las puertas en los hocicos. ¡Pobre Pinto! Dos veces intentó olvidar con el amor su desdicha, pero las dos fue desgraciado. Ya casi había conquistado a una desconocida, cuando un señor alto, moralista tal vez, lo espantó pegándole un bastonazo; lo iba a machucar un tren, y perdió a la dama. Su segunda tentativa fue tan desgraciada como la primera: un Terranova, abusando de la fuerza, le arrebató a la que tanto había soñado. ¡Pobre Pinto! Llegaron aquellas noches interminables de vagancia, aquel husmear continuo en todos los rincones, a la puerta de las accesorias, esperando que arrojaran al caño el agua sucia de la cena, para pescar un hueso y huir con él donde nadie se lo disputara; rebuscar en los montones de basura; seguir a los ebrios para... ¡Qué fúnebres rondas hacía con otros compañeros de desgracia! Se olfateaban los unos a los otros para saludarse, se mordían, ladraban, y un vecino les arrojaba agua desde un balcón; dormían hechos rosca en el umbral de una puerta. Eran noches de pesadillas terribles. Pinto soñaba estar en una azotea con la cazuela de sobras repleta, subía la Diana, le hablaba de amores, junto al tinaco le decía: “eres mi vida”, y ¡paf! Un señor

que entraba a deshoras a su casa, lo despertaba con un puntapié. Aquello no era vida, los carretones de basura no traían ni un solo hueso que roer, y cuando lo había, la fuerza bruta se lo arrancaba de los dientes. Evocaba aquel pasado siempre adverso: ¿para qué había nacido? ¡Sin creencias, sin paraíso, sin palabras siquiera para pedir un mendrugo! Y cazaba moscas al vuelo o saciaba su sed en los charcos. Una mañana lo llamó un señor y le arrojó un pedazo de carne. ¡Al fin! Sí, sí; había indudablemente un espíritu protector de los hambrientos; sintió una embriaguez de placer al aspirar el aroma tibio de aquella pulpa, y ¡era fresca! y la comió con glotonería. Un fuego devorador circulaba por sus venas, parecía que desgarraba sus entrañas, sus miembros se estremecían en dolorosas convulsiones; tambaleaba como un ebrio y, por fin, se desplomó. ¡Lo habían envenenado!

Qué cuadro! Yacía en el lodazal. Todo fue crueldad en aquellos momentos. Un carro al pasar le trituró una pata; había un círculo de curiosas, criadas que volvían de la compra; mandaderos con la canasta en la mano y que se entretenían en picarlo para provocarle largos estremecimientos convulsivos. La cabeza caída, los ojos inyectados fuera de las órbitas; los blancos colmillos descubiertos, la lengua de fuera, el hocico abierto y babeante; la respiración de un sofocado, y las patas agitándose en nervioso desorden. ¡Y aún en su agonía lo azuzaban y se reían de sus contracciones de epiléptico! Ni una queja, ni un ladrido... Los niños Angulo pasaron y se detuvieron, sus ojos infantiles lo vieron con gran tristeza, y los oyó murmurar:

– ¡Pobrecito! y se parece al Pinto. Era el Pinto: ¡qué flaco estaría para ser inconocible!  
Después de un último sacudimiento quedó inmóvil. \*

El carro de la limpia fue su ataúd y el muladar su cementerio. Ahí, sobre montones de ceniza, cascarones de huevo, zapatos rotos, harapos y momias de gato, fue arrojado junto a un casco de botella; quizá lo hubieran devorado los mismos que lo acompañaron hasta su

última morada, si no hubiera habido otro entierro, el de un caballo que llegó en un carretón con una bandera blanca y escoltado por canes hambrientos que hicieron de sus despojos una atroz carnicería. Lamiéndose los bigotes dijo uno de los comensales: “He aquí al Pinto, ciudadano honrado, de origen noble, fiel, trabajador, digno de un cojín de viuda o de una azotea de ranchería, convertido en cadáver y ¡envenenado!... Pero ¡esta es la vida!” Y se alejó al trote por el potrero, donde ya las sombras se extendían; el crepúsculo daba un fulgor sangriento a aquel cuadro y perfilaba en el horizonte las siluetas macabras de esas limosneras que remueven las basuras para encontrar hilachas. La sombra tendió sus alas de búho en aquel cementerio de cosas viejas y animales muertos. Cementerio sin epitafios. ¡Cuántos en la plebe son como el Pinto! ¡Cuántos desdichados hay que, con forma humana, no son sino perros que hablan y que visten pantalones! 8

---

<sup>8</sup> DE CAMPO, Ángel, *Ocios y apuntes*. Porrúa, México 1981, pp. 35-42

## En el fondo del caño hay un negrito

A René Depestre

1

La primera vez que el negrito Melodía vio al otro negrito en el fondo del caño fue en la mañana del tercer o cuarto día después de la mudanza, cuando llegó gateando hasta la única puerta de la nueva vivienda y se asomó para mirar hacia la quieta superficie del agua allá abajo. Entonces el padre, que acababa de despertar sobre el montón de sacos vacíos extendidos en el piso, junto a la mujer semidesnuda que aún dormía, le gritó:

-¡Mire...eche p'adentro! ¡Diantre' e muchacho desinquieta! Y melodía, que no había aprendido bien las palabras pero sí a obedecer los gritos, gateó otra vez hacia adentro y quedó silencioso en un rincón chapándose un dedito por que tenía hambre.

El hombre se incorporo sobre los codos. Miro a la mujer que dormía a su lado y la sacudió flojamente por un brazo. La mujer despertó sobresaltada, mirando al hombre con ojos de susto. El hombre rió. Todas las mañanas era igual: la mujer salía del sueño con aquella expresión de susto que a el le provocaba un regocijo sin maldad. La primera vez que vio aquella expresión en el rostro de su mujer no fue en ocasión de un despertar, si no la noche que se acostaron juntos por primera vez. Quizá por eso a el le hacia gracia verla despabilarse así todas las mañanas. El hombre se sentó sobre los sacos vacíos.

-Bueno – se dirigió entonces a la mujer-. Cuela el café. Ella tardo un poco en contestar:

-Ya no queda.

-¿ah?

-No queda se acabo ayer.

El empezó a decir: “¿Y por que no compraste más?, pero se interrumpió cuando vio que el rostro de su mujer comenzaba aquella otra expresión, aquella mueca que a el no le causaba regocijo y que a ella solo le hacia cuando el le dirigía preguntas como la que acababa de trincar ahora. La primera vez que vio aquella expresión en el rostro de su mujer fue la noche que regreso a casa borracho y deseoso de ella pero la borrachera no le dejo hacer nada. Tal vez por eso el hombre no le hacia gracia aquella mueca. -¿Con que se acabo ayer? -Aja-- La mujer se puso de pie y empezó a meterse el vestido por la cabeza. El hombre, todavía sentado sobre los sacos vacíos, derroto su mirada y la fijo durante un rato en los agujeros de su camiseta. Melodía, y cansado ya de la insipidez del dedo, se decidió a llorar el hombre la miro y le pregunto a la mujer:

-¿Tampoco hay na pa el nene?

-Si, conseguí unas hojitas de guanábana y le gua a hacer un guarapillo agorita.

-¿Cuántos días va que no toma leche?

-¿Leche?- la mujer puso un poco de su hombro inconsciente en la voz-. No me acuerdo.

El hombre se levanto y se puso los pantalones. Después se allego a la puerta y miro hacia afuera le dijo a la mujer: -La marea ta alta. Hoy ay que dir en bote. Luego miro hacia arriba, hacia el puente y la carretera. Automóviles, guaguas y camiones pasaban en el desfile interminable. El hombre observo como desde casi todos los vehículos alguien miraba con extrañeza hacia la casucha enclavada en medio de aquel brazo de mar: el caño sobre cuyas márgenes pantanosos había ido creciendo hacia años el arrabal. Ese algún por lo general empezaba a mirar la casucha cuando el automóvil, la guagua o el camión llegaba a la mitad del puente, y después seguía mirando, volviendo gradualmente la cabeza hasta que el

automóvil, la guagua o el camión tornaba la curva allá adelante y se perdía de vista. El hombre se llevo una mano desafiante en la entrepierna y mascullo: -¡Pendejos!

Poco después se metió en el bote y remo hasta la orilla. De la popa del bote a la puerta de la casa había una sogá larga que permitía a quien quedara en la casa atraer nuevamente el bote hasta la puerta. De la casa a la orilla había también un puentecito de tablas, que cubría con la marea alta. Ya en tierra, el hombre camino hacia la carretera. Se sintió mejor cuando el ruido de los automóviles ahogo el llanto del negrito en la casucha.

2

La segunda vez que el negrito Melodía vio al otro negrito en el fondo del caño fue poco después del mediodía, cuando volvió a gatear hasta la puerta y se asomo y miro hacia abajo. Esta vez el negrito en el fondo del caño le regalo una sonrisa a Melodía. Melodía había sonreído primero y tomo la sonrisa del otro negrito como una respuesta a la suya. Entonces hizo así con su manita. Melodía no pudo reprimir la risa. La madre lo llamo entonces por que en segundo guarapillo de hojas de guanábana ya estaba listo. Dos mujeres de las afortunadas que vivían en tierra firma sobre el fango endurecido de las márgenes del caño, comentaban:

-Hay que velo. Si me lo bieran contao, biera dicho que era enbuste.

-La nesecidá, doña. A mi misma, quien me lo biera dicho que yo diba llegara aquí.

Yo que tenía hasta mi tierrita...

-Pues nosotros juimos de los primeros casi no bia gente y uno cojía la parte mas sequecita, ¿ve?. Pero los que llegan ahora, fíjese, tiene que tirarse al agua, como quien dice. Pero, coma bueno... y esa gente ¿De ónde diantre haberan salio?

-A mi me dijeron que por ai por la Isla Verde tan orbanizado y han sacado un montón de negros arrimaos. A lo mejor son desos.

-¡Bendito!.... ¿!.... ¿ uste se ha fijao en el negrito qué mono? La mujer vino ayer a ver si yo tenia unas hojitas de algo pa hacerle un guarapillo, y yo le di unas poquitas de guanábana que me quedaban. -¡Ay, virgen, bendito...!

Al atardecer, el hombre estaba cansado. Le dolía la espalda, pero venia palpando las monedas en el fondo del bolsilla, haciéndolas sonar, adivinado con el tacto cual era un vellón, cual de diez, cual una peseta. Bueno, hoy había habido suerte. El blanco que paso por el muelle a recoger su mercancía de Nueva Cork. Y el compañero de trabajo que le presto su carretón toda la tarde por que tuvo que salir corriendo a buscar a la comadrona para su mujer, que estaba echando un pobre más al mundo. Si, señor. Se va tirando. Mañana será otro día. Entro en un colmado y compro café y arroz y habichuelas y unas latitas de leche evaporada. Pensó en Melodía y apresuro el paso. Se había venido a pie desde San Juan para ahorrarse los cinco centavos del pasaje.

3

La tercera vez que el negrito Melodía vio al otro negrito en el fondo del caño fue al atardecer, poco antes de que el padre regresara. Esta vez melodía venia sonriendo antes de asomarse, y le asombro que el otro también se estuviera sonriendo allá abajo. Volvió a hacer así con la manita y el otro volvió a contestar. Entonces el Melodía sintió un súbito entusiasmo y un amor indecible por el otro negrito. Y se fue a buscarlo.

(1950)<sup>9</sup>

---

<sup>9</sup> GONÁLEZ, José Luis. *Todos los Cuentos*, UNAM, México, 1992, pp. 183-186



## ¡Diles que no me maten!

-¡Diles que no me maten, Justino! Anda, vete a decirles eso. Que por caridad. Así diles. Diles que lo hagan por caridad.

-No puedo. Hay allí un sargento que no quiere oír hablar nada de ti.

-Haz que te oiga. Date tus mañas y dile que para sustos ya ha estado bueno. Dile que lo haga por caridad de Dios.

-No se trata de sustos. Parece que te van a matar de a de veras. Y yo ya no quiero volver allá.

-Anda otra vez. Solamente otra vez, a ver qué consigues.

-No. No tengo ganas de eso, yo soy tu hijo. Y si voy mucho con ellos, acabarán por saber quién soy y les dará por fusilarme a mí también. Es mejor dejar las cosas de este tamaño.

-Anda, Justino. Diles que tengan tantita lástima de mí. Nomás eso diles.

Justino apretó los dientes y movió la cabeza diciendo:

-No. Y siguió sacudiendo la cabeza durante mucho rato.

Justino se levantó de la pila de piedras en que estaba sentado y caminó hasta la puerta del corral. Luego se dio vuelta para decir:

-Voy, pues. Pero si de perdida me fusilan a mí también, ¿quién cuidará de mi mujer y de los hijos?

-La Providencia, Justino. Ella se encargará de ellos. Ocúpate de ir allá y ver qué cosas haces por mí. Eso es lo que urge.

Lo habían traído de madrugada. Y ahora era ya entrada la mañana y él seguía todavía allí, amarrado a un horcón, esperando. No se podía estar quieto. Había hecho el intento de

dormir un rato para apaciguarse, pero el sueño se le había ido. También se le había ido el hambre. No tenía ganas de nada. Sólo de vivir. Ahora que sabía bien a bien que lo iban a matar, le habían entrado unas ganas tan grandes de vivir como sólo las puede sentir un recién resucitado. Quién le iba a decir que volvería aquel asunto tan viejo, tan rancio, tan enterrado como creía que estaba. Aquel asunto de cuando tuvo que matar a don Lupe. No nada más por nomás, como quisieron hacerle ver los de Alima, sino porque tuvo sus razones. Él se acordaba:

“Don Lupe Terreros, el dueño de la Puerta de Piedra, por más señas su compadre. Al que él, Juvencio Nava, tuvo que matar por eso; por ser el dueño de la Puerta de Piedra y que, siendo también su compadre, le negó el pasto para sus animales.

Primero se aguantó por puro compromiso. Pero después, cuando la sequía, en que vio cómo se le morían uno tras otro sus animales hostigados por el hambre y que su compadre don Lupe seguía negándole la hierba de sus potreros, entonces fue cuando se puso a romper la cerca y a arrear la bola de animales flacos hasta las paraneras para que se hartaran de comer. Y eso no le había gustado a don Lupe, que mandó tapar otra vez la cerca para que él, Juvencio Nava, le volviera a abrir otra vez el agujero. Así, de día se tapaba el agujero y de noche se volvía a abrir, mientras el ganado estaba allí, siempre pegado a la cerca, siempre esperando; aquel ganado suyo que antes nomás se vivía oliendo el pasto sin poder probarlo. Y él y don Lupe alegaban y volvían a alegar sin llegar a ponerse de acuerdo. Hasta que una vez don Lupe le dijo:

-Mira, Juvencio, otro animal más que metas al potrero y te lo mato.

Y él contestó:

-Mire, don Lupe, yo no tengo la culpa de que los animales busquen su acomodo.

Ellos son inocentes. Ahí se lo haiga si me los mata.

"Y me mató un novillo.

"Esto pasó hace treinta y cinco años, por marzo, porque ya en abril andaba yo en el monte, corriendo del exhorto. No me valieron ni las diez vacas que le di al juez, ni el embargo de mi casa para pagarle la salida de la cárcel. Todavía después, se pagaron con lo que quedaba nomás por no perseguirme, aunque de todos modos me perseguían. Por eso me vine a vivir junto con mi hijo a este otro terrenito que yo tenía y que se nombra Palo de Venado. Y mi hijo creció y se casó con la nuera Ignacia y tuvo ya ocho hijos. Así que la cosa ya va para viejo, y según eso debería estar olvidado. Pero, según eso, no lo está.

"Yo entonces calculé que con unos cien pesos quedaba arreglado todo. El difunto don Lupe era solo, solamente con su mujer y los dos muchachitos todavía de a gatas. Y la viuda pronto murió también dizque de pena. Y a los muchachitos se los llevaron lejos, donde unos parientes. Así que, por parte de ellos, no había que tener miedo.

"Pero los demás se atuvieron a que yo andaba exhortado y enjuiciado para asustarme y seguir robándome. Cada vez que llegaba alguien al pueblo me avisaban:

--" Por ahí andan unos fureños, Juvencio.

--Y yo echaba pal monte, entreverándome entre los madroños y pasándome los días comiendo verdolagas. A veces tenía que salir a la media noche, como si me fueran correteando los perros. Eso duró toda la vida. No fue un año ni dos. Fue toda la vida."

Y ahora habían ido por él, cuando no esperaba ya a nadie, confiado en el olvido en que lo tenía la gente; creyendo que al menos sus últimos días los pasaría tranquilos. "Al menos esto -pensó- conseguiré con estar viejo. Me dejarán en paz".

Se había dado a esta esperanza por entero. Por eso era que le costaba trabajo imaginar morir así, de repente, a estas alturas de su vida, después de tanto pelear para librarse de la muerte; de haberse pasado su mejor tiempo tirando de un lado para otro arrastrado por los

sobresaltos y cuando su cuerpo había acabado por ser un puro pellejo correoso curtido por los malos días en que tuvo que andar escondiéndose de todos.

Por si acaso, ¿no había dejado hasta que se le fuera su mujer? Aquel día en que amaneció con la nueva de que su mujer se le había ido, ni siquiera le pasó por la cabeza la intención de salir a buscarla. Dejó que se fuera sin indagar para nada ni con quién ni para dónde, con tal de no bajar al pueblo. Dejó que se le fuera como se le había ido todo lo demás, sin meter las manos. Ya lo único que le quedaba para cuidar era la vida, y ésta la conservaría a como diera lugar. No podía dejar que lo mataran. No podía. Mucho menos ahora.

Pero para eso lo habían traído de allá, de Palo de Venado. No necesitaron amarrarlo para que los siguiera. Él anduvo solo, únicamente maniatado por el miedo. Ellos se dieron cuenta de que no podía correr con aquel cuerpo viejo, con aquellas piernas flacas como sicuas secas, acalambradas por el miedo de morir. Porque a eso iba. A morir. Se lo dijeron.

Desde entonces lo supo. Comenzó a sentir esa comezón en el estómago que le llegaba de pronto siempre que veía de cerca la muerte y que le sacaba el ansia por los ojos, y que le hinchaba la boca con aquellos buches de agua agria que tenía que tragarse sin querer. Y esa cosa que le hacía los pies pesados mientras su cabeza se le ablandaba y el corazón le pegaba con todas sus fuerzas en las costillas. No, no podía acostumbrarse a la idea de que lo mataran. Tenía que haber alguna esperanza. En algún lugar podría aún quedar alguna esperanza. Tal vez ellos se hubieran equivocado. Quizá buscaban a otro Juvencio Nava y no al Juvencio Nava que era él. Caminó entre aquellos hombres en silencio, con los brazos caídos. La madrugada era oscura, sin estrellas. El viento soplaba despacio, se llevaba la tierra seca y traía más, llena de ese olor como de orines que tiene el polvo de los caminos.

Sus ojos, que se habían apeñuscado con los años, venían viendo la tierra, aquí, debajo de sus pies, a pesar de la oscuridad. Allí en la tierra estaba toda su vida. Sesenta años de vivir

sobre de ella, de encerrarla entre sus manos, de haberla probado como se prueba el sabor de la carne. Se vino largo rato desmenuzándola con los ojos, saboreando cada pedazo como si fuera el último, sabiendo casi que sería el último. Luego, como queriendo decir algo, miraba a los hombres que iban junto a él. Iba a decirles que lo soltaran, que lo dejaran que se fuera: "Yo no le he hecho daño a nadie, muchachos", iba a decirles, pero se quedaba callado. "Más adelantito se los diré", pensaba. Y sólo los veía. Podía hasta imaginar que eran sus amigos; pero no quería hacerlo. No lo eran. No sabía quiénes eran. Los veía a su lado ladeándose y agachándose de vez en cuando para ver por dónde seguía el camino.

Los había visto por primera vez al pardear de la tarde, en esa hora desteñida en que todo parece chamuscado. Habían atravesado los surcos pisando la milpa tierna. Y él había bajado a eso: a decirles que allí estaba comenzando a crecer la milpa. Pero ellos no se detuvieron. Los había visto con tiempo. Siempre tuvo la suerte de ver con tiempo todo. Pudo haberse escondido, caminar unas cuantas horas por el cerro mientras ellos se iban y después volver a bajar. Al fin y al cabo la milpa no se lograría de ningún modo. Ya era tiempo de que hubieran venido las aguas y las aguas no aparecían y la milpa comenzaba a marchitarse. No tardaría en estar seca del todo. Así que ni valía la pena de haber bajado; haberse metido entre aquellos hombres como en un agujero, para ya no volver a salir.

Y ahora seguía junto a ellos, aguantándose las ganas de decirles que lo soltaran. No les veía la cara; sólo veía los bultos que se repegaban o se separaban de él. De manera que cuando se puso a hablar, no supo si lo habían oído. Dijo:

-Yo nunca le he hecho daño a nadie -eso dijo. Pero nada cambió. Ninguno de los bultos pareció darse cuenta. Las caras no se volvieron a verlo. Siguieron igual, como si hubieran venido dormidos.

Entonces pensó que no tenía nada más que decir, que tendría que buscar la esperanza en algún otro lado. Dejó caer otra vez los brazos y entró en las primeras casas del pueblo en medio de aquellos cuatro hombres oscurecidos por el color negro de la noche.

-Mi coronel, aquí está el hombre.

Se habían detenido delante del boquete de la puerta. Él, con el sombrero en la mano, por respeto, esperando ver salir a alguien. Pero sólo salió la voz:

-¿Cuál hombre? -preguntaron.

-El de Palo de Venado, mi coronel. El que usted nos mandó a traer.

-Pregúntale que si ha vivido alguna vez en Alima -volvió a decir la voz de allá adentro.

-¡Ey, tú! ¿Que si has habitado en Alima? -repitió la pregunta el sargento que estaba frente a él.

-Sí. Dile al coronel que de allá mismo soy. Y que allí he vivido hasta hace poco.

-Pregúntale que si conoció a Guadalupe Terreros.

-Que dizque si conociste a Guadalupe Terreros.

-¿A don Lupe? Sí. Dile que sí lo conocí. Ya murió.

Entonces la voz de allá adentro cambió de tono:

-Ya sé que murió -dijo-. Y siguió hablando como si platicara con alguien allá, al otro lado de la pared de carrizos:

-Guadalupe Terreros era mi padre. Cuando crecí y lo busqué me dijeron que estaba muerto. Es algo difícil crecer sabiendo que la cosa de donde podemos agarrarnos para enraizar está muerta. Con nosotros, eso pasó.

"Luego supe que lo habían matado a machetazos, clavándole después una pica de buey en el estómago. Me contaron que duró más de dos días perdido y que, cuando lo

encontraron tirado en un arroyo, todavía estaba agonizando y pidiendo el encargo de que le cuidaran a su familia. "Esto, con el tiempo, parece olvidarse. Uno trata de olvidarlo. Lo que no se olvida es llegar a saber que el que hizo aquello está aún vivo, alimentando su alma podrida con la ilusión de la vida eterna. No podría perdonar a ése, aunque no lo conozco; pero el hecho de que se haya puesto en el lugar donde yo sé que está, me da ánimos para acabar con él. No puedo perdonarle que siga viviendo. No debía haber nacido nunca". Desde acá, desde fuera, se oyó bien claro cuando dijo. Después ordenó:

-¡Llévenselo y amárrenlo un rato, para que padezca, y luego fusílenlo!

-¡Mírame, coronel! -pidió él-. Ya no valgo nada. No tardaré en morirme solito, derregado de viejo. ¡No me mates...!

-¡Llévenselo! -volvió a decir la voz de adentro.

-...Ya he pagado, coronel. He pagado muchas veces. Todo me lo quitaron. Me castigaron de muchos modos. Me he pasado cosa de cuarenta años escondido como un apestado, siempre con el palpito de que en cualquier rato me matarían. No merezco morir así, coronel. Déjame que, al menos, el Señor me perdone. ¡No me mates! ¡Diles que no me maten!

Estaba allí, como si lo hubieran golpeado, sacudiendo su sombrero contra la tierra. Gritando. En seguida la voz de allá adentro dijo:

-Amárrenlo y denle algo de beber hasta que se emborrache para que no le duelan los tiros.

Ahora, por fin, se había apaciguado. Estaba allí arrinconado al pie del horcón. Había venido su hijo Justino y su hijo Justino se había ido y había vuelto y ahora otra vez venía.

Lo echó encima del burro. Lo apretaló bien apretado al aparejo para que no se fuese a caer por el camino. Le metió su cabeza dentro de un costal para que no diera mala impresión. Y

luego le hizo pelos al burro y se fueron, arrabiatados, de prisa, para llegar a Palo de Venado todavía con tiempo para arreglar el velorio del difunto.

-Tu nuera y los nietos te extrañarán -iba diciéndole-. Te mirarán a la cara y creerán que no eres tú. Se les afigurará que te ha comido el coyote cuando te vean con esa cara tan llena de boquetes por tanto tiro de gracia como te dieron.<sup>10</sup>

---

<sup>10</sup> RULFO, Juan. *¡Diles que no me maten!* FCE, México, 1984, pp.(164-171)



## No oyes ladrar a los perros

Tú que te vas allá arriba, Ignacio, dime si no oyes alguna señal de algo o si ves alguna luz en alguna luz en alguna parte.

-No se ve nada.

-Ya debemos estar cerca.

-Si, pero no se oye nada.

-Mira bien.

-No se ve nada.

-Pobre de ti, Ignacio.

La sombra larga y negra de los hombres siguió moviéndose arriba abajo, trepándose a las piedras, a las piedras, disminuyendo y creciendo según avanzaba por la orilla del arroyo. Era una sola sombra, tambaleante. La luna venia saliendo de la tierra, como llamarada, redonda.

-Ya debemos estar llegando a ese pueblo, Ignacio. Tu que llevas las orejas de fuera, fíjate a ver si no oyes ladrar los perros. Acuérdate que nos dijeron que Tonaya esta detrasito del monte. Y desde qué horas que hemos dejado el monte. Acuérdate, Ignacio.

-Sí, pero no veo rastro de nada.

-Me estoy cansando.

-Bájame.

El viejo se fue reculando hasta encontrarse con el paredón y se recargó allí, sin soltar la carga de sus hombros. Aunque se le doblaban las piernas, no quería

sentarse, porque después no hubiera podido levantar de su hijo, al que allá atrás, horas antes, le habían ayudado a la espalda. Y así lo había traído desde entonces.

-¿Cómo te sientes?

-Mal.

Hablaba poco. Cada vez menos. En ratos parecía dormir. En ratos parecía tener frío. Temblaba. Sabía cuando le agarraba a su hijo el temblor por las sacudidas que le daba, y porque los pies se le encajaban los ijares como espuelas. Luego las manos del hijo, que traía trabadas en su pescuezo, le zarandeaban la cabeza como si fuera una sonaja. Él apretaba los dientes para no morderse la lengua y cuando acababa aquello le preguntaba:

-¿Te duele mucho?

-Algo -contestaba él.

Primero le había dicho: "Apéame aquí... Déjame aquí... Vete tú solo. Yo te alcanzaré mañana o en cuanto me reponga un poco." Se lo había dicho como cincuenta veces. Ahora ni siquiera eso decía. Allí estaba la luna. Enfrente de ellos. Una luna grande y colorada que les llenaba de luz los ojos y que estiraba y oscurecía más su sombra sobre la tierra.

-No veo ya por donde voy -decía él-. Pero nadie le contestaba.

El otro iba allá arriba, todo iluminado por la luna, con su cara descolorida, sin sangre, reflejando una luz opaca. Y el acá abajo.

-¿Me oíste, Ignacio? Te digo que no veo bien.

Y el otro se quedaba cayado. Siguió caminando, a tropezones. Encogía el cuerpo y luego se enderezaba para volver a tropezar de nuevo.

-Éste no es ningún camino. Nos dijeron que detrás del cerro estaba Tonaya. Ya hemos pasado el cerro. Y Tonaya no se ve, ni se oye ningún ruido que nos diga que está cerca. ¿Por que no quieres decirme qué vez, tu que vas allá arriba, Ignacio?

-Bájame, padre.

-¿Te sientes mal?

-Si.

-Te llevaré a Tonaya a como dé lugar. Allí encontraré quien te cuide. Dicen que allí hay un doctor. Yo te llevare con él. Te he traído cargando desde hace horas y no te dejaré tirado aquí para que acaben contigo quienes sean. Se tambaleó un poco. Dio dos o tres pasos de lado y volvió a enderezarse.

-Te llevare a Tonaya.

-Bájame.

Su voz se hizo quedita, apenas murmuraba:

-Quiero acostarme un rato.

-Duérmete allí arriba. Al cabo te llevo bien agarrado.

La luna iba sabiendo, casi azul, sobre un cielo claro. La cara del viejo, mojada en sudor, se lleno de luz. Escondió los ojos para no mirar de frente, ya que no podía agachar la cabeza agarrotada entre las manos de su hijo.

-Todo esto que ago, no lo hago por usted. Lo hago por su difunta madre. Por que usted fue su hijo. Por eso lo hago. Ella me reconvendría si yo lo hubiera dejado tirado allí, donde lo encontré, y no lo hubiera recogido para llevarlo a que lo curen, como estoy haciéndolo. Es ella la que me da ánimos, no usted. Comenzando porque usted no le debo más que puras dificultades, puras mortificaciones, puras vergüenzas.

Sudaba al hablar. Pero el viento de la noche le secaba el sudor. Y sobre el sudor seco, volvía a sudar.

-Me derrengaré, pero llegaré con usted a Tonaya, para que le alivien esas heridas que le han hecho. Y estoy seguro de que, en cuanto se sienta usted bien, volverá a sus malos pasos. Eso ya no me importa. Con tal que se vaya lejos, donde yo no vuelva a saber de usted. Con tal de eso... porque para mí usted ya no es mi hijo. He maldecido la sangre que usted tiene de mí. La parte que a mí me tocaba la he maldecido. He dicho: “¡Que se le pudra en los riñones la sangre que yo le di!” Lo dije desde que supe que usted andaba trajinando por los caminos, viviendo del robo y matando gente... y gente buena. Y si no, allí esta mi compadre Tranquilo. El que lo bautizó a usted. El que le dio su nombre. A él también le toco la mala suerte de encontrarse con usted. Desde entonces dije: “Ese no puede ser mi hijo.”

-Mira a ver si ya ves algo. O si oyes algo. Tú que puedes hacerlo desde allá arriba, porque yo me siento sordo.

-No veo nada.

-Peor para ti, Ignacio.

-Tengo sed.

-¡Aguántate! Ya debemos estar cerca. Lo que pasa es que ya es muy noche y han de haber apagado la luz en el pueblo. Pero al menos debías debo ir si ladran los perros. Haz por oír.

-Dame agua.

-Aquí no hay agua. No hay más que piedras. Aguántate.

Y aunque la hubiera, no te bajaría a tomar agua. Nadie me ayudaría a subirte otra vez y yo sólo no puedo.

-Tengo mucha sed y mucho sueño.

-Me acuerdo cuando naciste. Así eras entonces. Despertabas con hambre y comías para volver a dormirte. Y tu madre te daba agua, porque ya te habías acabado la leche de ella. No tenías llenadero. Y verás muy rabioso. Nunca pensé que con el tiempo se te fuera a subir aquella rabia a la cabeza...

Pero así fue. Tu madre, que descansa en paz., quería que te criaras fuerte. Creía que cuando tú crecieras irías a ser su sostén. No te tuvo más que a ti. El otro hijo que iba a tener la mató. Y tú la hubieras matado otra vez si ella estuviera viva a estas alturas. Sintió que el hombre aquel que llevaba sobre sus hombros dejó de apretar las rodillas y comenzó a soltar los pies, balanceándolos de un lado para otro. Y le pareció que, allá arriba, se sacudía la cabeza como si sollozara. Sobre su cabello sintió que caían gruesas gotas, como de lágrimas.

-¿Lloras, Ignacio? Lo hace llorar a usted el recuerdo de su madre, ¿verdad? Pero nunca hizo usted nada por ella. Nos pagó siempre mal. Parece que, en lugar de cariño, le hubiéramos retacado el cuerpo de maldad. ¿Y ya ve? Ahora lo han herido. ¿Que paso con sus amigos? Los mataron a todos. Pero ellos no tenían a nadie. Ellos bien hubieran podido decir: "No tenemos a quien darle nuestra lástima." ¿Pero usted, Ignacio?

Allí estaba ya el pueblo. Vio brillar los tejados bajo la luz de la luna. Tuvo la impresión de que lo aplastaba el peso de su hijo al sentir que las corvas se le doblan en el último esfuerzo. Al llegar al primer tejaván se recostó sobre el pretil de la acera y soltó el cuerpo, flojo, como si lo hubieran descoyuntado.

Destrabó difícilmente los dedos con que su hijo había venido sosteniéndose de su cuello y, al quedar libre, oyó como por todas partes ladraban los perros.

-¿Y tú no los oías, Ignacio? -dijo-. No me ayudaste ni siquiera con esta esperanza.<sup>11</sup>

---

<sup>11</sup> RULFO, Juan. *El llano en llamas*, FCE, México, 1984, pp. 164-171

## Carta a una señorita en París

Andr e, yo no quería venirme a vivir a su departamento de la calle Suipacha. No tanto por los conejitos, más bien por que me duele ingresar en un orden cerrado, construido ya hasta las más finas mallas del aire, esas que en su casa preservan la música de la lavanda, el aletear de un cisne con polvos, el juego del violín y la viola en el cuarteto de Rara. Me es amargo entrar en un ámbito de alguien que vive bellamente lo ha dispuesto todo como una reintegración visible de su alma, aquí los libros (de un lado español, del otro en francés e inglés), all  los almohadones verdes, en este precioso sitio de la mesita el cenicero de cristal que parece el corte de una pompa de jabón, una fotografía del amigo muerto, ritual de bandejas con t  y tenacillas de azúcar...Ah, querida Andr e, que difícil oponerse, aun aceptándolo con entera sumisión del propio ser, al orden minucioso que una mujer instaura en su liviana residencia. Cuan culpable tomar una tacita de metal y ponerla al otro extremo de la mesa, ponerla all  simplemente porque uno ha traído sus diccionarios ingl ses y es de este lado, al alcance de la mano, donde habrán de estar. Mover esa tacita vale por un horrible rojo inesperado en medio de una in modulación de Ozenfant, como si de golpe las cuerdas de todos los contrabajos se rompieran al mismo tiempo con el mismo espantoso chicotazo en el instante más callado de una sinfonía de Mozart. Mover esa tacita altera el juego de relaciones de toda la casa, de cada objeto con otro, de cada momento de su alma con el alma entera de su casa y su habitante lejana. Y yo no puedo acercar los dedos a un libro, ce nir apenas el cono de luz de una lámpara, destapar la caja de música, sin que un sentimiento de ultraje y desafío me pase por los ojos como un bando de gorriones. Usted sabe por qué vine a su casa, a su quieto salón solicitado de mediodía. Todo parece tan natural, como siempre que no se sabe la verdad. Usted se ha ido a Paris, yo me quedé con el

departamento de la calle Suipacha, elaboramos un simple y satisfactorio plan de mutua convivencia hasta que septiembre la traiga de nuevo a Buenos Aires y me lance a mí a alguna otra casa donde Quizá... Pero no le escribo por eso, esta carta se la envié a causa de los conejitos, me parece justo enterarla; y porque me gusta escribir cartas, y tal vez porque llueve. Me mudé el jueves pasado, a las cinco de la tarde, entre niebla y hastío. He cerrado tantas maletas en mi vida, me he pasado tantas horas haciendo equipajes que no llevan a ninguna parte, que el jueves fue un día lleno de sombras y correas, porque cuando yo veo las correas de las valijas es como si viera sombras, elementos de un látigo que me azota directamente, de la manera más sutil y más horrible. Pero hice las maletas, avisé a su mucama que vendría a instalarme, y subí en el ascensor. Justo entre el primero y segundo piso sentí que iba a vomitar un conejito. Nunca se lo había explicado antes, no crea que por deslealtad, pero naturalmente uno no va a ponerse a explicarle a la gente que de cuando en cuando vomita un conejito. Como siempre me ha sucedido estando a solas, guardaba el hecho igual que se guardan tantas constancias de lo que acaece (o hace uno acaecer) en la prevacía total. No es razón para vivir en cualquier casa, no es razón para que no tenga que avergonzarse y estar aislado y andar callándose. Cuando siento que voy a vomitar un conejito, me pongo dos dedos en la boca como una pinza abierta, y espero a sentir en la garganta la pelusa tibia que sube como efervescencia de sal de frutas. Todo es veloz e higiénico, transcurre en un brevísimo instante. Saco los dedos de la boca, y en ellos traigo sujeto por las orejas a un conejito blanco. El conejito parece contento, es un conejito normal y perfecto, sólo que muy pequeño, pequeño como un conejito de chocolate pero blanco y enteramente un conejito. Me lo pongo en la palma de la mano, le alzo la pelusa con una caricia de los dedos, el conejito parece satisfecho de haber nacido y bulle y pega el hocico contra mi piel, moviéndolo con esa trituración silenciosa y cosquillante del hocico



de un conejo contra la piel de una mano. Busca de comer y entonces yo (hablo de cuando esto ocurría en mi casa de las afueras) lo saco conmigo al balcón y lo pongo en la gran maceta donde crece el trébol que a propósito he sembrado. El conejito alza del todo sus orejas, envuelve un trébol tierno con un veloz molinete del hocico, y yo sé que puedo dejarlo e irme, continuar por un tiempo una vida no distinta a la de tantos que compran sus conejos en las granjas. Entre el primero y el segundo piso, Andreè, como un anuncio de lo que sería mi vida en su casa, supe que iba a vomitar un conejito. En seguida tuve miedo (¿o era extrañeza? No, miedo de la misma extrañeza, acaso) porque de dejar mi casa, sólo dos días antes, había vomitado un conejito y estaba seguro por un mes, por cinco semanas, tal vez seis con un poco de suerte. Mire usted, yo tenía perfectamente resuelto el problema de los conejitos. Sembraba trébol en el balcón de mi otra casa, vomitaba un conejito, lo ponía en el trébol y al cabo de un mes, cuando sospechaba que de un momento a otro... entonces regalaba el conejo ya crecido a la señora de Molina, que creía en un bobby y se callaba. Ya en otra maceta venía creciendo un trébol tierno y propicio, yo guardaba sin preocupación la mañana en que la cosquilla de una pelusa subiendo me serraba la garganta, y el nuevo conejito repetía desde esa hora la vida y las costumbres del anterior. Las costumbres, Andreè, son formas concretas del ritmo, son la cuota del ritmo que nos ayuda a vivir. No era tan terrible vomitar conejitos una vez que se había entrado en el ciclo invariable, en el método. Usted querrá saber por qué todo ese trabajo, porque ese todo trébol y la señora de Molina. Hubiera sido preferible matar en seguida al conejito y ... Ah, tendría usted que vomitar tan sólo uno, tomarlo con dos dedos y ponérselo en la mano abierta, adherido aún a usted por el acto mismo, por el aura inefable de su proximidad apenas rota. Un mes distancia tanto; un mes tamaño, largos pelos, saltos, ojos salvajes, diferencia absoluta. Andreè, un mes es un conejo, hace de veras un conejo; pero el minuto

inicial, cuando el copo tibio y bullente cubre una presencia inajenable... Como un poema en los primeros minutos, el fruto de una noche de Idumea: tan de uno que de uno mismo... y después tan no uno, tan aislado y distante en su llano mundo blanco tamaño carta. Me decidí, con todo, a matar al conejito apenas naciera. Yo viviría cuatro meses en su casa: cuatro- quizá, con suerte, tres- cucharadas de alcohol en el hocico. (¿Sabe usted que la misericordia permite matar instantáneamente a un conejito dándole a beber una cucharada de alcohol? Su carne sabe luego mejor, dicen, aunque yo... Tres o cuatro cucharadas de alcohol, luego el cuatro de baño o un paquete sumándose a los desechos.) Al cruzar el tercer piso el conejito se movía en mi mano abierta. Sara esperaba arriba, para ayudarme a entrar las valijas... ¿Cómo explicarle que un capricho, una tienda de animales? Envolví el conejito en pañuelo, lo puse en el bolsillo del sobretodo dejando el sobretodo suelto para no oprimirlo. Apenas se movía. Su menuda conciencia debía estarle relevando hechos importantes: que la vida es un movimiento hacia arriba con un clic final, y que es también un cielo bajo, blanco, envolvente y oliendo a lavanda, en el fondo de un pozo tibio. Sara no vio nada, la fascinaba demasiado el arduo problema de ajustar su sentido del orden a mi valija- ropero, mis papeles y mi displicencia ante sus elaboradas explicaciones donde abunda la expresión -por ejemplo-. Apenas pude me encerré en el baño, matarlo ahora. Una fina zona de calor rodeaba el pañuelo, el conejito era blanquísimo y creo que más lindos que los otros. No me miraba, solamente bullía y estaba contento, lo que era el más horrible modo de mirarme. Lo encerré en el botiquín vacío y me volví para desempacar, desorientado no infeliz, no culpable, no jabonándome las manos para quitarles una convulsión. Comprendí que no podía matarlo. Pero esa misma noche vomité un conejito negro. Y dos días después uno blanco. Y a la cuarta noche un conejito gris. Usted ha de amar el bello armario de su dormitorio, con la gran puerta que se abre generosa, las tablas

vacías a la espera de mi ropa. Ahora los tengo ahí. Ahí dentro. Verdad que parece imposible: ni Sara lo creería. Porque Sara nada sospecha, y el que no sospecha nada procede de mi horrible tarea, una tarea que se lleva mis días y mis noches en un solo golpe de rastrillo y me va calcinando por dentro y endureciendo como esa estrella de mar que ha puesto usted sobre la bañera y que a cada baño parece llenarle a uno el cuerpo de sal y azotes de sol y grandes rumores de la profundidad. De día duermen. Hay diez. De día duermen. Con la puerta cerrada, el armario es una noche diurna solamente para ellos, allí duermen su noche sosegada obediencia. Me llevo las llaves del dormitorio al partir a mi empleo. Sara debe creer que desconfío de honradez y me mira dubitativa, se le ve todas las mañanas que está por decirme algo, pero al final se calla y yo estoy tan contento. (Cuando arregla el dormitorio, de nueve a diez, hago ruido en el salón, pongo un disco de Benny Carter que ocupa toda la atmósfera, y como Sara es también amiga de saetas y pasodobles, el armario parece silencioso y acaso lo este, por qué para los conejitos transcurre la noche y el descanso.) Su día principia a esa hora que sigue al cena, cuando Sara se lleva la bandeja como un menudo tintinear de tenacillas de azúcar, me desea buenas noches – sí, me las desea, Andreè, lo más amargo es que me desea las buenas noches- y se encierra en su cuarto y de pronto estoy yo solo, solo con el armario condenado, solo con mi deber y mi tristeza. Los dejo salir, lanzarse ágiles al asalto del salón, oliendo vivaces el trébol que ocultaban mis bolsillos y ahora hace en la alfombra efímeras puntillas que ellos alteran, remueven, acaban en un momento. Comen bien, callados y correctos, hasta ese instante nada tengo que decir, los miro solamente desde el sofá, con un libro inútil en la mano- yo que quería leerme todos sus Giraudoux, Andreè, y la historia argentina de López que tiene usted en el anaquel más bajo-; y se comen el trébol. Son diez. Casi todos blancos. Alzan la tibia cabeza hacia las lámparas del salón, los tres soles inmóviles de su día., ellos que aman

la luz por que su noche no tiene luna ni estrellas ni faroles. Así es que saltan por la alfombra, a las sillas, diez manchas livianas se trasladan como una moviente constelación de una parte a otra, mientras yo quisiera verlos quietos, verlos quietos a mis pies y quietos- un poco el sueño de todos dios, Andreè, el sueño nunca cumplido de los dioses-, no así insinuándose atrás del retrato de Miguel de Unamuno, en torno al jarrón verde claro, por la negra cavidad del escritorio, siempre menos de diez, siempre seis u ocho y yo preguntándome donde andarán los dos que faltan, y si Sara se levantara por cualquier cosa, y la presencia de Rivadavia que yo quería leer en la historia de López. No sé cómo resisto, Andreè, Usted recuerda que vine a descansar a su casa. No es culpa mía si de cuando en cuando vomito un conejo, si esta mudanza me alteró también por dentro- no es nominalismo, no es magia, solamente que las cosas no se pueden variar así de pronto, a veces las cosas viran brutalmente y cuando usted esperaba la bofetada a la derecha-. Así, Andreè, o de otro modo, pero siempre así. Le escribo de noche. Son las tres de la tarde, pero le escribo en la noche de ellos. De día duermen. ¡Qué alivio esta oficina cubierta de gritos, órdenes, máquinas. ¡Royal, vicepresidentes y mimeógrafos! ¡Que alivio, qué paz, qué horror, Andreè! Ahora me llaman por el teléfono, son los amigos que se inquietan por mis noches recoletas, es Luis que me invita a caminar o Jorge que me guarda un concierto. Casi no me atrevo a decirles que no, invento prolongadas e ineficaces historias de mala salud, de traducciones atrasadas, de evasión. Y cuando regreso y subo en el ascensor –ese tramo, entre el primero y segundo piso- me formulo noche a noche irremediamente la vana esperanza de que no sea verdad. Hago lo que puedo para que no destrocen sus cosas. Han roído un poco los libros del anaquel más bajo, usted los encontrará disimulando para que Sara no se de cuenta. ¿Quería usted mucho su lámpara con el vientre de porcelana lleno de mariposas y caballeros antiguos? El trizado apenas se

advierde, toda la noche trabajé con un cemento especial que me vendieron en una casa inglesa usted sabe que las casas inglesas tienen los mejores cementos- y ahora me quedo al lado para que ninguno la alcance otra vez con las patas (es casi hermoso ver cómo les gusta pararse, nostalgia de lo humano distante, quizá imitación de su dios ambulando y mirándolos hosco; además usted habrá advertido- en su infancia, quizá- que se puede dejar a un conejito en penitencia contra la pared, parado, las patitas apoyadas y muy quieto horas y horas) A las cinco de la mañana (he dormido un poco, tirado en el sofá verde y despertándome a cada carrera afelpada, a cada tintineo) los pongo en el armario y hago la limpieza. Por eso Sara encuentra todo bien aunque a veces le he visto algún asombro contenido, un quedarse mirando un objeto, una leve decoloración de la alfombra, y de nuevo el deseo de preguntarme algo, pero yo silbando las variaciones sinfónicas de Franc, de manera que nones. Para que contarle, Andreè, las minucias desventuradas de ese amanecer sordo y vegetal, en que camino entredormido levantando cabos de trébol, hojas sueltas, pelusas blancas, dándome contra los muebles, loco de sueño, y mi Gide que se atrasa, Troya que no he traducido, y mis respuestas a una señora lejana que estará preguntándose ya si... para qué seguir todo esto, para qué seguir esta carta que escribo entre teléfonos y entrevistas. Andreè, querida Andreè, mi consuelo es que son diez y ya no más. Hace quince días contuve en la palma de la mano un último conejito, después nada, solamente los días conmigo, su diurna noche y creciendo, ya feos y naciéndoles el pelo largo, ya adolescentes y llenos de urgencias y caprichos, saltando sobre el busto de Antinoo (¿es Antinoo, verdad, ese muchacho que mira ciegamente?) o perdiéndose en el living donde sus movimientos crean ruidos resonantes, tanto que de allí debo echarlos por miedo a que los oiga Sara y se me aparezca horripilada, tal vez en camisón –y entonces...Solamente diez, piense usted esa pequeña alegría que tengo en medio de todo, la creciente calma con

que franqueo de vuelta los rígidos cielos del primero y segundo piso. Interrumpí esta carta porque debía asistir a una Tarea de comisiones. La continué aquí en su casa, Andréè, bajo una sorda grisalla de amanecer. ¿Es de veras el día siguiente, Andréè? Un trozo en blanco de la página será de usted para el intervalo, apenas él cuenta que une mi letra de ayer a mi letra de hoy. Decirle que en ese intervalo todo se ha roto, donde mira usted el puente fácil oigo quebrarse la cintura furiosa del agua, para mí este lado del papel, este lado de mi carta no continúa la calma con que venía yo escribiéndole cuando la dejé para asistir a una tarea de comisiones. En cúbica noche sin tristeza duermen once conejitos; acaso ahora mismo, pero no, no ahora. En el ascensor, luego, o al entrar; ya no importa dónde, sí el cuándo es ahora, si puede ser en cualquier ahora de los que me quedan. Basta ya, he escrito esto porque me importa probarle que no fui tan culpable en el destrozo insalvable de su casa. Dejaré esta carta esperándola, sería sórdido que el correo se la entregara alguna clara mañana de París. Anoche di vuelta los libros del segundo estante; alcanzaban ya a ellos, parándose o saltando, royeron los lomos para afilarse los dientes- no por hambre, tienen todo el trébol que se les compro y almaceno en los cajones del escritorio. Rompieron las cortinas, las telas de los sillones, el borde del autorretrato de Augusto Torres, llenaron de pelos la alfombra y también gritaron, estuvieron en círculo bajo la luz de la lámpara, en círculo y como adorándome, y de pronto gritaban, gritaban como yo no creo que griten los conejos. He querido en vano sacar los pelos que estropean la alfombra, aislar el borde de la tela roída, encerrarlos de nuevo en el armario. El día sube, tal vez Sara se levante pronto. Es casi extraño que no me importe Sara. Es casi extraño que no me importe verlos brincar en busca de juguetes. No tuve tanta culpa, usted verá cuando llegue que muchos de los destrozos están bien reparados con el cemento que compré en una casa inglesa, yo hice lo que pude para evitar un enojo...En cuanto a mí, del diez al once hay un hueco insuperable.

Usted ve: diez estaba bien, con un armario, trébol y esperanza, cuantas cosas pueden construirse. No ya con once, porque decir once es seguramente doce, Andreè, doce que será trece. Entonces está el amanecer y una fría soledad en la que caben la alegría, los recuerdos, usted y acaso tanto más. Está este balcón sobre Suipacha lleno de alba, los primeros sonidos de la ciudad. No creo que le sea difícil juntar once conejitos salpicados sobre los adoquines, tal vez ni se fijen en ellos, atareados con el otro cuerpo que conviene llevarse pronto, antes de que pasen los primeros colegiales.<sup>12</sup>

---

<sup>12</sup> CORTÀZAR, Julio. *Carta a una señorita en París*. Alfaguara, México, 2006 pp. 19-21





## Bibliografía

Colegio de Bachilleres, *Modelo Educativo*, 1998

Colegio de Bachilleres, *Programa de la asignatura Literatura I*. pp. 12-15

ANDERSEN, Hans Cristian. *Cuentos*. Porrúa, México, 1992.

ANÓNIMO. “Las tres manzanas”. *Las mil y una noches*. Óptima. España. 2002, pp. 123-126

ALLAN, Poe Edgar. *Narraciones Extraordinarias*. Ed. Club internacional del libro, Madrid, 1998.

BERISTÁIN, Helena. *Análisis e interpretación del poema lírico*. UNAM, México 1989.

CORTÁZAR, Julio. *Carta a una señorita en París*. Ed. Punto de partida, México, 2006 pp. 19-21.

DIEZ-ACHARRI, Emiliano y José Roca Franquesa. *Historia de la literatura española e hispanoamericana* ED. Aguilar, España, 1980

DE CAMPO, Ángel, *Ocios y apuntes*. Porrúa, México 1981, pp. 35-42

GONÁLEZ, José Luis. *Todos los Cuentos*. UNAM, México, 1992, pp. 183-186.

JAKOBSON, Roman “*Hacia una ciencia del arte poético*” en *Teoría de la literatura de los formalistas rusos*. Antología preparada y presentada por Tzvetan Todorov. Siglo Veintiuno Editores México 1991, pp. 7-10

PALMA, Ricardo. “La endemoniada” en *Tradiciones peruanas*. UNAM, México, 1979, pp.87-90.

QUIROGA, Horacio. : “El almohadón de plumas” y “La gallina degollada”, en *Cuentos*. Porrúa, México, 1981.

ROJAS, Emilio. *El cuento y las corrientes literarias*, Ed. Editer’s publishing house México, 2002.

\_\_\_\_\_ *Mitos cuentos leyendas y fábulas, apólogos y parábolas 3 vols*. Editer’s publishing house México, 2004.

RULFO, Juan. “¡Diles que no me maten!” en *El llano en llamas*. FCE, México, 1984, pp. 164-171

RULFO, Juan. "No oyes ladrar a los perros". en *El llano en llamas*: FCE, México, 1984, pp. 164-171

WILDE, Oscar. *El gigante egoísta*, Editores Mexicanos Unidos, México, 2003, pp. 11-14